PBRO. FERNANDO ACEVEDO



Mons. Fernando Acevedo (el autor de estos apuntes) saluda a Mons. Alberto Uribe.

ALGUNOS APUNTES DE LA VIDA DEL SEMINARIO CONCILIAR DE BOGOTÁ

1890 — 1954

INTRODUCCIÓN

Los presentes "apuntes" han sido el aporte de un exalumno y profesor de los seminarios Mayor y Menor. Lo original del aporte de estas memorias es que quien las escribió nació y estudió en el siglo XIX y murió hace, por lo menos, 45 años: Monseñor Fernando Acevedo

Monseñor Acevedo fue profesor de geografía —magnífico y muy ameno profesor— de muchos de quienes hoy somos suscriptores de estas páginas. Un examen final del P. Acevedo pudo haber sido así: "Usted se sube a un globo, como los ideados por Julio Verne, en Valparaíso, Chile y debe llegar hasta Ciudad de México. Relate las ciudades sobre las que está volando, los cultivos que avisora, los ríos, las cordilleras, la situación política de cada país que sobrevuela". ¿Quién no aprendería geografía así? ¿Y además con un cachaco buenazo, lleno de chascarrillos?

*Estas crónicas, llenas de simpáticas y amenas anécdotas e indicadoras de costumbres y de formas de vida ya idas pero también de un espíritu y de unos ideales que se mantienen, comprenden desde 1890 a 1954 y tienen como título general "**Algunos apuntes de la vida del Seminario Conciliar de Bogotá**".*

Hay que anotar que este interesante texto pertenece a la biblioteca del Padre Hernando Barón Plata quien generosamente lo prestó para 'subirlo', como se dice, a este moderno sistema.

El Padre Barón, quien está cumpliendo 60 años de ordenación sacerdotal, fue formador en la Apostólica del Seminario, San Benito, entre 1949 y 1954. Ninguno de sus alumnos puede olvidar sus clases de botánica, de química y de física, las caminadas por los cerros aledaños a San Benito ni, mucho menos, a Cucurro y a Don Camilo, dos carros que hoy existen y son de colección, antiguos y clásicos.

Finalmente hay que decir que no fue fácil poner en internet estos apuntes pues se partió de una fotocopia del texto original escrito a máquina, vale decir, en una vieja máquina de escribir pero gracias a las habilidades técnicas de Germán Arrubla y de Carlos Martínez y, sobre todo, a la generosa participación de Alfonso Rincón, por fin los apuntes del compañero Fernando Acevedo llegan a su computador.

Luis Alfonso Orjuela

Bogotá, Octubre de 2008

***Nota del editor**: La modestia de Luis Alfonso lo obliga a permanecer oculto en este trabajo. Hay que exaltar su buena voluntad, su tenacidad, y su trabajo de corrector*

de estas páginas. A él tenemos que agradecer y animarlo para que continúe haciendo acopio de documentos que nos ayuden a conocer hitos en la historia del Seminario y de la Iglesia.

Carlos Eduardo Martínez Villamizar

Monseñor Eugenio Ramírez cuando era alumno del Seminario de Bogotá y prefecto de una de las secciones en que se dividía el seminario, por ese entonces, tomó como tal, parte activa en las vacaciones que en los meses de diciembre y enero tenían los seminaristas fuera de la ciudad y simpatizó tanto con esto que le quedó grabada la idea de que el seminario, en vez de buscar alojamiento en alguna hacienda o campo, como se hacía en esos tiempos y se hizo después, tuviera su casa de vacaciones. Narraba él, con detalles pintorescos, lo provechoso que era tanto espiritual como materialmente, el que los seminaristas gozaran de esos días de descanso todos juntos y en comunidad. Los tres superiores se repartían el trabajo y cada uno presidía 20 días. En esa época (1890—1894) era rector don Joaquín Gómez Otero, presbítero, físico, químico, astrónomo, filósofo y santo; y vicerrector Mons. Manuel José Caicedo, quien de este cargo fue elevado al de obispo de Pasto (1892—1895). Esta costumbre se acabó no sé por qué motivo.

Siendo Mons. Ramírez ya sacerdote se iba en las vacaciones con cuatro o seis seminaristas, por algunos días a determinados sitios fuera de la ciudad y buscados de antemano. Allí pasaban semanas, días y horas en recogimiento y alegría. En la Unión (caserío de Fómeque) se veía hasta hace poco (1926) la casita que ocuparon en varias ocasiones a poca distancia del Río Blanco.


Mons. José Eusebio Díaz

El seminario iba mejorando en cuanto a estudios, formación espiritual y ambiente eclesiástico. Después del señor canónigo don Joaquín Gómez Otero y de Mons. Manuel José Caicedo vino a ser rector el sabio y santo Mons. Manuel María Camargo quien dirigió con mano maestra este establecimiento desde el año de 1895 hasta 1912. Como vicerrector Mons. José Eusebio Díaz, sacerdote así mismo santo y sabio; y como prefecto general el presbítero don Domingo Garzón. Pero se vio un avance mucho más claro desde el día en que fueron nombrados Mons. José Eusebio Díaz para rector, Mons. José Vicente Castro Silva para vicerrector y el señor presbítero Héctor Horacio Hernández para prefecto (1913).

Un impulso bien pensado y abundante en prudencia, le dieron estos muy capaces sacerdotes a la marcha del seminario. La mayoría de los alumnos —excepto el que esto escribe, por las circunstancias en que tuvo que actuar como prefecto de "Chicos"— no sintieron nada, ni vieron por el momento más que algunas reformas materiales como el cambio en los claustros bajos de los ladrillos coloniales, hechos mil pedazos, por piso de asfalto. Pero la transformación interior y en bien del espíritu eclesiástico que poco a poco fue apoderándose de los seminaristas no se vio sino cuando después comenzó a dar flores y frutos.

El seminario siempre fue el lugar de estudio, recogimiento, piedad y educación del clero de la Arquidiócesis. Clero, en su mayoría, ejemplar, abnegado, instruido y trabajador. Mas con el andar de los días, anduvieron también los métodos de educación, los modos diversos de ver las cosas, aparecieron campos de trabajo antes no conocidos, medios distintos, ambientes difíciles de respirar, adelantos científicos, modernización de la sociedad y muchas más circunstancias que era necesario tener en cuenta al tratarse de formar seminaristas que habían de quedar envueltos en todo esto. Pues los sacerdotes que acabo de nombrar y otros que no recuerdo, llevaron a cabalidad, no una reforma, sino un avance que colocó a los alumnos en sitio propicio para ser después sacerdotes sabios y celosos. Lástima que la permanencia de Mons. Castro Silva en la vicerrectoría fuera de tres años nada más y que ese corto tiempo tuviere que ser repartido en la dirección de un periódico eclesiástico que se llamó "La República", y las actividades del seminario.

Al comenzar el año de 1916 fue nombrado prefecto general el señor presbítero don Luis Rubio Marroquín, sacerdote bogotanísimo, picante en sus gracejos, gráfico en sus decires y ademanes, de clara capacidad intelectual, lleno de caridad y activo para el trabajo. Mons. Castro se retiró de la vicerrectoría a fines del año de 1916 y fue nombrado para sucederle el abnegado y diligente capellán del Hospital de S. Juan de Dios, señor presbítero don Luis Adriano Díaz, después obispo de Cali. Al mismo tiempo ocupó la prefectura general el señor presbítero don José Ignacio Colorado Herrera. En esta época continúa de rector el siempre recordado Mons. José Eusebio Díaz y por primera vez, pasados muchos años —no sé si antiguamente lo habría— se nombró director espiritual al señor presbítero don Vidal León. Este sacerdote modelo y muy dedicado a su trabajo hizo dar un nuevo paso hacia adelante en la vida espiritual de los seminaristas.

El seminario tenía, pues, en esta época un gran rector, un vicerrector lleno de ideas y grandes esperanzas, un prefecto

abnegado y cumplido, un síndico (Mons. Eugenio Ramírez) lleno de interés y amor por el seminario. Hay un retrato de los alumnos de este tiempo en que figuran 88 seminaristas de los cuales se ordenaron 24. El nuevo vicerrector se dio cuenta de la buena marcha del seminario y también de la idea de Mons. Castro 1—levantar el nivel del clero por todos los aspectos—. ¡Qué lucha tan incomprendida la que ha habido desde entonces hasta hace poco por esto! pero el vicerrector continuó trabajando por ese ideal. Mas tal vez exageró un poco el modo de establecer un ambiente de mayor alegría y se dio un paso atrás en la disciplina. Se estableció la clase de gimnasia dirigida por un militar medio sargentón. El señor vicerrector compró patines, bicicletas, pelotas y otros enseres de juegos de movimiento para ayudar con todo esto al desarrollo físico y a llenar de alegría a los alumnos. El paso atrás, dicho arriba, no fue muy breve; no puede decirse que hubiera causado relajación en el espíritu.

En enero de 1920 fue nombrado rector Mons. Emilio Valenzuela, al mismo tiempo vicerrector Mons José Manuel Díaz y como prefecto general el que estas líneas escribe. Mons. Valenzuela se dio cuenta muy clara del estado espiritual, intelectual y material del seminario y con la caridad que lo distinguía y con la actividad que le era propia supo aprovechar lo que había y dio nuevo impulso a la máquina que estaba andando pero que fallaba un poco.

Para obtener un buen éxito puso en juego sus cualidades personales; vio que era necesario levantar más el nivel del clero; que era necesario hacer que los seminaristas se sintieran en el seminario como en su propia casa, que lo amaran como aman su hogar, y entonces se convirtió, no en un padre, sino en la madre de todos. ¿Rara cosa? ¿Ello fue bueno? ¿Fue malo? Hay que mirar los resultados. Imposible me es describir todo lo que este gran señor hizo porque el seminario fuere un hogar atractivo y cariñoso; ni puedo decir cómo fue llevándonos a todos hacia esa idea, ni cómo, en verdad, la realizó. Se preocupaba no sólo de todos y de cada uno, sino de todo. No era el rector sentado en su despacho y listo a dar órdenes, sino el superior que se preocupa por sus súbditos y para esto desciende a todos los detalles. Nunca creyó Mons. Valenzuela que esta actitud disminuyera en nada su autoridad. Supo combinar la suavidad y el cariño con el puesto de rector.

Como hecho que confirma lo eficaz de esta actuación, cuando va informada con la caridad de Cristo, cuento y relato lo siguiente: Mons. Manuel M. Camargo —como se dijo arriba— era un sabio, era un santo, era un sacerdote modelo. Era también un hombre rígido, severo. Era "El Señor Rector del Seminario". Poco se

mezclaba con los seminaristas y esto le hacía conservar su autoridad. Pero unos niños traviesos que le tenían mucho miedo, una noche enredaron hilo negro desde la baranda del ancho corredor que conducía a la rectoría, a la pared fronteriza. Cuando Mons. Camargo salió de capilla sintió que lo envolvía como una tela de araña y comenzó a gritar. Esto era lo que querían aquellos seminaristas respetuosos por miedo. Varias veces hubo quienes se atrevieran a hacer cosas semejantes con tan importante y tan severo señor. Por el contrario nunca a nadie se le ocurrió jugar con Mons. Valenzuela ni abusar de su amabilidad y cariño. Él sí jugaba con los seminaristas.

Habían transcurrido unos dos meses de principiado el seminario bajo este régimen hogareño cuando pensó el nuevo rector que era necesario cambiar el día de asueto del Veinte de Julio por un tiempo más largo, ya que el asueto era tan sólo de un día. El señor arzobispo Herrera encontró racional lo que le dijo el rector, pero se tropezó con el inconveniente de que no se sabía que debería hacerse con los seminaristas esos mismos días. Para Mons. Valenzuela todo era fácil. Obtenida la aprobación arzobispal consiguió en calidad de préstamo la 'hacienda de "Yerbabuena", al norte de la Estación Caro y del Puente del Común, que todavía pertenecía a la familia de don José Manuel Marroquín y cuya casa era capaz. Allí pasó el seminario sus primeras vacaciones de julio. Aquello fue un éxito por todos aspectos. El seminario estaba constituido por lo que hoy son el Mayor y el Menor; mas dividido en secciones en las que un seminarista consciente y apto estaba a la cabeza de cada una. Esta organización venía de muchos años atrás. Difícil es describir lo que fueron aquellas primeras vacaciones.



Mons. Restrepo, Mons. Valenzuela, Mons. Gómez Riaño, Mons. Perdomo, Joaquín Flórez (Machetá).

Con Mons. Valenzuela fue nombrado director espiritual el sacerdote de más experiencia que había entonces, de vida interior como pocos, de larga trayectoria ya como vicerrector ya como rector del seminario: Mons. José Eusebio Díaz, Él, de acuerdo con el rector,

arregló la parte espiritual de manera llevadera, que no fuera a producir fastidio a los seminaristas, especialmente a los pequeños y así vino a quedar la vida espiritual como en Bogotá pero con horas más adecuadas y actos piadosos de acuerdo con el medio. Como había una antigua capilla, allí se adoraba al Santísimo, se celebraban las misas, se hacía la lectura espiritual, la oración mental, el rosario. Después del desayuno había paseos por los campos que rodeaban la hacienda, había juegos y entretenciones. A medio día y hasta por la tarde se hacían cosas semejantes a las de la mañana. Mas yo no sé por qué se sentía un ambiente tan lleno de alegría y de paz, tan sabroso, tan libre a pesar de que se cumplía un reglamento y se tocaba la campana. Sacerdotes entusiasmados con la novedad e interesados por el seminario, iban a visitarlo y, naturalmente participaban de aquel contento y ayudaban a aumentarlo. Entre otros llegó Mons. Jorge Murcia Riaño quien puso una nota más de alegría y de viveza. Cantaba, recitaba, hacía pruebas de prestidigitación. Pero en "Yerbabuena" —allí estuvo el seminario unos veinte días— hacía tanto frío como en Bogotá. Entonces pensó el rector que para el año venidero, que era el de 1921, convendría conseguir un lugar templadito. Con interés y por tanto con eficacia, el señor rector consiguió en préstamo la hacienda llamada "Patasía" ubicada en el municipio de Pacho a unos 7 kilómetros al occidente de esta población, y de propiedad de las señoritas Bernales Morales. Personas de dinero, generosas y caritativas; de lo principal de la ciudad de Zipaquirá.

Patasía tiene un clima templado, unos 22 grados, situada en una mesa y rodeada por el oriente y el norte por el río del mismo nombre. Este río nace en el páramo de Pabón al N.E. del conocido Tablazo, y desemboca en el Río Negro por su margen derecha. Cuando este río pasa por cerca de la hacienda va corriendo por un cañón ancho y profundo que en especial en la orilla derecha está formado por estratos colocados de tal suerte que parecen una muralla artificial. Cincuenta a ochenta metros deben de haber desde arriba hasta las aguas del río Patasía que es el que estoy describiendo. Como era natural en él se bañaba el seminario y para mayor comodidad se hizo un gran pozo donde aprendieron a nadar no pocos niños bogotanos que no conocían más baño que el de su casa y el tétrico y helado del seminario. Yendo de Pacho hacia allá se pasa el río por un puente de madera y se sube a la hermosa explanada en donde se encuentra la hacienda. Explanada sembrada de pasto y llena de pomarrosos, a los cuales se han adherido parásitas colgantes que semejan grandes barbas y dan un conjunto

y aspecto encantador a esa sabana. En el fondo de ella está le casona antigua que dio albergue en tres ocasiones al seminario. En el centro un patio grande rodeado de corredores con sus barandas y habitaciones. Los corredores se adaptaron para corredor una de las habitaciones, la mejor, se transformó en capilla y las demás se distribuyeron entre los sacerdotes y los seminaristas. Fuera de la casa había una alberca donde podían bañarse determinados grupos que no iban al río. El seminario estaba dividido en cuatro grupos: chicos, medianos, grandes y el de los filósofos y teólogos. En la casa no había sino unos pocos muebles antiguos y con ellos nos acomodarnos como pudimos. Los seminaristas dormían en "juncos" que se compraron para esto; y, como es fácil de comprender, el seminario tuvo que llevar todo lo que era indispensable desde los enseres de la capilla hasta lo de cocina y comedor, despensa y enfermería, lámparas de gasolina y todo lo que constituye la vida material de una comunidad.

De Bogotá a Zipaquirá era fácil el traslado en ferrocarril; pero de Zipaquirá a "Patasía" había que hacerlo en cabalgaduras. El problema de conseguirlas aperadas y listas para que en ellas pudieran montar los que sabían de eso y los que jamás se habían subido sobre una bestia, no fue una cosa fácil ni de poco precio. Además había que llevar qué sé yo cuántas cargas con todo lo necesario para los varios días de nuestra permanencia allá; a esto había que agregar los víveres para sostener bastante gente. Los seminaristas José Vicente Vera y Antonio María Zapata conocedores de bestias y de gentes de la región de Pacho, fueron enviados allá unos días antes por Mons. Valenzuela para que proveyeran a estas necesidades. Cumplieron su encargo admirablemente pues todos montamos en Zipaquirá y la cabalgata más heterogénea que puede suponerse llegó sin mayor contratiempo una tarde de julio a la anhelada hacienda de "Patasía" En una depresión del páramo de Barragán y por donde va el camino que seguimos, se encontraban algunas casitas y un rancho grande llamado "Ventalarga", en donde almorzamos a la una del día más o menos. Qué alegría la de los que sabían manejar la cabalgadura; qué terror el de los que por primera vez montaban. Cuántas precauciones tuvimos que tomar los superiores para evitar una caída. La general alegría hacía que los buenos jinetes gritaran y procuraran apurar; las bestias se alborotaban y correspondían a los gritos desobedeciendo el freno. El camino en su mayor parte era pedregoso y malo, a veces estrecho y pendiente; mas ya acercándose a la hacienda, se hizo plano. Aquí sí que hubo peligro por las carreras incontenibles de los "chalanes". Mas las pocas caídas de los seminaristas inexpertos, fueron más bien objeto de risas y aumento de alegría, porque nada fue grave. La Providencia

siempre y en todas ocasiones ha cuidado del seminario. Mons. Valenzuela iba adelante, yo detrás de todos y Mons. José Manuel Díaz en la mitad. Así llegamos a "Patasía", como se dijo atrás, antes de la cinco de la tarde. Los seminaristas iban vestidos con su sotana, sombrero de paja (Jipa) y su morral de lona carmelita en el que llevaban las cosas de uso personal.

Como se comprende, entre unos cien animales, había algunos pocos que eran buenos y bien aperados; los demás eran bestias de carga duras, mal acostumbradas y peor aperadas, pues todo se había tomado en alquiler. Para la vuelta a Bogotá había que hacer más o menos lo mismo que se hizo a la ida, y más o menos se alquilaron las mismas bestias con los mismos aperos.

Mons. Díaz había comprado un caballo moro y lo cuidaba con verdadero cariño. Mons. Valenzuela también había conseguido uno bastante bueno y algunos seminaristas llevaron los suyos propios. Para el tercer año de las vacaciones en "Patasía"(1923) llevé yo una buena mula que bondadosamente me dio en préstamo el padre Luis Gómez Brigard. Pero como varias veces se la llevaron para traer en ella el mercado, yo la escondí en un patiecito junto a mi alcoba. Para guardarla o sacarla había que hacerla pasar por la dicha alcoba. En una ocasión, estando yo encargado especialmente del cuidado de los más pequeños "*los chicos*", como los llamaban, proyecté hacer un paseo a caballo. Pues mientras que los demás estaban bañándose en el río, y entre ellos los que tenían caballo propio, junté "*los chicos*", llamé al rector, ensillamos aprisa, montamos y nos fuimos sin saber claramente para donde. Cuando pasamos por el puente debajo del cual estaban bañándose los seminaristas, los saludamos con el sombrero en la mano. Ellos gritaban disgustados y nosotros seguimos encabezados por el rector. Almorzamos cualquier cosa en cualquier parte y a las tres de la tarde estábamos de vuelta.

Se hizo un reglamento acomodado a las circunstancias, que no permitiera ningún abuso pero que tuviera un margen amplio dentro del cual se sintieran los seminaristas en el seminario pero en vacaciones. Después de levantarse, asearse como cada uno pudiera, arreglarse correctamente, se dirigían en silencio al lugar destinado para capilla y allí se rezaban les oraciones y se hacía una meditación en común, de acuerdo, en cuanto fuera menos difícil, con las edades y capacidades de los diversos grupos en que estaba dividido el seminario, como arriba se anotó. Algo parecido a lo que se hizo en "Yerbabuena" y a lo .que siguió haciéndose en los otros sitios de vacaciones durante los años siguientes.

Toda clase de diversiones propias de un seminario y acomodadas a las diferentes edades y condicionas , fueron inventadas: paseos, baños, comidas hechas por los mismos seminaristas, desde prender la candela, matar las gallinas, servir y repartir, hasta lavar los platos y cubiertos. Algunas noches se improvisaba un teatro y se representaban comedias mal ensayadas pero hábilmente ejecutadas, con disfraces improvisados y con los que se ingeniaban para aparecer ante el público selecto de sus superiores y compañeros. Cualquier cosa era para todos una gran diversión. Hay algunos retratos de los seminaristas disfrazados que sirven para darse uno cuenta de quiénes eran los actores y del esfuerzo que tuvieron que hacer para salir con algo interesante. Entre los varios actores pueden verse a Daniel Caro Leiva, Pedro Alvarez, Francisco Atalaya. En el mísmo teatro cantaban coplas alusivas a los sucesos de esos días; y por cualquier cosa que acontecía fuera de lo ordinario, hacían una copla en verso y la cantaban acompañada con las músicas que empleaban por el común de las gentes para esta clase de diversiones. Estos versos se hacían con bastante habilidad y no poca exageración. Como era natural no faltaron las máquinas de retratar y aunque fueron muchas las fotografías que se hicieron, la mayoría era de retratos tan pequeños y en general tan mal tomados que poca idea quedó de aquellos lugares y de los sacerdotes y seminaristas participantes de esas vacaciones. El seminario nunca ha prescindido ni prescindirá jamás de enseñar el catecismo. A determinadas horas, y casi todos los días, se formaban diferentes grupos tanto de niños como de adultos y por espacio de una media hora explicaban los seminaristas o hacían repetir respuestas de memoria.

De manera, semejante y en la misma hacienda de "Patasía", pasó el seminario las vacaciones de julio en los años siguientes de 1922 y 1923.

En uno de estos años, al terminar las vacaciones, Mons. Valenzuela ordenó que al llegar a Zipaquirá se les hiciera alguna manifestación pública de gratitud. Varias veces se les dieron las gracias privadamente a las señoritas Bernales; y resolvió que la cabalgata en formación bien ordenada diera una vuelta por la plaza y saludara a las dichas señoritas que estaban en el balcón de su casa. (Esta es la mejor de la plaza de Zipaquirá y vino a ser después el Palacio Episcopal).

Quiso Mons. Valenzuela hacer por cuenta del seminario una capilla en "Patasía" en la que se pudiera celebrar la santa misa de manera más respetuosa y para que los campesinos de la hacienda y sus

alrededores pudieran asistir a ella, al rosario y a otras prácticas piadosas. Mas las señoritas Bernales no convinieron en ello.

La hacienda una vez que murieron las dueñas vino a parar a manos de la Compañía de Jesús por voluntad testamentaria de la última de ellas. Otras comunidades religiosas quisieron figurar como herederas de las señoritas Bernales; especialmente deseaban a "Patasía". Algunos parientes de las testamentarias también pretendieron heredar a " hasta hacía" y El testamento mismo fue acusado de nulidad; según oí decir todo se arregló debidamente. Aparte respeto la organización y adelantó el seminario comenzado por Mons. José Vicente Castro Silva—como se dijo antes— ya adelantada y firmada por Mons. Emilio Valenzuela, conviene recordar algunos puntos que puedan dar idea de ello.



Mons. José Manuel Díaz y P. Alfonso Henao

Aprovechando las grandes capacidades intelectuales de Mons. José Manuel Díaz, el rector del seminario le encargó de todo lo relacionado con la vida intelectual del establecimiento: clases, profesores, distribución del tiempo para los estudios. Como era de esperarlo, el vicerrector tomó con todo entusiasmo este aspecto de la formación eclesiástica y no pasó mucho tiempo cuando ya comenzó a verse el interés de los seminaristas por profundizar los estudios, especialmente los de teología, filosofía y latín. Escogió profesores y texto. Se mostró exigente y levantó un ambiente de entusiasmar al estudio, ambiente que siempre hubo, pero no tan intenso.

Escogió profesores y textos. Se mostró exigente y levantó un ambiente de entusiasmo y cariño al estudio, ambiente que siempre hubo, pero no tan intenso como lo logró y tan arraigado, que aún subsiste. Los exámenes tuvieron que ser escritos y orales. El trabajo de alumnos y maestros se hizo fuerte y constante. Por otra parte se daría mayor impulso a la dirección espiritual y esto se llevó a cabo con el nombramiento de Mons. Luis Concha para tan alto, delicado e importante aspecto de la formación de los seminaristas. Base de la vida sacerdotal. Era el año de 1923.

Uno de los saltos en busca de mejorar el seminario, que llevó a cabo Mons. Valenzuela fue el cambio de administradoras o, como se decía, de contratistas del seminario. Hacía un tiempo largo que este cargo lo ejercían las señoritas Ramírez, hermanas de Mons. Eugenio Ramírez. El rector pensó que convenía reemplazarlas por las señoras Angulos muy conocidas de él. Trabajaron estas señoras lo mejor que les fue posible; convinieron en cambiar el régimen femenino de las cocineras por hombres, pero tuvieron que volver después a recibir cocineras. Mas hay que decir que había varias deficiencias hasta llegar al punto de tener que hacer el mercado el que escribe estos apuntes, acompañado de uno de los sirvientes, el fiel Rodolfo. Las contratistas no sólo debían atender a la cocina sino también al comedor, y en el edificio de ladrillo, ello era menos difícil. Ellas vivían en una casita independiente pero comunicada con la cocina y despensas. Otra comunicación menos fácil había entre la dicha casita y comedor. La comida se subía por medio de un ascensor rudimentario y por el mismo bajaban los criados la losa, los cubiertos, y los manteles ya usados.

Algunos seminaristas, aprovechando ocasiones favorables, iban a visitar a estas señoras quienes los atendían y les daban algo para fumar y buenas cosas para comer. Y no faltaron casos en los que por esta casita salieran furtivamente algunos de ellos y aparecieran en las calles de la ciudad. Monseñor Valenzuela, atento a todo, procuró corregir los males y luchó para que la alimentación fuera más nutritiva, mejor presentada y más higiénica. No obstante, estas señoras que hicieron lo posible porque todo anduviera bien, permanecieron en su cargo hasta fines de 1936.

Ya había sido nombrado el doctor Alfonso Esguerra Gómez médico del seminario. Este gran señor se dedicó con abnegación y entusiasmo a establecer todo lo necesario para proporcionar a los seminaristas todo lo que les era conveniente para la higiene y salud. Se dotó la enfermería de lo más indispensable; se puso un turno para los exámenes periódicos de todos los alumnos; se hicieron tarjetas de cada uno en las que figuraban las enfermedades que habían tenido, los defectos físicos, los remedios aplicados, la estatura, edad… El mismo doctor Esguerra iba a la cocina a controlar la manera de preparar los alimentos, asistía a la gimnasia, hacía exámenes de laboratorio y les enseñaba a los seminaristas la manera científica de hacerlos. Llevó para que le ayudase al estudio de los sentidos al doctor Francisco Vernaza, quien también tomó a pechos el ayudarle al seminario con sus conocimientos científicos. A la clínica de Marly, acudieron a ser operados, en las más favorables condiciones económicas y técnicas,

varios seminaristas. El Dr. Gonzalo Esguerra —hermano de don Alfonso y médico radiólogo— también contribuyó con radiografías y exámenes al bienestar físico e higiénico de los alumnos. Cuando ya hubo sitio apropiado, al arreglar la parte nueve del edificio gótico, se estableció la dentistería y fue dotada de silla e instrumentos de primera calidad. Varios dentistas prestaron allí sus servicios. Del primero no recuerdo el nombre. Después trabajaron allí los doctores Luques, de merecida fama, el doctor Hernando Perea, el doctor Hernando del Castillo y otros. Por esta época se hicieron, tanto en la parte antigua como en la nueva, instalaciones sanitarias de primera calidad. La actuación del Dr. Esguerra no se limitó a sólo exámenes, operaciones y medicinas para los seminaristas, sino que se preocupó por darle higiene al edificio. Aire por todas partes. Luz toda la que se pueda. Y para esto hizo quitar las puertas de los tétricos dormitorios para que entrara aire del corredor y del jardín durante la noche. Naturalmente no faltaron quienes criticaran y dijeran que todo esto era exagerado y enumeraban esas exageraciones. En parte tenían razón los críticos. Con lo anterior se relacionó lo de la adaptación del edificio de ladrillo para darle así más amplitud al seminario.

El arzobispo don Bernardo Herrera Restrepo había comprado las casas viejas que a continuación del edificio del seminario había en la carrera 3, hacia el norte, y otras que al bajar de ésta por la calle 12 irían a servir, una vez tumbadas, para la construcción de un nuevo seminario. Para el logro de este ideal llamó el dicho arzobispo al reverendo padre Arnoul (?), montfortiano y arquitecto, le comunicó la idea y este sacerdote hizo unos dibujos y levantó unos planos de estilo gótico —en verdad muy llamativos— y tumbadas las casas de los sitios ya mencionados, se comenzó la fábrica después de bendecida la primera piedra el 2 de agosto del año de 1917. La piedra está colocada todavía en el ángulo N.E. del edificio, en el cruce de la carrera tercera con la calle 12. Al seguir la idea del arquitecto habría sido aquello una obra de grande costo, hermosa e imponente pero inapropiada para las necesidades del seminario y pedagógicamente inconsulta. El dinero, creo que no alcanzó sino para la obra negra de lo que corresponde a la calle 12 y una parte de la carrera tercera. Hubo que suspender.

Pasados varios años y siendo médico del seminario el doctor Alfonso Esguerra, como ya se dijo, pensó este señor que podría aprovecharse lo construido y una vez listo lo principal —claro que sin terminar— comunicarlo con el edificio antiguo. Mons. Valenzuela encontró factible el proyecto; se lo comunicó al Señor Arzobispo quien vio con buenos ojos lo que se le proponía —era avanzar un

poco en su primera idea— y la obra se emprendió no sé cuándo ni con qué dinero. Lo cierto es que para el año de 1928 pudo abrirse allí el seminario Menor.

Aquello quedó incómodo; fue una adaptación a lo pobre. Pero hubo también cosas bastante buenas como los baños y los comedores... pero se veía que no había quedado bien pues estaba inconcluso, soplaba el viento por muchos lados, no había capilla, la comunicación con la otra parte era lo apenas necesario.

Poco a poco se fueron corrigiendo defectos, trataron de taparse las muchas goteras que producía la azotea, se arregló un saloncito para capilla y ya se podía vivir allá enseñados a las incomodidades. Entonces se dio un paso de trascendencia. La separación de los dos seminarios MAYOR y MENOR, como se enunció atrás. Lo primero en que tenía que pensar el señor arzobispo era a quiénes nombraba superiores de uno y otro.



Monseñor Eugenio Ramírez ("papá Meño") y Mons. Luis Gómez Brigard. Nazareth 1929

¿Quién vendría a ocupar el puesto de director del Seminario Menor, el primero que habría en el siglo XX? La última vez que estuvieron separados los dos seminarios el director del Menor fue un padre jesuita. Ahora lo es el "padre Gómez", como se le dice al gran formador de juventudes, a Mons. Luis Gómez Brigard. Este sacerdote con ejemplar regularidad iba a confesar seminaristas todas las semanas; con su natural suavidad atraía a los niños y, lo que más lo hacía acreedor al cargo de rector del Menor era el resultado maravilloso que había obtenido con la fundación de la "Escuela Ricaurte".

Primero funcionó dicha escuela en una casa grande situada en la parte oriental de la carrera sexta entre calles trece y catorce. De aquí pasó a diferentes partes de le ciudad, después al campo en la quinta de la "Granja" muy al norte de Usaquén y por último quedó establecida en la hacienda de S. Benito, propiedad de la arquidiócesis y ubicada en la región de Sibaté. La organización primera fue militar. Un oficial del Ejército ocupaba el lugar que seguía al padre Gómez en la dirección. Hubo uniformes traídos de los EEUU para los muchachos y la disciplina era militar pero acomodada a la índole de los alumnos. Después, ya cuando estaba la escuela fuera de la ciudad, cambió el estilo militar por otro. Los resultados magníficos de esa escuela los puede decir la sociedad bogotana. Todos los que fueron alumnos de la "Escuela Ricaurte" siguen queriendo y estimando profundamente a su fundador. Entre ellos se destaca el doctor Alberto Lleras Camargo. Pues estando la escuela en S. Benito y en el tiempo en que ofrecía mayores esperanzas, el señor arzobispo Perdomo, quien había comenzado su pontificado el 2 de enero de 1928, llamó al Padre Gómez y lo nombró rector del seminario Menor. El esfuerzo que tuvo que hacer este sacerdote para acabar con su obra predilecta y encargarse del Menor, no es posible calcularlo.

El 9 de febrero de 1928 comenzó el Seminario Menor. Colaboraron con el Padre Gómez varios sacerdotes entre los cuales hay que nombrar en primer lugar al presbítero Alfredo Rubio Díaz. Se principió con un grupo reducido el que fue creciendo en los años posteriores. En este año de 1928 vinieron del Cielo más bendiciones de la divina Providencia para la arquidiócesis de Bogotá y para el seminario: principió, como se dijo, el pontificado del Excmo. señor Ismael Perdomo, se hizo la división de las dos partes del seminario y comenzaron las vacaciones en NAZARET (El Ocaso).

Pero hay que volver a apuntar algo más de lo que era el seminario tanto antes como después de la separación de Mayor y Menor.

Para que los superiores y profesores tuviéramos una unión más íntima, para aclarar ideas, para trabajar en un mismo sentido, para hacer más amena nuestra vida en el seminario, solíamos reunimos después de la comida y en medio de un ambiente familiar y de confianza, en la alcoba del rector y allí conversábamos sabrosamente hasta cerca de las 10 p.m. Varias veces estuvo allí Mons. Castro quien animaba e ilustraba la conversación. No podíamos dejar de reírnos y aplaudir las grandes ocurrencias y gracejos del presbítero Luis Rubio Marroquín. De aquí salieron ideas y cosas prácticas para el adelantamiento del seminario. El seminario de Bogotá

siempre ha tenido por costumbre salir en comunidad a pasear fuera de la ciudad. Mientras se andaba por las calles centrales se hacía una formación de dos en dos y se observaba un silencio edificante. Al salir a las afueras los seminaristas se desformaban, buscaban los compañeros que les eran más agradables y continuaban en alegre conversación hasta que al volver entraban de nuevo a las calles centrales en las que volvían a formar como lo habían hecho al principio y continuaban en silencio. Hubo una época en la que los domingos, después de enseñar el catecismo en las iglesias y las cárceles, se hacía un paseo corto, de unas dos horas, y se regresaba a comer a eso de las cuatro de la tarde. Con los cambios de la vida modernizada ese paseo se suprimió.

Los jueves, y unos cuántos años después, los miércoles, se hacía, también en comunidad, un paseo más largo desde las 12 hasta las 4 o 6 de la tarde. Casi siempre este paseo consistía en largas caminadas ya en la sabana o ya por los cerros del oriento de la ciudad. Más o menos cada mes se iba el seminario a un sitio ameno en donde se almorzaba en pleno campo a la orilla de una fuente y bajo los árboles. Unas veces se llevaba el almuerzo ya hecho y otras los mismos seminaristas prendían fuego y lo preparaban, lavaban la loza y los cubiertos, descansaban algún tiempo y regresaban, siempre felices, al seminario.

Mons. Valenzuela poseía una finca llamada S. Antonio a unos 25 kilómetros al norte de la ciudad, cerca a una estación del Ferrocarril del Norte y que se llamaba "La Estación Uribe". Arregló esa finca que estaba rodeada de potreros en los que podían jugar los seminaristas lo que quisieran; había también juegos de salón en un sitio amplio y acogedor. Varias veces al año iba el seminario desde por la mañana a pasar un día de verdadera vacación a S. Antonio. Allí almorzaba, tomaba once y por la tarde regresaba en el tren. Había que estar allá en un día de esos para formarse idea del placer que experimentaban todos, grandes y pequeños, cuando íbamos a S. Antonio. Parecía que aquello era sólo una hora o unos minutos.

Otra cosa de grande alcance para el seminario fue el establecimiento de la "Junta" de señoras con el objeto de ayudarles a los seminaristas pobres. No una sino varias veces ocurrió que un seminarista o sus allegados anduvieran mendigando ropas y calzado, libros o dinero, porque la pobreza a ello los llevaba. Quedaba mal y era mal visto, venía en desprecio del sacerdocio esta forma de adquirir lo necesario para entrar al seminario o para poder permanecer en él. Con la idea —que ojalá nunca se borre— de levantar el nivel del clero, no podía compaginarse esta mendicidad;

mas como siempre ha habido y habrá jóvenes muy pobres, era necesario auxiliarlos de una manara digna. Entonces fue cuando Mons. Valenzuela valiéndose de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús y en especial de algunas de las distinguidas señoras que la formaban, ideó que una de las actividades piadosas de esa santa entidad, se dedicara a proporcionar algunos dineros para apoyar a los seminaristas faltos de ellos y capaces de ser dignos ministros del altar. Habló con el director de esa congregación y obtuvo la aprobación que se requería. Los primeros viernes de cada mes se reunían determinadas señoras en el seminario y aportaban algún dinero. Mons. Valenzuela y el que escribe estos apuntes, escogían los seminaristas más necesitados y les facilitaban ropa, libros, calzado; les ayudaban a pagar médicos y dentistas. Por lo general las señoras no sabían quienes eran los favorecidos. Después esta institución adquirió más fuerza, vino a ser una rama de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, gozó de cierta autonomía, tomó el larguísimo nombre de "Sección de vocaciones sacerdotales de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús" para evitar que la confundieran con otras entidades vocacionales. Poco a poco fue reuniendo un capitalito, obtuvo personería jurídica y ya con más dinero atendió no sólo a este y a aquel seminarista sino que vistió todo el seminario con sobrepellices uniformadas, dio ornamentos para la capilla sostuvo varias pensiones, auxilió así mismo a sacerdotes pobres y con cierta autonomía, como se dijo, maneja hoy sus dineros. Tiene unos $ 50.000 en acciones y ofrece un buen porvenir, Esta Sección de Vocaciones Sacerdotales o la "Junta" como se llamó al principio, comenzó sus actividades en el mes de mayo de 1921. Detalles de ella pueden verse en otros apuntes que hay en un libro especial de los contribuyentes con dinero para el seminario.

El cafetal “Andalucía”

Mas volviendo ahora a lo que se estaba narrando de las VACACIONES —que había sido conveniente interrumpir para señalar detalles de cosas más importantes— hay que anotar que para el año de 1924, por motivos de diferente índole, ya no contaba el seminario con la hacienda de "Patasía". Entonces, ¿qué haría el seminario para las vacaciones de julio de este año? Mons. Valenzuela obtuvo de uno de sus amigos que le fuera prestado el cafetal llamado "Andalucía” para pasar allí las vacaciones del dicho año. Este

cafetal quedaba situado al S.E. de Anapoima, entre la quebrada "Campos" y el río «Calandaima» que nace en la cordillera del Subia cerca del cerro "Redondo" Este es afluente del río Bogotá por la margen izquierda y la quebrada lo es del "Calandaima". Andalucía estaba a unos 1500 metros de altura y a una hora del referido río.

Había que preparar, como se hizo para ir a "Patasía", todo lo necesario para poder vivir unos días de modo menos incómodo. Para preparar el café había un magnífico edificio de tres plantas, perfectamente limpio no sólo de toda mugre sino de muebles. No había nada. Absolutamente nada. Lo principal que es la capilla logró acomodarse en la parte baja aprovechando el rincón que formaba un ancho corredor. De comedor, podrían servir los corredores bajos y para dormir, todo el resto del edificio. Mas había que llevar de Bogotá todo lo correspondiente a la capilla, comedor, cocina, dormitorios, enfermería. Las mulas que debían llevar unas 30 o 40 cargas, como estaban enseñadas a transportar café, sólo admitían 8 arrobas; entonces había que calcular que no fuera a pasar cada carga de este número de arrobas. Cosa que no era tan fácil como a primera vista parece. Hubo necesidad de acomodar maderas y palos para hacer algo que se pareciera a mesas, bancos y asientos del comedor (Fot. 32). La cocina sería lo que allá se usaba para hacer el almuerzo de los trabajadores del cafetal. Todos dormiríamos en juncos y esteras colocadas en el suelo.

El ferrocarril de Girardot nos llevaría desde Bogotá hasta la estación de Anapoima y de allí para arriba, después de pasar un puente muy miedoso sobre el río Bogotá se seguiría a pie. Hubo algunas cabalgaduras para los sacerdotes y los seminaristas más pequeños. Del puente sobre el Bogotá para adelante empezaba una subida fuerte tanto que el entonces seminarista Luis Alberto García dio señales de insolación. Más adelante en una subida pendiente llamada "El Bayo" otro seminarista llamado Eduardo Acevedo se insoló de tal modo que perdió el conocimiento y quedó tendido en la mitad del camino. Nos habían dicho claramente lo fuerte que era esta pendiente y que la región era desolada y sin agua. Nos habían advertido el peligro de la insolación y nos habían dicho que debíamos tomar la precaución de llevar aguardiente. Yo llevaba dos botellas, parte de la una la derramé en la cabeza de García y le sirvió.

Lo que quedó y el contenido de la otra botella lo eché sobre la cabeza de Acevedo, sin resultado ninguno. La angustia de los seminaristas que trataban de atender a su compañero y mucho

más la mía, pueden medio suponerse. Acudimos a Dios y a su santísima Madre y envié a unos más animados por los Santos Óleos que los llevaba un poco adelante el seminarista, ya " in sacris", Adán Betancur. En estos momentos, que parecían siglos, de grande afán llegó la Providencia divina en la persona de un señor que pasaba a caballo por ahí y al ver el espectáculo del padrecito casi moribundo y al saber que ya se le había bañado la cabeza con aguardiente picó la bestia, desapareció y al poco rato volvió con unas botellas de mistela pues no había encontrado aguardiente en lo venta cercana. Me dijo que le echara este "remedio" en la espalda. Así lo hice y nuestro seminarista abrió los ojos y empezó a reaccionar. Este señor Providencial no se contentó con el favor que nos hizo sino que nos dijo que esperáramos un rato. Los Santos Óleos no se necesitaron, el calor comenzó a bajar, eran cerca de la 6 de la tarde. Nos hizo esperar para traernos cabalgaduras, unas ensilladas, otras tenían enjalma y otras no tenían nada. Montaron en ellas los seminaristas y acompañados de tan atento señor, llegamos al cafetal alrededor de las 10 de la noche, todos alentados. Mons. Valenzuela que hacía días estaba allí preparando el alojamiento se encontraba angustiado sobremanera porque suponía que algo había sucedido pues todos los demás habían llegado a buena hora. Se le dio cuenta de las angustias que habíamos pasado y del auxilio de la Providencia y naturalmente quedó calmado. ¿Atrevimiento, abuso de la juventud, deseos de aventura, prematura formación para párrocos de nuestros campos y aldeas? No sé. Al día siguiente comenzó la felicidad; oraciones, misa, desayuno... Pero ¿en dónde nos bañamos? Tienen que ir, por lo menos los grandes, hasta el río Calandaime. Así se hizo ese día y así siguió haciéndose todos los días; de tal modo que casi toda la mañana se gastaba en el baño y lo mismo sucedía por la tarde. ¿Tanta incomodidad, tantas calamidades pueden ser sabrosas? Sí, sabrosísimas. Todo lo hace el buen espíritu. Pero cuanto se hacía no era sólo diversión sino que también había trabajo espiritual y bajo la dirección inmediata de un seminarista y por medio de otros se recorrieron los campos y se invitaron niños para que aprendieran algo de catecismo y prepararlos para la primera comunión. El día que se hizo esta hubo no sólo niños sino también hombres hasta de treinta años. Las incomodidades hacían, como en Patasía y después en S. Ignacio que todo fuera diversión y contento. Hay quien observe que las comodidades producen menos satisfacciones que las incomodidades. Paradoja, pero así es. Vi gozar más a los seminaristas cuando carecían casi de lo indispensable, que cuando en Nazaret lo tenían casi todo a la mano y sin ningún trabajo ni esfuerzo. Pero los seminaristas no se quedaban quietos en el cafetal: organizaban

paseos y excursiones a las haciendas vecinas en busca de baño, como a "Golconda", al Ingenio de "S. Joaquín"; a las Mesitas del Colegio, al pie de la cordillera del Subia, a Anapoima . Caminadas fuertes, pero que con cierta sobriedad, hacían fuertes a esos seminaristas tanto en el cuerpo como en el espíritu.

El incidente de la insolación de los seminaristas García y Acevedo y lo lejos que quedaba el cafetal de la estación ferroviaria de Anapoima, hizo pensar a Mons. Valenzuela que sería mejor que nos volviéramos a Bogotá por una vía menos pesada aunque fuera más larga. Habló con los campesinos de la región y le dijeron que había una manera fácil de lograr este intento. Uno de ellos conocía palmo a palmo el camino que de "Andalucía" va hacia le cordillera del Subia y de aquí baja a las regiones de Fusagasugá y Sibaté. Describió aquello con detalles minuciosos, dio distancias en tiempo de un lugar a otro, lo que había que andar subiendo, la "Laja" plana pero peligrosa del Subia por lo muy inclinada, lo que gastaría el seminario en bajar hasta Sibaté. Dijo que saliendo de "Andalucía" a las 3 o 3.1/2 de la mañana llegaríamos, subiendo despacio, a un lugar plano y con corrientes de agua pura, a las 11 de la mañana y que allí almorzaríamos. Agregó que a las 5.1/2 de la tarde estaríamos en la hacienda de Santa Teresa —tierra fría— y que allí podríamos comer y dormir; que al día siguiente llegaríamos a almorzar a S. Benito. Viaje largo en apariencia, pero descansado y ameno. Determinado el día de la partida y con la prudente anticipación, Mons. Valenzuela envió una tarjetica al dueño de Santa Teresa y amigo suyo, suplicándole que nos permitiera dormir en la casa de la hacienda. Casa grande y capaz para todo el seminario, según lo dijo el hombre conocedor de esos lugares. Así mismo avisó a S. Benito para que nos tuvieran almuerzo para día y hora determinados, y principalmente al gerente del ferrocarril del Sur para que nos facilitara una locomotora con dos carros de pasajeros y uno de carga. Este tren debía aguardarnos en la estación de la Unión a unas diez cuadras de S. Benito.

A las 3 de la mañana del día que se escogió salimos con linternas y faroles en dirección a Subia. Se consiguieron bestias para las cargas y varias para los sacerdotes y seminaristas. Quise yo sorprender al seminario con un buen almuerzo en el sitio que se nos había indicado de antemano y le dije al seminarista encargado de la despensa y de los víveres que comprara gallinas suficientes para el almuerzo y la comida que por la tarde habría que servir en S. Teresa. Que todo fuera abundante y lo mejor preparado que se pudiera. Así lo hizo Adriano Linares, que era el dicho seminarista, persona bastante hábil. Empacó en unas ollas enormes todo el comestible y lo amarró muy bien

al lomo de un macho rucio. Qué alegría cuando al llegar al sitio referido, y como se había calculado, a las 11 de la mañana, Mons. Valenzuela hizo sonar su pito, sacaron todos de sus morrales los platos esmaltados, cubiertos y pocillos y sentados cómodamente en la yerba verde de aquel paraje, se alistaron a recibir su almuerzo. Los encargados de servir acudieron a Linares. ¿El macho? —le preguntó a cada uno de los arrieros. — ¿Cuál macho? —Pues el que trae lo de comer. El macho desapareció con su carga y hasta el día de hoy no se ha sabido nada de su paradero. La alegría se cambió en desconsuelo. Mons. Valenzuela, el seminarista Linares, los encargados de la distribución del almuerzo, los sirvientes, los arrieros y naturalmente yo, preguntábamos, mirábamos hacia el camino, esperábamos, pensábamos y sólo sabíamos que el macho no había llegado. Mons. Valenzuela se calmó y nos calmó. Le ofrecimos a Dios este percance *y* empezamos de nuevo a caminar como si hubiéramos almorzado. El camino era largo, y en trechos también largos, estaba formado de palos atravesados sobre el suelo con el objeto de que los bueyes y las mulas pudieran bajar las maderas de las montañas a determinados lugares, sin que estas ni los animales sufrieran daño. Pasadas estas empalizadas llegaron los diversos grupos de seminaristas a donde se veían gentes y había algunas ventas. Con el debido permiso del rector los diversos grupos, en especial los de los más grandes, entraron a esas tiendas y compraron cuanto hallaron para calmar el hambre. Como nos lo había anunciado el guía que llevábamos, a eso de las 5.1/2 de la tarde nos encontramos ante las puertas cerradas de la hacienda de Santa Teresa. El mayordomo no había recibido las razones del dueño de la haciende ni la de Mons. Valenzuela. A los seminaristas no les llamó la atención la nueva contrariedad. A todo le hacemos frente. Dios nos da fuerza. Somos jóvenes. Y decían otras cosas por el estilo. Pero Mons. Valenzuela y yo, aunque con risa también, teníamos que hacer algo. Una mujercita cuidaba la entrada de la hacienda y estaba haciendo la comida para su marido y sus muchachitos. Le presentamos una enorme olla con agua para que tuviera la bondad de ponerla a calentar mientras que la Providencia proveía de algún modo, y la providencia divina se nos hizo visible una vez más. Llegó el señor mayordomo. Lleno de sorpresa, abrió la casa desocupada y nos hizo entrar pidiendo excusas porque no había sino una cama sin colchón para todos los seminaristas. Informado de lo que nos había sucedido, volvió a montar a caballo y al poco rato se apareció con una buena cantidad de pan y otra de paquetes de fideos. Nos dijo que para el día siguiente tendríamos chocolate. Pasado el banquete rezamos y tirados en el suelo con calzado y con cuanto cada uno llevaba, resolvimos dormir. Pero el frío y el entablado duro no dejaban. Los "*chicos*" echaban a rodar los platos

esmaltados, daban golpes con los pies, se reían y su prefecto, Alfredo Rubio, no podía contenerlos. Otros se contagiaron del jaleo, como diría cualquier español bien hablado, y sólo a ratos dejaban dormir. Por fin amaneció, el altar portátil se arregló, celebramos la santa misa y después del anunciado desayuno, se emprendió la segunda jornada. Llegamos a aquella maravilla que hizo Dios en la montaña del Subia: una piedra, parece una sola, —"La Laja", como la llaman por allá— que es el flanco oriental de esa cordillera y que, subiendo desde el río Subía que después se llama Chocho hasta la propia cumbre, no sólo tiene grande altura sino también una longitud en dirección SO NE de cerca de un kilómetro. Personas atrevidas hicieron una cornisa, como de un metro o más de anchura, cortando la misma laja para pasar por ahí cuando querían ir de las tierras templadas a la sabana o viceversa. Por esa cornisa pasamos todos, seminaristas y cargas, con no poco miedo y por tanto con precaución. Hay al norte de un lugar más elevado que el resto de la cordillera, y llamado Peña Negra, una depresión maravillosa, casi una garganta salvaje: "El Boquete"; por ahí habíamos pasado hacía un rato. Es corto y al atravesarlo de Occidente a Oriente, aparecen a la vista y a lo lejos partes de la Sabana. Los seminaristas más grandes y más robustos hicieron aprisa la jornada desde Santa Teresa hasta S. Benito. A la una de la tarde estaban almorzando. Otros llegaron a las cuatro, tomaron algo y salieron corriendo pues el tren que aguardaba en la estación de La Unión estaba listo a salir. Los últimos alcanzaron con mucho esfuerzo a subir al vagón. La mortificación y la abnegación, la confianza con los superiores y la espontaneidad, la fortaleza moral y la física, tuvieron campo abierto para ejercitarse en esta aventura, tal vez la más llamativa y pudiera decirse la más atrevida de la vida del seminario. Un niño, y solamente él, adquirió una tifoidea. Se llama hoy el presbítero D. Marco Tulio Cruz. Otros, como era natural, sufrieron varios achaques sin ninguna consecuencia grave. Dios siempre protege su seminario.

Mons. Ramírez supo todo esto y, como se dijo al principio de estos apuntes, tenía grabada la idea de que el seminario en vez de buscar alojamiento en alguna hacienda o campo tuviera su casa de vacaciones resolvió llevar a término concreto esa idea. No recuerdo bien cuándo comenzó el referido Mons. a recorrer lugares y sitios que fueran apropiados para la casa de vacaciones. Lo cierto es que con el permiso del señor arzobispo Herrera, de vez en cuando me convidaba a que lo acompañara a ver determinado lugar que le habían ponderado y se lo ofrecían en venta. Una vez fuimos a un paraje primoroso abajo de Cachipay: en el centro de una llanura pequeña y verde se levantaba una colina redonda; una quebrada

corría por el norte del lote y un pequeño manantial se encontraba cerca del rancho en donde vivían los campesinos que cuidaban aquel predio. Tierra templada. Mas la quebrada como que arrastraba los detritus de Cachipay. La Providencia no permitió que aquello se comprara aunque su precio era módico.

También le ofrecieron a Mons. Ramírez unas cuantas fanegadas de tierra más abajo de esto en la hacienda de las Mesitas de Santa Inés y cerca del río Bajamón. No se pudo comprar. En otra ocasión fuimos a la región del Hospicio, estación del Ferrocarril de Girardot, y más acá de S. Javier, donde visitamos la hacienda de las Margaritas. Allí había un bella cascada, potreros, guayabos, buena casa, buen precio. Hubo que prescindir de aquello. Un sitio plano y más caliente le fue ofrecido cerca, así mismo del Hospicio y por donde corre el río Doima. No sé por qué me pareció aquello tan desapacible. No servía. Tampoco nos gustó ninguno de los lotes cercanos a La Capilla, a pesar de que eran planos y tenían bastante agua. Entonces hicimos excursiones a Oriente y encontramos al pie de Une un lugar llamado "Timacita", lugar a mano bastante apropiado para lo que se quería, lleno de grandes piedras, bellísimo, atractivo, pero el precio era muy subido.

Todos estos viajes, y otros más, fueron vanos. Nada se logró. Muchas veces no podíamos ponernos de acuerdo él y yo.

¿Pero, cómo hacer si la Santa Sede en varios documentos expresa el deseo de que los seminarios tengan su casa de vacaciones? Supe que el Pio Latino tenía le suya o iba a adquirirla y que el seminario de Santiago de Chile poseía una casa en la costa del Pacífico, llamada "Punta de Tacna". Estas cosas nos empujaban a no abandonar la idea y a seguir buscando. Mas yo no pude seguir acompañando al santo sacerdote en sus viajes.

Un día me llamó y me dijo que había comprado ya unos ranchitos con un buen pedazo de terreno en la orilla del camino que de Chipaque va a Cáqueza, en una región llamada "Caraza"; que un río correntoso pasaba por la finquita; que en diciembre nos iríamos para allá con algunos seminaristas. El rancho más grande, que era una tienda, fue convertido en una sencilla y preciosa capillita. En los otros se improvisaron dormitorios con camas a estilo militar, unas sobre otras. Había una cocina cuyo fogón consistía en tres piedras; el comedor era debajo de un pino que había en el centro de un patiecito y junto al cual comenzó a levantarse un kiosco o cobertizo de cañas para reemplazar el pino. Pues a Caraza fuimos a dar en las vacaciones de diciembre de 1924 y parte de enero de enero de 1925. Sobra decir que en esa época todo el viaje desde Bogotá se

hacía a caballo. Tuvimos allí unos días de alegría con baños en el río Une, paseos a la población del mismo nombre, en donde su encantador párroco, el presbítero D. Luis Francisco Luque, nos atendía con todo lo que le era posible y en donde gozamos por varios aspectos. También fuimos a Chipaque y a varios lugares de la región. Un día Mons. Ramírez tuvo que irse para Bogotá y yo me quede allí con unos seis seminaristas y tratando de dirigir la ramada que se estaba haciendo. Una mañana bendita nos dijeron que un hombrecito se estaba muriendo. Junté los seminaristas, saqué del sagrario el copón y nos fuimos al lugar que nos indicaron. Qué procesión más devota. Qué placer tan profundo andar por esos caminos llevando tan cerca del corazón a Jesucristo vivo y sacramentado. Llevar el viático para enviar un alma al cielo. Una choza en forma de triángulo isósceles. No podía entrarse de pie y había que confesar al enfermo. ¿Qué hacía yo con Nuestro Amo? Le entregué el copón a uno de los seminaristas y después de que de rodillas confesé al viejecito que era medio sordo, el seminarista me alcanzó el copón y le di la comunión al moribundo —me parece que murió ese día— y volvió la procesión a Nazaret. Sí, a "NAZARET" pues este fue el nombre que le señaló Mons. Ramírez a esa primera casa de vacaciones del seminario de Bogotá. Nombre que después se trasladó al Ocaso. Noté que los seminaristas se aburrían a ratos; esto me impresionó. Una mañana nos fuimos para Cáqueza con el propósito de almorzar en el hotel que se encontraba en esa población. Allí, según me parece, pues no recuerdo bien, había unos señores de Villavicencio hablando de los atractivos y prosperidad de esa ciudad. Al salir del almuerzo y después de visitar a Nuestro Amo y al párroco, presbítero D. Ismael Téllez, quien nos recibió con atenciones y cariño, resolví después de pensarlo bien y de calcular todas las cosas, que el día siguiente nos iríamos para Villavicencio. Calculé lo que esto valdría, el tiempo que emplearíamos en el viaje, los víveres que necesitaríamos, el sitio en donde deberíamos dormir la primera noche. Al día siguiente les comuniqué el proyecto a los muchachos, celebré la santa misa, comulgaron, consumí las hostias y salimos de la capillita a preparar nuestra excursión al Llano. Hicimos las maletas que cada uno debía llevar a la espalda. Una grande y más pesada nos la llevaría el muchacho llamado Trinidad que teníamos allí. Nos desayunamos, cerramos las puertas con candado, le entregamos las llaves a la vieja que cocinaba y nos fuimos. Caminábamos dos horas y descansábamos media aunque no estuviéramos cansados. Nos bañábamos en todas las quebradas del camino que no viéramos peligrosas, y a la hora calculada llegamos a la posada de Monte Redondo. La noche allí fue mala porque las camas no eran precisamente limpias y mullidas, pero amaneció por fin. Pagué la comida, posada y desayuno y seguimos nuestro camino. Qué

emociones tan agradables en casi todo el trayecto, en especial al pasar por el desfiladero de Pipiral y ver allí en la profundidad el Ríonegro que impetuoso y lleno de fuerza se lanza abriéndose paso por entre pedrones. El bosque que hace solemne aquel paraje. La naturaleza salvaje. Veíamos la mano omnipotente de nuestro Creador. Una sola contrariedad tuvimos: un seminarista tenía gripa y la fiebrecita le impedía caminar como queríamos. Llegó la tarde y llegamos con ella a Bella Vista de donde, según decían, podía verse le inmensidad del Llano. La oscuridad y la llovizna no nos dejaron ver aquello. A las siete de la noche estábamos en Villavicencio habiendo tenido que bajar muy despacio porque el camino era pedregoso y la noche completamente negra. Una linternita nos ayudó y los ángeles de la guarda nos llevaron como de la mano. Comimos en el hotel y nos fuimos a dormir a la Casa cural que era de los padres Monforcianos quienes nos atendieron de manera afectuosa. Tres días estuvimos en el hotel y en la casa cural. Hicimos, como era natural, varios paseos a los alrededores y tuvimos gran placer de atravesar el río Guaitiquía en taravita. Yo era joven y atrevido. Hablé con un hombre que se comprometió por el valor de $ 10,00 a llevarnos hasta el río Meta, allí nos conseguiría embarcación para seguir lo más abajo que pudiéramos. ¿Hasta Venezuela? ¿Y la vuelta? Le comuniqué mi locura al padre Mauricio y se aterró. Acababa de pasar el invierno; los mosquitos y zancudos nos despedazarían; las fiebres eran seguras. Tuve que llamar al hombre, destratar y prescindir de semejante aventura. Como naturalmente los seminaristas quedaron desconsolados con la noticia de que no podíamos ir al Meta y veían la perspectiva de volverse para Nazaret a pie, por el mismo camino pero ya de subida y por tanto más pesado y sin ilusión ninguna, resolví buscar bestias, entre otras cosas para hacer el viaje menos largo. El valor de las cabalgaduras no lo podía yo cubrir porque los dueños me cobraron bastante. Me vi entonces en la necesidad de vender un bello fusilito que era de mis hermanas y que ellas me habían prestado. Ya con este dinero contraté los animales y partimos para nuestros ranchos. Unos dos o tres días estuvimos de nuevo allí y después nos vinimos a pie para Bogotá. Abierto ya el seminario en febrero de 1925 y pasados unos meses, tal vez un año, un buen día me dijo Mons. Ramírez que había vendido a Nazaret, perdiéndole algún dinero, porque lo encontraba menos templado de lo que él había creído, que el baño en el río era demasiado frío y que por los alrededores había muchos bandidos. Aquel sitio quedó llamándose "El Seminario" y de ahí parte hoy la carretera para Une.

Pero el incansable Mons. Ramírez no se cruzó de brazos, continuó sus excursiones en busca del ideado sitio. Además en las vacaciones de diciembre de 1926 consiguió una casita no lejos de la estación

del Hospicio y allí estuvo algún tiempo con varios seminaristas y con el hermano capuchino Fray Junípero. Cosa parecida hizo en las vacaciones de diciembre de 1927.

San Ignacio



Como las vacaciones de julio de 1924 habían sido llenas de alegría y también de aventuras, estaba el seminario dispuesto a volver al mismo sitio, mas provistos de muchas cosas de que carecimos en El Cafetal la vez pasada. Pero Mons. Valenzuela conversó con un amigo suyo, don Luis Iregui, y este gran señor le ofreció su cafetal llamado San Ignacio, el que tenía demás del edificio de café una casa en frente a éste y que por tanto ofrecía alojamiento para los sacerdotes, tenía cocina y en general mayor comodidad. Se hicieron los preparativos de manera semejante a como se hicieron para ir a Andalucía. El ferrocarril que debía conducirnos hasta la estación del Portillo situada entre Apulo (hoy Rafael Reyes) y Tocaima, partió de Bogotá a las 9 de la noche y llegó a Portillo un poco después de las dos de la mañana. Además de las bestias para las cargas –unas 40— que nos facilitó el mismo señor Iregui, había otras para los sacerdotes y los seminaristas más pequeños. Mons. Valenzuela con unos seminaristas y don Luis Iregui con su hijo Luisito, se habían ido con unos días de anticipación para tenernos listos allá, en cuanto se pudiera, el edificio de la elaboración del café y la casa. Al llegar a Portillo se encargó de la mayor parte del seminario el nuevo vicerrector, Presbítero Jesús Antonio Rodríguez, y yo me quedé atrás vigilando las cargas. Este sacerdote, persona inteligente, ilustrado, muy piadoso y capaz, ocupó el puesto de vicerrector más o menos por espacio de un año mientras Mons. José Manuel Díaz hacía estudios de Sagrada Escritura y Teología en Roma. Los primeros estudios no los concluyó y por eso tuvo que ir esta segunda vez a terminarlos.

A pocas cuadras de andar, hubo que atravesar el río Bogotá por un puente colgante pero muy viejo, después de lo cual seguimos hacia Viotá. El párroco de esta feísima

población era por entonces el doctor Obdulio Chala quien nos atendió y recibió con muchas consideraciones. Después de repartir el desayuno que llevábamos y descansar un rato, seguimos nuestro viaje y a eso de la una de la tarde llegamos a una venta llamada "Casacoima" en donde Mons. Valenzuela y el señor Iregui nos tenían un almuerzo muy apetitoso. De aquí seguimos rectamente a San Ignacio. Por el camino ocurrió que los seminaristas más pequeños se turnaban el caballo, y como niños que eran manifestaban su alegría con gritos y risas. La gente sencilla de las casitas que había en las orilla de esa vía no podían explicarse por qué había padres tan pequeños, alegres y risueños y con cariño mezclado de sorpresa y también con gritos decían: Adiós padrecitos. Muy cerca de ellos iba el respetable vicerrector arriba nombrado; mas como estaba bien montado, con casco yanqui, saco y polainas los campesinos no le decía, adiós padrecito, sino adiós señor.

En estos años de vacaciones en San Ignacio, se presentó, como en Andalucía, la dificultad del baño y hubo que recurrir a pedir permisos en otros cafetales que tenían albercas para que pudieran bañarse en ellas grupos de seminarista. Pero en vacaciones nadie extraña ninguna incomodidad y todos vivimos felices. Las prácticas de piedad se hacían con fervor y recogimiento, y los seminaristas nunca dejaron de enseñar el catecismo y preparar niños para la primera comunión. Los clérigos instruyeron y dispusieron a varias personas para el matrimonio. Mons. Valenzuela había obtenido las facultades necesarias para él y para los demás sacerdotes, de hacer informaciones y presenciar los matrimonios. Se improvisó para uso del seminario y para todo esto, una capillita. Claro está que estas primeras comuniones y estos matrimonios había que acompañarlos con algo material que era el desayuno bien dispuesto, abundante y servido por los mismos seminaristas, los sacerdotes y don Luis. Uno de los festejos de las primeras vacaciones del seminario en San Ignacio fue la celebración del cumpleaños de Luisito Iregui. No habiendo almacenes para comprarle un regalo y no habiendo llevado nada de Bogotá porque no sabíamos que el niño iba a cumplir sus nueve años mientras que estábamos en su hacienda, para poder hacerle una atención no quedaba otro recurso que darle un buen almuerzo, montarlo en una mula bien adornada y cuya rienda llevara un paje más adornado que la mula –el paje fue el seminarista Carlos Vargas Umaña– pasearlo en ella por los alrededores de la hacienda y preparar en su honor alguna función con comedia por la noche. Don Luis Iregui era muy aficionado a las representaciones teatrales, a las comedias, charadas, coplas cantadas, &. y como nos hacía el favor de alojarnos en su casa y cafetal de San Ignacio, el seminario tenía el placer de darle gusto y dárselo a sí mismo representando comedias y más que todo cantando coplas alusivas a las cosas que acontecían, fueran ellas buenas o desventajosas para alguno de los seminaristas. En ocasiones se prologaba el teatro por varias horas; pero a nadie le daba sueño y todo lo que representaban y cantaban parecía bellísimo, lleno de agilidad mental y

de sátira inofensiva. Además el seminarista Luis Alberto García se convertía en un prestidigitador como del otro mundo.

Pero todo no era alegría porque la fiebre producida por picaduras de mosquitos y zancudos atacó a varios de los seminaristas y los redujo a la cama por algunos días. Como en Andalucía probamos algo de eso, Mons. Valenzuela se previno llevando drogas, y todavía más, llevando para toda la temporada al doctor Absalón Achury Rodríguez quien atendía a los enfermos, paseaba con los seminaristas y ayudaba a la alegría general. Había sido seminarista.

Para las vacaciones de julio y agosto de 1926 se repitieron más o menos los mismos acontecimientos. En el viaje de Bogotá a San Ignacio ya no nos acompañó el doctor Jesús Antonio Rodríguez. En cambio fue a pasar unos días con el seminario el presbítero Luis Rubio Marroquín y don Gabriel Valenzuela. En ese mismo viaje almorzamos en un sitio lleno de amenidad llamado "Los Vientos" después del cual hubo otro descanso en el cafetal de "Atala" y en otros lugares antes de llegar a San Ignacio. Como el baño, según se dijo, era bastante dificultoso, volvieron los seminaristas a bañarse a otros cafetales como el de "La viña" y el de "Liberia". Pero si ya en esta ocasión no nos acompañó el vicerrector Rodríguez, tampoco fueron con nosotros los seminaristas que no volvieron ni los que por bondad de Dios se ordenaron en octubre de 1925: Adán Betancourt, Manuel Alfredo León, Emeterio Díaz, Antonio M. Zapata, Juan Evangelista Piñeros.

Como lo más importante para el seminario es todo lo que se refiere a Dios y a Nuestra Señora, era necesario ante todo facilitar la vida espiritual e intensificarla en cuanto fuera posible no sólo durante el año en Bogotá, sino también en las vacaciones. La falta de capilla y por consiguiente del Santísimo Sacramento se sintió mucho tanto en Patasía como en Andalucía y ahora en San Ignacio. Por esto Mons. Valenzuela con unos seminaristas y don Luis Iregui, para inaugurar las vacaciones de julio de 1926, se fueron para el cafetal con unos días de anticipación para ver la manera de construir una capilla decente y en cuanto se pudiera, cómoda en la que fuera posible tener a Nuestro Amo. En efecto, con gran habilidad, con mucho trabajo, sin descansar, haciendo todo lo que podían con sus propias manos y urgiendo a los carpinteros y demás trabajadores, nos presentaron una primorosa capillita la tarde que llegamos a San Ignacio. De Bogotá llevamos todo lo que se pudo para hacer digno del Santísimo lo referente a su culto: manteles, candeleros de cobre, cálices, custodia, incensario, misal, ornamentos. Compré un armonio pequeño y lo llevé muy bien empacado. Hago esta enumeración porque cuando ya no pudimos volver a San Ignacio, tampoco pudimos hacer que vinieran todas las cosas de la capilla y allí se quedaron. Con mis propias manos logré hacer el primer banco. Los otros los hizo el carpintero. La capilla dio una vida incalculable a las vacaciones. Esto se veía con claridad en los seminaristas que la

frecuentaban y en los campesinos que asistían a la santa misa y demás actos religiosos. Y si en los años pasados se enseñó el catecismo, hubo primeras comuniones y matrimonios, en este año de 1926 se facilitó mucho todo aquello. Un día fuimos a Nilo.

Al oeste sudoeste de San Ignacio y cerca de las cabeceras del río Pagüey se halla un caserío llamado Pueblo Nuevo. Nilo se encuentra a unos 400 metros sobre el nivel del mar y está ubicado en un valle de 27 grados de temperatura y cerca del citado río. No lejos se encuentra la mesa horizontal y plana llamada de "Los Limones". Fue Nilo gran centro comercial de añil y palmitos; productos que se cultivaban ya en el valle, ya en la mesa dicha y en varias de las veredas.

El presbítero Adán Betancourt, sacerdote recién ordenado y lleno de celo, era el párroco de Nilo y el dicho caserío de Pueblo Nuevo con su rústica capillita era dependencia eclesiástica de Nilo. Pues este sacerdote organizó un paseo a caballo de todo el seminario –algunos seminaristas fueron a pie— desde San Ignacio a su parroquita pasando por Pueblo Nuevo. Después de descansar un rato, presenciamos la curiosa costumbre de dar la hora de las doce en ciertos días no sólo con las campanas de la iglesia, sino con un cañoncito antiquísimo de unos sesenta centímetros de largo. Este se encuentra debajo de un árbol frondoso que está en la plaza. Los vecinos por una tradición o costumbre muy antigua, respetan y aún le tienen cariño a este cañón; tanto que los muchachos no se atreven a jugar con él y a nadie se le ocurre que puedan robárselo. Satisfecha nuestra curiosidad, el señor párroco nos condujo a un sitio cercano en donde a la sombra de un árbol enorme había hecho un potrero, no entiendo cómo. En este potrero artificial había extendidos unos cuantos manteles y sobre ellos se veían hojas de plátano que cubrían toda clase de comestibles: papas, yucas, plátanos, arracachas, trozos de diferentes carnes, presas de gallina, botellas con cerveza, panes, bizcochos y mil cosas más. El "mostrador" de un matrimonio, colocado en el suelo, pero de un matrimonio campestre; un "piquete" sin nada vulgar ni plebeyo; sencillamente un magnífico almuerzo debajo de un árbol. Cada uno de los seminaristas escogió el puesto que quiso. Vino una taza de caldo servida por las hermanitas del señor párroco. Yo no había visto una mesa campestre tan artísticamente presentada, pues entre todos aquellos comestibles había miles de flores campestres de todos los colores y formas. Por eso, he detallado tanto. Gracias a Dios, al señor párroco y a su familia. Pasado el almuerzo y después de un paseo por los alrededores del bellísimo Valle de Nilo, regresamos a San Ignacio.

En las vacaciones de julio y agosto de 1927 no hubo acontecimientos que no fueran similares a los del año pasado, excepto las misiones que hizo el párroco de Nilo en Pueblo Nuevo eficazmente ayudado por un grupo de clérigos del seminario quienes con entusiasmo y no poca abnegación emprendían camino todos los días

con el objeto de colaborar a las dichas misiones. En realidad se mostraron esos clérigos por encima de su edad y de sus estudios. Vi actos de corrección y madurez poco comunes. Así, por ejemplo, una niña de Bogotá cuyo padre tenía una hacienda en Pueblo Nuevo, y en la que vivía, según me pareció, toda la familia de ese señor hacía un tiempo largo, al ver unos jóvenes cultos y capaces se fijó en uno de ellos y resolvió hacerle toda clase de atenciones para atraerlo. La sotana del seminarista no era inconveniente ninguno para ella porque probablemente había averiguado que podía ese joven salirse del seminario sin quebrantar ningún compromiso. El seminarista –que es hoy un sacerdote ejemplar y devotísimo de Nuestra Señora— recibió aquellas atenciones con tal pulcritud, corrección y entereza, con tanta tranquilidad y aplomo que no se sonrojaba y daba la impresión de que no era con él lo que la niña hacía y pretendía. El ángel de la guarda estuvo muy activo.

Como resultado de esas misiones no solo aprendieron algo de religión aquellas personas casi abandonadas, sino que se celebraron varios matrimonios.

De lo ocurrido en las vacaciones de julio de 1927 no quedó ninguna huella, y por tanto aparece alguna confusión con los acontecimientos descritos arriba. La memoria no me ayuda a determinar con claridad si fue en 1926 o en 1927 cuando acaeció tal cosa o tal otra. Mas si lo consignado en estos apuntes no ofrece mayor interés aún tratándose de cosas claras, poco importa determinar cuándo sucedió una de ellas ni menos ciertos detalles que la podían acompañar. No obstante lo dicho, hubo en uno de esos dos años un hecho que quiero anotarlo. El seminarista Eustasio Hoyos –quien después de ordenado dio muestras de ser un gran párroco— fue víctima de la picadura de un animal. El veneno le invadió una rodilla y los remedios e inyecciones que se le suministraron con gran interés y constancia por el médico doctor Adriano Torres y por los seminaristas que lo atendían parecían vanos, pues cada día se veía empeorar. Mons. Valenzuela se dedicó a él hasta el punto de que llegado el día de la venida para Bogotá, se quedó allá con el enfermo, el médico y otros seminaristas, en espera de algún alivio. Dios hizo que viniera ese alivio y pudieron traerlo. Ya en Bogotá se acentuó más esa mejoría pero nunca desapareció la enfermedad completamente y parece que después de varios años este mal vino a causarle la muerte a tan activo sacerdote.

He apuntado detalles de las vacaciones de julio y agosto de varios años y de los diversos lugares en los que el seminario pasó esas vacaciones. Mas durante el tiempo en que todo aquello ocurría y sucedían otras cosas que no quedan consignadas en estos pobres apuntes, ¿qué estaba sucediendo en la vida de piedad, estudios y formación sacerdotal? Algo apunté ya cuando escribí de la influencia de Mons. José Manuel Díaz como profesor inmejorable y como encargado de la parte intelectual del seminario. Pero como aquello andaba sobre rieles y marchaba de la manera más ordenada y correcta, no aparecen actos ni detalles que se salgan de lo

ordinario y por eso no hay nada que apuntar. La campana sonaba a las horas determinadas y, siguiendo su sonido, el seminario andaba sin tropiezo alguno. La vida de piedad se desarrollaba de modo regular y con marcado provecho; profesores y alumnos cumplían con su deber; el buen espíritu, que siempre ha sido una marca especial del seminario, reinaba en todos. Las fallas eran pocas y pequeñas. Por fuera se decía que había cosas graves que manifestaban mal espíritu. ¿Y qué era lo que estaba sucediendo entonces y sucede todavía? Pues que sacerdotes y seminaristas de fuera de la arquidiócesis procedían mal y estos actos se atribuían al clero y a los seminaristas de Bogotá. Un ejemplo de época posterior a 1927. Al llegar de vacaciones de 1944, nos sorprendió a los superiores la noticia de que el párroco de la Dorada, padre Antonio José Herrera, estaba disgustado porque no había recibido contestación a un telegrama suyo dirigido al rector del Seminario de Bogotá, en que le pedía informes acerca de unos seminaristas cuyos apellidos eran Jaramillo y Restrepo quienes con una carta firmada por Mons. José Manuel Díaz y en papel timbrado del Seminario de Bogotá, habían ido a la Dorada a recoger limosnas para el dicho Seminario. No recuerdo cómo supimos detalles. Creo que el párroco le escribió una carta a Mons. Díaz contándole lo ocurrido. Estos jóvenes se presentaron ante el padre Herrera con la carta del rector, en la que pedía este señor fueran atendidos esos seudo-seminaristas y se les permitiera recoger dinero para el seminario de Bogotá. La carta estaba escrita en papel falsificado, pues el timbre era distinto del que estábamos usando, y la firma también falsificada y mal falsificada. Llegó ésta a nuestras manos como una prueba de acción criminal contra esos jóvenes. Ellos, pues llegaron a la casa cural en los días de Semana Santa y pidieron el permiso para recoger limosna. El padre Herrera los recibió con toda cultura y como el aspecto de ambos era de gente piadosa, correcta e ilustrada y como estaban vestidos con sotana negra y banda azul, el padre no dudó. Extrañaba sí que desde la arquidiócesis de Bogotá fueran hasta allá a pedir limosna; pero les concedió el permiso y les dijo que le ayudaran en algunos de los trabajos de la parroquia. A Jaramillo le entregó un libro para que leyera un "Hora Santa" el Jueves Santo, y este joven sin valerse casi del libro hizo una oración muy piadosa y bien pronunciada. Lo cual confirmó al párroco en que sí eran enviados de Bogotá. Mas en una salida que hizo fuera de la iglesia, los encontró tomando frescos en un sitio en que no debían estar. Esto ya lo puso intranquilo y los observó más de cerca. Por otros detalles comprendió que había engaño y resolvió despedirlos. El Sábado Santo salieron muy pasito a las 4 de la mañana y se dirigieron a la poblacioncita de Buenavista en donde hicieron una procesión. Averiguando el párroco por la conducta de los dos padrecitos supo que habían visitado en la Dorada a unas niñas Flórez quienes decían que ojalá volviera a predicar el "padrecito mono"; que alguna persona les había dado estipendio para unas misas; que uno de ellos había predicado en el hospital; que habían entronizado el Corazón de Jesús en una casa y no sé qué otras cosas más.

Con la desaparición de estos señores e informado el párroco de todo lo anterior, se convenció de que eran unos estafadores y le puso un telegrama a las autoridades de Buenavista, y con esto logró que fueran a la cárcel. Mas ellos mostraron la carta de Mons. Díaz y obtuvieron la libertad.

Se supo, no recuerdo de qué manera, que estaban en Bogotá y un joven de apellido Cabral dijo que él los conocía y que podrían localizarse en el café Bogotá. Mons. Díaz resolvió en un principio recurrir a la autoridad y darle cuenta de lo sucedido; me comisionó para que procediera y logré hablar con Cabral. Mas después Mons. pensó que era mejor no hacer nada y los papeles que tenía yo como diligencias previas se archivaron.

Mas el Seminario acusado de liberal y mundano con su santo arzobispo a la cabeza —Mons. Perdomo— daba muestras prácticas y claras de todo lo contrario. El mal ambiente con que se le calumnió y que cundió en casi toda la república, vino a desbaratarse años después con la prueba clarísima de los sacerdotes que iban saliendo de esos claustros, quienes con su celo y abnegación, con su santidad e ilustración, con su actividad, obediencia y desprendimiento probaron y demostraron que solo ambiente santo y estudio concienzudo, era lo que había en el seminario.

Por tres veces, y con algún tiempo de separación entre ellas, fue visitado canónicamente el Seminario de Bogotá. Primero por un padre francés, cuyo nombre no recuerdo; después por Mons. Luis Andrade Valderrama y después por un padre dominicano, también francés. El resultado de estas visitas –que debe encontrarse en el archivo de la secretaría del Seminario— fue la aprobación plena de cuanto se estaba haciendo, del ambiente, de la piedad, de los estudios, de la sabia dirección de los rectores. Y no solo la aprobación plena, sino la calificación recibida en dos de esas ocasiones de que era ese plantel el mejor seminario de Colombia. Pero la calumnia y las malas interpretaciones andaban por debajo de tierra. Como muestra de ello puede verse que del Colegio de S. Bartolomé dirigido por los PP Jesuitas, durante varios años no se presentaron sino dos alumnos que pidieran la admisión. Antes de estos acontecimientos había habido buen número de “bartolinos” y después de pasada la borrasca, vinieron otros.

Los padres jesuitas, tal vez alarmados por lo mal que creían que andaba el seminario, intentaron varias veces tomar su dirección. Creo que tendrían buenas intenciones y celo porque se formaran bien los sacerdotes; pero no lograron sus santas aspiraciones. Adelante apunto algunos detalles. Claro está que no todos los sacerdotes formados en este Seminario hemos sido ejemplares. Por desgracia varios no hemos correspondido a la altísima misión que se nos confió. Pero si del primer seminario dirigido por el mismo Jesucristo salió Judas, ¿por qué nos admiramos que de los demás y de las comunidades religiosas salgan malos

sacerdotes? ¿Pero se piensa bien y se considera despacio en el número de magníficos sacerdotes que han pasado por este Seminario?

Volviendo a las vacaciones –aunque reconozco que no es lo más importante de la vida del Seminario— hago algunos apuntes de ellas porque en las vacaciones es en las épocas en donde se encuentran más detalles que pueden ser, si no importantes, por lo menos curiosos.



Recuerdo, pues, que un día Mons. Andrés Restrepo Sáenz contó que andando por los lados de la estación ferroviaria de la Esperanza, había visto que estaban levantando un edificio; preguntó para qué era aquello y le respondieron que era para la Casa de Vacaciones del Seminario de Bogotá.

En realidad Mons. Eugenio Ramírez había comprado unas pocas fanegadas de terreno a los señores Aparicios para realizar en ellas su ideal de casa de vacaciones.

Un ranchito a la orilla del camino empedrado que desde la población de Bojacá va en dirección al caserío del Ocaso y sigue en busca de las poblaciones, haciendas y otros caseríos que se encuentran en los valles y vertientes de los ríos Bogotá y Apulo. Alrededor de ese ranchito y a unas pocas cuadras del citado caserío, encontró Mons. Ramírez el lugar que le pareció más apropiado para su intento. Lugar ondulado, algunas partes planas, otras formadas por colinas y cerritos, vegetación salvaje y bella. Por el occidente el camino descrito, por el oriente el río Apulo, corrientoso, lleno de grandes piedras, precioso, solemne. Por el norte y el sur, tierras sin cultivo, árboles y matorrales. Allí se principió a construir la casa de vacaciones del seminario: NAZARET. ¿En qué fecha compró el lote Mons. Ramírez, cuándo comenzó la edificación y cuánto le costó esa tierra? Estos datos deben encontrarse en el archivo de seminario con las escrituras y demás detalles. Sólo puedo dar el dato preciso del día en que ya pudo inaugurarse parte del edificio: 26 de abril de 1928, fiesta del Patrocinio de San José. Con el dinero heredado de sus padres, con el que le dieron sus hermanas —menos Matilde—, con el producto de la venta del vino de consagrar y no sé con cuántos otros dineros, compró Mons. Ramírez los primeros lotes y principió la edificación. Mons. Ramírez era quien se entendía con los pedidos del vino que hacía el arzobispado y entendía bastante no solamente de las calidades y marcas de los

vinos para consagrar, sino que también conocía bastante el manejo y trámites necesarios para hacer los pedidos al exterior. Como Tesorero de la Arquidiócesis manejaba todos los dineros de la Curia. Obtuvo permiso del señor Arzobispo para emplear, por lo menos una parte del producido del vino en la casa de vacaciones para el seminario. Esa casa, entonces venía a ser parte de la Arquidiócesis y en parte del dicho Mons. Ramírez. Mas éste manifestó repetidas veces, y creo que lo dijo por escrito, que al morir dejaría al seminario como heredero no sólo del inmueble sino de todo Nazaret, con sus muebles, libros, ropas, loza y demás. Heredero de todo lo que Monseñor había comprado con sus haberes para esa finca. El testamento tal vez esté en el Seminario Mayor. Esa casa con todos los terrenos que fueron comprados poco a poco, es un bien eclesiástico.

Por lo que todos vimos con nuestros propios ojos fácilmente se comprende que no hubo un plan determinado para hacer esa construcción y que no intervino en ella un ingeniero ni arquitecto ninguno. Comenzó el referido Mons. por hacer una capilla de buen tamaño para el Seminario. La adornó con pinturas antiguas —algunas de mérito artístico—, con estatuas de santos, con telas de antiguos ornamentos y también con cosas de mal gusto. Hizo altares con pedacitos de altares antiguos y de altares viejos. El conjunto quedó muy agradable y la capilla o iglesia es recogida y convida a la adoración de Dios. Los ornamentos y vasos sagrados en número suficiente para que varios sacerdotes pudieran celebrar con comodidad, son en general buenos y varios de ellos de magnífica calidad. Entre las estatuas sobresale un magnífico Calvario quiteño cuyas figuras tienen más de 50 centímetros de altura y que se dice fue del Padre Margallo. La Iglesia quedó de fácil acceso para el público y adornada con una espadaña o torre en la que se encuentran las campanas y unas estatuas de cemento en sus nichos. Una de ellas –según parece— es la del Sagrado Corazón de Jesús que tiene en sus brazos al Niño Dios. Esta espadaña está separada de la iglesia por el ancho corredor que va de uno a otro extremo de la construcción. La iglesia queda, pues, rodeada de tres corredores anchos, el descrito ahora, uno a la derecha y otro a la izquierda. Estos corredores dan el aspecto de alegría y ofrecen comodidad a la permanencia de sacerdotes y seminaristas quienes sabrosísimamente pueden conversar, distraerse con juegos, leer y mirar el encantador valle que se extiende hacia Girardot y el Tolima. Entre estos corredores y la capilla hay unas habitaciones para sacerdotes, muchas de ellas comunicadas con la dicha capilla.

También se encuentran dos patios uno a la derecha y otro a la izquierda entre la casa del Señor y las habitaciones sacerdotales. “Presbiterium” se llamó después el corredor, habitaciones y patio interior del lado norte. Comedor, cocina, casa de las señoritas Ramírez, dormitorios y demás iban apareciendo poco a poco y por diferentes partes a fuerza de tabiques, de abrir nuevas puertas, de tapar una ventana, de aprovechar un barandaje viejo y de darle algún empleo a los materiales

que habían sobrado de una casa derribada en Bogotá. Hubo puertas nuevas combinadas con unas añadidas y de otro color, estilo y tamaño. Se aprovecharon las ventanas de arco de medio punto que se quitaron de los arcos de los claustros altos del seminario de Bogotá y los bastidores de vidrios que todavía conservaban algunos de ellos. Como decía el señor presbítero Luis Rubio Marroquín, "El doctor Ramírez acaba de construir una casa vieja". No solo se levantó esta casa acomodando lo que se podía, sino que parece que un plan general únicamente se realizó en determinadas partes. Hecho el tramo principal que, como acaba de decirse comprendía la iglesia o capilla, corredores, aposentos que la rodeaban, casa de las señoritas Ramírez, se pensó después en agrandar lo ya construido y en hacer una parte de dos pisos. A continuación de un comedor que había para el seminario mayor y formando ángulo recto con éste, se levantó la edificación de doble planta. Abajo, y comunicado con la despensa y cocina, el comedor para el seminario menor. Quedó de buen tamaño. Primero se arregló con mesas de madera y después con unas de granito artificial. Ventanas con arcos rebajados. Para sentarse se hicieron poyos de madera a lo largo de las paredes y de ambos lados. A continuación, pero separada por un pasadizo, quedó la biblioteca. Este comedor quedó triste y feo. Encima se hizo un buen dormitorio con corredores a uno y otro lado, en los que se colocaron los enseres para el baño: jarras esmaltadas, palanganas, &. Al final, o sea al sur y en la parte alta, se encontraba un gabinete o mirador con vista sobre todo el valle hasta el Tolima. Además servía para lectura, estudio, juegos y entretenciones. Después de la biblioteca, pero debido al desnivel del terreno, dos o tres metros abajo, se encontraba el teatro. Tenía lugar para los disfraces, como escenario, buena distribución de luces, capacidad más que suficiente.



Mons. Ramírez poco a poco y con obreros y "maistros" conseguidos con dificultad iba haciendo crecer la casa de vacaciones de manera irregular. Pero vio que los niños del menor y sus superiores necesitaban independencia y entonces sí concibió un plan determinado y armónico. Bajando por frente a la puerta del

teatro, una bonita y sencilla verja de hierro anunciaba una construcción nueva de ahí hacia abajo. Un pasadizo ancho conducía a un corredor más ancho (unos tres o cuatro metros) y bastante largo, el que en ambos extremos continuaba en ángulo recto y encerraba un patio grande. Este patio quedaba unos tres metros abajo de los corredores. El conjunto era alegre. En el corredor oriental había puertas que conducían a los dormitorios y al aposento de un sacerdote. En el occidental estaba la muy agraciada capilla del menor. Los otros dormitorios estaban en la parte norte contra el corredor principal. Mas en todos se encontraba el defecto de tener unas ventanas altas, contra los techos que no dejaban entrar sino poca luz. ¿Pero, luz para qué en los dormitorios? No obstante esta reflexión, habrían quedado mejor con luz y más aire. Se habrían visto alegres y bien presentados. Como se construyeron quedaron tristes y feos. Al cruzar el gran corredor con su brazo oriental hacia el sur, formaba un ángulo recto muy acogedor. Allí se quitó casi todo ese ángulo y se hizo, en pura piedra, un arco grande detrás del cual aparecía un "pesebre" que podía quedar oculto a la vista por medio de una cortina metálica. Qué devota y alegre era en ese lugar la novena del Niño Dios. Los servicios higiénicos se hicieron debajo de los dormitorios y con puertas hacia el patio central. Los dichos dormitorios tenían una especie de poyos de madera en los que los seminaristas podían colocar su ropa y todo lo que quisieran. Catres de lona a uno y otro lado. Había un aspecto de orden. En realidad este tramo era bastante bueno. Todo bien embaldosinado, todo hecho con cuidado y gusto.

Cerca de este tramo del menor se hizo otro en cualquier dirección para los estudiantes de teología y filosofía. Este era un gran salón dentro del cual había celditas separadas unas de otras por tabiques de ladrillo, los que apenas llegaban a uno con ochenta de altura. Cada celdita tenía una puerta que daba a un pasadizo central, y todo aquello estaba rodeado de corredores por los dos costados principales. A la entrada, había otro corredor más amplio pero corto, cómodo para jugar, leer o conversar. Mas las ventanas altas y en sentido horizontal, como las del tramo del menor, también se encontraron aquí. Fueron hechos en la parte de atrás baños y regaderas y cerca un sabroso cuarto para el sacerdote encargado de teólogos y filósofos. Celdas y corredores con baldosines. Posteriormente se suprimieron las puertas de las celdas del lado del norte y se abrieron hacia el corredor. Además –bastante después— se hizo otro tramo casi perpendicular al que acaba de describirse. Queda cerca del camino empedrado –o quedaba— no lo sé, camino que viene de la Sabana y va a la Esperanza. Consta de dos plantas y está comunicado con el de los filósofos. Corredores a uno y otro lado de la edificación con puertas de cartón a todo lo largo de ellos; puertas que conducen a unas cuantas celditas que como las de los teólogos y filósofos están separadas unas de otras por tabique bajito y en casi todo son semejantes a las de allá. Esta fábrica se levantó ya, como gran parte de lo anterior, con cemento, hierro, ladrillo y piedra.

No podía faltar un apartamento para el Señor Arzobispo Perdomo, ya que él vivía preocupado por todo lo que se relacionaba con el seminario y que tenía placer en estar con los seminaristas lo más frecuentemente que se lo permitían sus demás ocupaciones. Se hacía todo para todos los sacerdotes y seminaristas. Con aquellos conversaba dando siempre ejemplo de caridad, prudencia, piedad y sabiduría. Con los niños jugaba como un niño. Con los jóvenes parecía de 20 años.



Como se dijo arriba el terreno era irregular y para hacer una salita, alcoba y demás en donde pudiera estar independiente y cómodo el prelado, hubo necesidad de levantar una muralla de piedra para hacer sobre ella la estancia arzobispal. Quedó pobre y un tanto desapacible; con muebles usados y unas esteras en el piso. Además mal ubicada pues era como un apéndice al corredor del norte, el Presbyterium, que quedaba cerca de la entrada del edificio. Unos bastidores de vidrios de diferente tamaño todos ellos cerraban la parte oriental. Pero el señor Perdomo se acomodó allí varias veces y durante casi todas las vacaciones del seminario.

Como no hubo arquitecto, la capilla comenzó a caerse y hubo necesidad de repararla dos veces y reconstruirla una. La última ocasión se aprovechó para ensancharla y se le hicieron dos naves, otros arreglos, más cuadros y un altar bueno con lo cual quedó bastante bonita. Resolvió Mons. Ramírez hacerle una cúpula muy simpática y que daba bastante luz. Pero esta cúpula quedó mal construida y empezó a venirse abajo. Entonces fue reforzada con cuatro rieles, los que no la dejaron caer, pero que dañaron el aspecto atractivo que tenía, pues quedaron a la vista y no pudieron disimularlos con algo que les añadieron y pintaron. Hubo también que reforzar con rieles el apartamento arzobispal, porque la muralla se agrietó.

Como el comején, el gorgojo, las hormigas y demás animalitos amigos de la madera invadieron casi todo lo construido, se necesitó cambiar gran parte de esas maderas, se hicieron algunos arcos de ladrillo para sostener mejor determinadas

partes, se quitaron los entablados de los corredores centrales y se embaldosinaron. Ganó mucho la casa con todo esto.

En la orilla del camino, convertido después en carretera, y hacia la parte norte del edificio y separado de éste por unos jardines, se hizo un garaje. El Seminario colocó solemnemente una imagen de Nuestra Señora en un nicho encima del garaje. Las gentes que transitan por frente a la imagen le suelen poner flores y luces y se detienen a rezar algunas oraciones. Mas como no fue suficiente, en la parte sur y cerca del tramo de los filósofos, se hicieron otros dos grandes para guardar no solo los automóviles sino también camiones.

Las hermanas de la Presentación con sus sirvientas tenían que ir a Nazaret siempre que iba el seminario, para atender la cocina y el comedor. El alojamiento que se les preparó dejaba mucho que desear, pues era incómodo, reducido y feo. Después se arregló un poco mejor y se le dio alguna amplitud; pero a pesar de esto no quedó como debería haber quedado. Ellas sin reclamar nada se sometieron a esa pobre vivienda.

Otra obra, como se indicó atrás, fue la biblioteca. Aunque también se le cambió de sitio y no está bien dispuesta, tiene la ventaja de estar bien provista. Hay libros escogidos para los jóvenes y niños, para los que hacen estudios más altos, para los que están cursando filosofía y teología. Se encuentran cuentos, historias interesantes, literatura, revistas, teología, &..

Ya se sabe que Nazaret tiene por límites orientales el río Apulo. Este es uno de los mayores atractivos del bellísimo lugar que ocupa la casa de vacaciones. Varios caminitos serpentean desde la casa hasta el río. Todos por entre árboles y plantas de diversas clases. Pero al río no se iba solo de paseo y para prender la leña y hacer chocolate, lo principal era el baño. Un buen pozo rodeado de pedrones y arreglado con sumo cuidado, ofrecía su encanto al seminario. Era bastante hondo en la parte de arriba y pando contra una enorme piedra, en la parte de abajo. Se podía nadar con facilidad y los seminaristas más hábiles se arrojaban de cabeza a él desde una piedra alta. No sé por qué Mons. Ramírez quiso que hubiera otro lugar para el baño además del pozo del Apulo. Cerca del teatro y en dirección al río, hizo una piscina o grande alberca, con tres profundidades, toda de ladrillo, piedra y cemento; con desvestideros cómodos y siempre limpios, con regaderas fuera de ella para jabonarse primero, y quitado el jabón, entrar a la dicha piscina; con prado a uno de los lados, naranjos, otros árboles y un hermoso limonero junto a los desvestideros. Estaba mantenida con agua del acueducto del Ocaso y por tanto en poca cantidad y de mala clase. Como el acueducto no era suficiente se colocó un ariete hidráulico en la orilla del río y éste subía una pulgada de agua. Después hubo que instalar otro de mayor capacidad y por tanto más efectivo. No obstante estos esfuerzos y el

dinero gastado en obra tan benéfica, no tuvo los resultados que se esperaban. Aquello se convirtió en sitio para lavar la ropa.

Entonces pensó Mons. Ramírez hacer una cosa mejor. Como a cuadra y media del pozo público se hizo una caja de ladrillo a la que llegaba el agua del río y allí se decantaba; entraba luego a una tubería de gres de un pie de diámetro la cual sostenida en parte por columnas de piedra, llevaba un torrente suave durante unas cuantas cuadras hacia la gran "piscina" que acababa de ser terminada. Bastante dinero y no poco trabajo se necesitó para hacerla. A primera vista el sitio escogido no podía servir por quedar muy alto respecto del río. Imposible que el agua pudiera subir hasta allí. Pero Mons. Ramírez con palo de un metro de largo y ayudado por unos peones se metió por entre malezas y zarzas, por encima de barrancos y quiebras, obtuvo el nivel del lugar que había pensado el que en realidad resultó más bajo que aquel de donde se tomó el agua del Apulo. Esto naturalmente se hizo antes de construir la acequia y de colocar los tubos. Yo no creí. No me atreví a contradecirle de frente, y con algún pretexto convidé un día al grande arquitecto José María González (Pepe González) para que bajara un día conmigo al Ocaso y que comprobara el desnivel antes de emprender una obra tan costosa. En realidad Pepe llevó un nivel de ingeniero y entre él y yo pudimos cerciorarnos del acierto de Mons. Ramírez. El agua bajaría. Con piedras bien labradas y unidas y pegadas con buen cemento se hizo una piscina, de forma un poco irregular, que medía 36 metros de larga por 12 de ancha. Enorme. En la parte oriental tenía 3 metros de profundidad; en el centro, pasando un escalón oblicuo, unos 2; en la parte panda, 1 ½. Tres trampolines, un resbaladero, escaleras de hierro y un tubo en contorno de las dos primeras partes servían para que los seminaristas hicieran toda clase de juegos en el agua y pudieran estar sin peligro. Por entre una roca y por debajo de la estatua de un santo, salía el enorme chorro. Un agujero hecho en un ángulo, con su malla de fierro y una compuerta manejada con un tornillo largo, servían para desaguarla y limpiarla. Además tenía otro desagüe en uno de los bordes superiores que permitía que saliera la misma cantidad de agua que la que entraba. Un prado bellísimo, kioscos, bambú, palmas y diversos árboles adornaban el conjunto. Muy bien la piscina. Dos veces por día y llenos de felicidad iban los del mayor y después los del menor, o al contrario, a gozar por media hora del mayor de los atractivos de Nazaret. Los que sabían nadar y hacer pruebas en el agua creían que solo se habían bañado un minuto. Los que no sabían nadar aprendían prontísimo y varias veces se convertían en émulos de los más adelantados.

Pero comenzaron los seminaristas a enfermar. Un desaliento, falta de fuerzas y ánimo, se notó en varios. Dormir era lo único que les provocaba. El clima era malo y en realidad lo es. No estaban contentos sino los primeros ocho días. Al llegar a Bogotá el médico los examinaba y encontraba que un alto porcentaje de ellos

estaba atacado por las amebas. La causa del estado de ánimo flojo y sin fuerzas estaba descubierto en buena parte. Mons. Ramírez negaba que hubiera amebas en el agua de Nazaret porque ni a él ni a sus hermanas los habían atacado. Pero era un hecho que era mala el agua y especialmente la del acueducto.

Con pretexto de paseo me fui con algunos seminaristas al sitio en donde se tomaba el agua para el acueducto. Por los lados de la quinta del doctor Eduardo Santos, llamada Bizerta, había un pozo el que se alimentaba de una acequia en gran parte llena de matorrales y que, según nos pareció, salía de la Laguna Verde. Esta se llama así, probablemente porque vive cubierta de una capa de plantas lacustres que la gente llama "Buchón". Está situada al pie de una cordillera que se desprende de la región de Zipacón y que forma parte de las que separan la Sabana de Bogotá de las tierras templadas y calientes. La laguna está bastante lejos del citado pozo. ¿Pero el acueducto del Ocaso y por tanto el de Nazaret, salía claramente de este pozo? No pudimos precisarlo porque había un tejar con su pozo de agua un tanto amarilla y comunicado probablemente con aquel. Este desaparecía y volvía aparecer más allá; la acequia también se perdía entre los varios pozos y después, no bien determinada, llegaba al sitio en que quedaba entubada y se dirigía al Ocaso.

No recuerdo cuándo, pero preocupados el Prelado y los superiores del seminario por los enfermos de amibiasis, me permitieron que interviniera yo más directamente en averiguar la calidad de las aguas usadas en Nazaret y si se comprobaba que eran malas, activar su corrección. En el Instituto Samper (Instituto Nal. de higiene Samper Martínez) se hizo un examen del agua del acueducto tomada de una de las llaves y siguiendo las instrucciones que allí se nos dieron. El resultado fue que aparecieron unas 1.500 colonias de amibas por milímetro cúbico. Después, como se verá, se corrigió esto.

¿Y la piscina? Fui al ministerio de higiene, di cuenta de la existencia de la piscina y del agua de que se surtía, y allí bondadosamente nombraron a dos técnicos que fueron conmigo a Nazaret y detenidamente vieron el lugar en donde se tomaba el agua, midieron la cantidad de ella, el tamaño de la alberquita decantadora, y demás detalles importantes. Les advertí lo del baño público un poco más arriba de este sitio. Estudiaron después las otras dos albercas similares a la primera y por último nos trasladamos a la piscina. Me dijeron que no era difícil ni costoso sanear esa agua, cuando no lleva arena, como acontece en invierno. En la última alberca la decantación había que hacer una caseta de ladrillo en donde se colocaría el pequeño laboratorio para la purificación del agua, y me indicaron el tamaño y la forma de hacerla. Así mismo me dijeron cómo había que reformar la alberca con unos tabiques de cemento para que la sustancia química que se echara se mezclara bien con el agua y produjera el fin buscado. El laboratorio sería muy sencillo; podía

decirse que primitivo: un garrafón de vidrio con capacidad para determinada cantidad de litros de agua, a la cual se le mezclaría también determinada cantidad de un polvo fabricado a base de cloro, llamado "Perclorón". Este garrafón debería colocarse en soporte de manera que quedara a metro y medio de la superficie del agua de la alberca. Se pondría un tapón con dos agujeros por donde entrarían dos tubos de vidrio de longitud diferente; el más largo penetraría casi hasta el fondo del recipiente y saldría unos cuantos centímetros por encima del tapón. Un tubo de caucho pendería del otro que debería tener en el extremo libre un cuentagotas. Tantas gotas deberían caer en la alberca en determinado tiempo y para determinada cantidad de agua. Se compró una aparatico que marcaba en colores la situación del agua purificada. A la media hora de estar cayendo el perclorón, con el referido aparatico se hacía la prueba. Consistía ésta en echar en él agua de la piscina. Si el color que marcaba era de un verde oscuro, los ojos y los oídos de los seminaristas padecerían; si era de un verde desteñido, las amibas acabarían con los seminaristas. Había un color intermedio que indicaba que podrían bañarse con toda tranquilidad. De nuevo se hizo examinar el agua de la piscina sometida a este proceso, y resultó satisfactoria. En el hotel de la Esperanza había un procedimiento semejante al de Nazaret y, según nos informaron, dio buen resultado. Al principio todo anduvo muy bien mientras estuvieron encargados de la vigilancia de la caseta y del perclorón los seminaristas Alfonso Garavito, Alfonso Rojas y otros. Mas poco a poco, y en los años siguientes, no se le puso el debido cuidado a esto, dañaron el aparatico, el perclorón se acabó en el comercio y hubo que sustituirlo por un equivalente que exigía otras condiciones. Entonces las amibas se adueñaron del agua.

El Acueducto. El Ozono

Como se indicó arriba, el acueducto que viene del Ocaso y que pasa por los pozos cerca del tejar, tiene que conducir agua cargada de amibas y microbios; para poderla usar es necesario hervirla; pero hervir agua para todo el seminario no es cosa fácil. Hay que desinfectarla de otro modo.

Pregunté aquí y allá cómo se haría y después de mucho moverme di con un francés o hijo de francés que negociaba aparatos para purificar y desinfectar las aguas. Tenía este señor un solo aparato; me explicó su funcionamiento, la manera de instalarlo y el magnífico resultado que seguramente tenía que dar. Esta máquina era productora de ozono, que es lo usado en Francia en vez de cloro, y me demostró cómo ozonizaba el agua dejándola libre de todo elemento orgánico vivo. Claro está que químicamente no la hacía potable y aun con la muerte de los

elementos orgánicos no podía decirse que fuera agua de primera calidad. Pero quedaba libre de amibas y microbios.

Como era natural, antes de comprar el aparato, consulté con los otros superiores del seminario y con Mons. Ramírez. Obtenida la aprobación lo compré. El mismo señor que lo vendió se comprometió a entregarlo instalado y en correcto funcionamiento. Unos seminaristas, el dicho señor y yo bajamos a Nazaret y ayudamos con nuestras propias manos a colocarlo en el sitio que pareció más conveniente, al pie de un gran tanque de cemento al que llegaba el agua del Ocaso. Mientras que los albañiles hacían un soporte de ladrillo y otros preparativos, nosotros cortábamos tubos, hacíamos roscas con una tarraja que había en Nazaret, conectamos la fuerza eléctrica y en minutos se obtuvo el ozono –tenía un olor característico— y el agua se pudo beber. No recuerdo con seguridad pero creo que la mandé analizar al laboratorio Samper Martínez y que ese examen nos dejó a todos tranquilos.

Lo que sucedió con la desinfección del agua de la piscina, sucedió con la del acueducto. Al principio todo se hacía bien; poco a poco se fue perdiendo el interés.



Hubo que amarrar alambres y cabuyas. Conectar unos filtros llenos de cauchos con el tubo que traía el agua. Recibir el agua ozonizada en cualquier olla o recipiente. Aquello se dañó y ya no ofrecía garantía. La amibiasis que habían contraído algunos seminaristas antes de sanear las aguas, continuaba y los que aparecían con síntomas malos no podían decir cuándo habían contraído la enfermedad. Y como por otra parte ésta puede adquirirse por otras maneras diferentes del agua bebida, no pudo saberse con claridad si habían sido efectivos o no los trabajos para el saneamiento del agua. Pero todavía hubo más trabajos para obtener el agua.

Desde los primeros días que fuimos a Nazaret observamos tanto Mons. Ramírez como los demás, que en la parte plana de la finca y al norte de la construcción que se estaba haciendo, había un lugar húmedo y tan húmedo que se hizo después una zanja para que corriera el agua que brotaba de allí. Pasados unos años y vistas las dificultades que ofrecía el agua del acueducto del Ocaso, Mons. Ramírez pensó en

aprovechar aquella agüita. Para el efecto, llamó un técnico, quien después de haber estudiado el lugar opinó que se abriera un pozo y que si el agua era suficiente se sacara con una bomba eléctrica. Así lo hizo Mons. Ramírez. Mas cuando apareció el agua, en vez de suspender la excavación, la continuó y el agua disminuyó. No obstante, vio que sí era suficiente el agua para los menesteres de la casa y amuralló la excavación de tal suerte que vino a quedar un aljibe en forma de pentágono irregular. Levantó junto una casita y en ella estableció la bomba eléctrica que le indicó el técnico. La instalación eléctrica fue difícil y costosa lo mismo que la tubería que debía conducir el agua hasta la casa. Esta agua también resultó mala. Por lo menos no era potable. Se veía verdosa y un tanto gris.

Para aprovecharla mejor ideó Mons. Ramírez hacer una alberca panda donde podrían bañarse algunos seminaristas. Todo esto, no sé por qué causa, se abandonó más tarde.

Desde un principio y más o menos al comenzar la edificación, Mons. Ramírez tuvo la buena idea de sembrar árboles frutales: Naranjos de diversas clases, limoneros, granados. En un rodadero sembró piñas y plátanos en varias partes. Como el clima se prestaba para ello y la tierra era fértil, no pasó mucho tiempo sin que pudiera verse el resultado magnífico de estos árboles. Y tan abundante fue que casi todas las semanas llegaban al Seminario cargas de frutas. Como una cosa simpática y paternal se veía el cuadro encantador de ese santo varón con dos maletas llenas de frutas y rodeado de seminaristas que en medio de gritos alegres recibían plátanos y naranjas, limas y mangos de manos de "Papá Meño". Esto acontecía casi todos los martes cuando este señor llegaba de Nazaret. A la orilla del sendero empedrado que iba hacia la piscina se sembraron unos naranjos finísimos cuyo fruto era grande y provocativo. Estas naranjas que se producían en gran cantidad servían para hacer dulce o para prepararlas de manera especial antes de comerlas. Las hermanas de la Presentación jamás hicieron el dulce ni prepararon las naranjas, porque como en Francia no se conocen estos dones de Dios, y las hermanas todas son francesas, aun las nacidas en Topaipí y Cañasgordas, no podían hacer aquello. Las naranjas rodaban por el suelo y allí se podrían.

Si para la fábrica de la casa no hubo arquitecto, para la siembra y cuidado de los árboles frutales y de los de adorno, no hubo un agrónomo. Algunos árboles se dañaron y otros no sirvieron. Los peones encargados de quitar hierbas inútiles y limpiar de abrojos la finca, y podar los árboles, lo hacían cuando a ellos les parecía que había que hacerlo y cuando ellos querían. Hecho aquello por una persona entendida en la materia, habría sido cien veces mejor de lo que fue. Mas no eran adorno de Nazaret solamente los árboles frutales; hubo también flores variadísimas y verdaderamente bellas las que en combinación con los árboles y arbustos no sembrados y con otras plantas compradas en diversos lugares

formaban en determinados sitios ambientes atractivos. Pero la maleza, la falta de técnica, el poco dinero, los animalitos y plagas impidieron que los jardines fueran tan bellos como habían podido ser.

Por en medio de árboles y jardines y aprovechando la irregularidad del terreno, hizo Mons. Ramírez caminitos ya empedrados, ya en la pura tierra y con cascajos, que culebreaban bajando y subiendo para llegar al río y a todos los sitios a donde quisiera irse. Les puso nombres religiosos a varios de ellos, y los adornó con estatuas de santos que continuamente les recordara a los seminaristas la bondad infinita de Dios y su presencia en todas partes. (Véase un recuerdo #109). El seminarista José del Carmen Castañeda, persona de un gusto artístico especial, pintor, hábil para los trabajos de electricidad, dotado de paciencia y buenas capacidades intelectuales, hizo un plan de arreglo de los jardines, de los árboles frutales y de los de adorno, de la distribución de los kioscos de bambú y de chusque, de los colores con los que convendría pintarse la casa, que llevado a cabo habría hecho de Nazaret un lugar verdaderamente primoroso y por tanto educativo.

Aunque la casa de vacaciones tenía todo lo necesario para descansar de los estudios y proporcionarles a los seminaristas placeres lícitos y convenientes, los ejercicios corporales eran necesarios. Por eso, además de los juegos de mesa, se necesitaban juegos de movimiento. No bastaba el baño como deporte. El balón se empleaba poco porque a pesar de uno o dos sitios medianamente arreglados no se podía jugar en ellos sino con poco personal. Entonces lo más conveniente era caminar. Si en los otros lugares de vacaciones las caminatas y paseo eran diarios, en Nazaret se siguió esa buena costumbre. Y en todas las vacaciones, ya las de julio, ya las de diciembre y enero, los seminaristas iban a sus paseos. En ocasiones salía todo el seminario después de misa, hacía el almuerzo en algún lugar bien escogido, y volvía por la tarde. Pero lo más común era el paseo por grupos dirigidos cada uno o por uno de los sacerdotes o por un prefecto responsable. Cuando estaban en Nazaret los dos seminarios Mayor y Menor los paseos se verificaban por separado. Con frecuencia los grupos llevaban el almuerzo ya preparado y solo encendían fuego para preparar algún caldo, chocolate o sopa. Otras veces el grupo se arreglaba como podía y cocinaba todo el almuerzo. Los seminaristas hacían su proyecto con uno o dos días de anticipación y lo sometían a la resolución de los superiores. Siempre se les advertía que no podían entrar a las ventas y tiendas de los caminos, que no podían bañarse sino en determinadas partes, que no debían incomodar, ni estorbar, ni molestar a las familias que se encontraban en sus fincas y casas de veraneo, que, salvo algún caso especial, no debían entrar a esas casas. Se les determinaban las horas de salir y de llegar, lo que solían cumplir estrictamente. Había paseos muy fuertes como los que se hacían a Anolaima de la 1 a las 6 de la tarde, a la Mesa, a S. Joaquín o a la laguna de Pedro Palo. Había otros más cortos, de

una o dos horas; para evitar el bochorno de medio día. Mons. Ramírez, determinados días, hacía preparar unas "onces" para que nos las tomáramos en la "Tebaida", lugar éste ubicado dentro del predio de Nazaret, a la orilla del río, sobre una enorme piedra en la que cabía todo el seminario y rodeada de árboles.

Los seminaristas aficionados a las ciencias naturales, observaban las corrientes de los riachuelos, los valles por donde corrían a buscar el Apulo, las montañas y sus direcciones, las gargantas y depresiones. En determinada ocasión, siguiendo el curso del río Apulo por su margen derecha y hacia el sudoeste, después de caminar unos 5 kilómetros, encontraron una bellísima cascada, no enteramente vertical y de unos 50 metros de altura. Por ahí se lanzaba el Apulo y formaba en el fondo hermosos pozos en donde sin mayor peligro podían bañarse los seminaristas. Este paseo se hacía al principio con alguna frecuencia; después ya no por temor a la impureza del agua.

Un cierto día fui yo con unos seminaristas a caminar por la carretera, recién abierta, que se dirige por la Esperanza hacia las regiones de la Mesa y S. Javier. El talud que se estaba haciendo a la distancia de unos dos kilómetros abajo de la Esperanza, presentaba en alguna extensión considerable, varios ejemplares llamativos de terrenos estratificados. Ya se veían casi horizontales, ya estratificaciones cruzadas con conglomerados. Se encontraban estratos que formaban pliegues sinclinales y anticlinales. Estratos discordantes, fuertes fallas, &. Terrenos pizarrosos y arcillosos. Un geólogo habría gozado allí intensamente. Había unos cantos rodados cuyos diámetros llegaban casi al metro pero que su grosor no pasaba de 30 o 40 centímetros –eran de forma lenticular—. Largo rato empleamos en observar aquello sin que pudiéramos determinar nada realmente científico respecto a su origen, material, formación. Volvimos otro y otros días a este lugar atraídos por esas formaciones geológicas para verlas y contemplarlas de nuevo, aunque por nuestras pocas capacidades científicas no pudiéramos darnos cuenta completa de lo que era aquello. Pero como no nos contentábamos con mirar solamente sino que como podíamos escarbábamos las rocas blandas, un buen día vimos un bejuco fósil de más de un metro de largo colocado horizontalmente entre dos estratos parecidos. Luchamos hasta que lo sacamos. Como era de esperar el mismo entusiasmo hizo que todos quisiéramos examinarlo con nuestras propias manos, y se nos rompió en varios pedazos. El corazón del bejuco o liana no solo estaba fosilizado sino cristalizado. Alguien dijo que aquello no era sino una "formación calcárea". En el seminario deben encontrarse partes de esas partes en que se rompió el hallazgo.

Varios años estuvieron los seminaristas llevando a Nazaret fósiles y rocas de diferentes lugares de la región. Algunos sacerdotes enviaron también fósiles, como lo hizo el pbro. Jaime Hincapié quien regaló un trocito de carbón en el que estaba

incrustado un helecho pequeño y cuyas hojitas habían quedado cubiertas de sulfuro de hierro que las hacía aparecer como de oro. El sacerdote Adolfo Sánchez mandó de Praga (Huila) un trozo de roca con varias incrustaciones de oro. Otros sacerdotes enviaron rocas de diferentes partes. La mayoría de lo encontrado en las orillas del río Apulo, está compuesta de amonitas de varios tamaños y clases. Todo esto quiso juntarse con un pequeño museo geológico que con la vitrina en que se guardaba, fue donado por el sacerdote Juan Crisóstomo García. Mas lo que llamó la atención de cuantos entienden de estas ciencias, fue el fósil que encontré yo entre las rocas que se arrojaron a un lado de la carretera arriba dicha. Buscando entre estas rocas vi un animal fosilizado en una piedra carmelita oscura. ¿Era ave? ¿Un pez? ¿Un reptil?

Por el momento no me importó determinarlo sino sacarlo de la piedra en donde estaba incrustado. Después de varias caminadas para acá y para allá en busca de un cantero o a lo menos de un obrero de los que trabajaban en la carretera, di con uno que armado de un cincel fino y una maceta comenzó la obra de cortar la piedra de modo que el trozo que sacara no fuera muy grande y no sufriera ningún daño el fósil. Por fin se logró lo que yo deseaba. Le pagué al hombre y dándole gracias a Dios, me fui para Nazaret. Medía unos dos centímetros de espesor este fósil por unos diez o quince por cada lado. Ninguno de nosotros era capaz de analizar este fósil ni mucho menos de determinar que animal era ese. Se lo mostré a varios científicos y ninguno acertó a decir nada. Lo llevé al museo de paleontología y el alemán director de él, mostró grande interés en estudiarlo. Se lo dejé y después de un tiempo largo volví a tomar noticia del resultado. Me dijo el señor que había sido objeto de intenso estudio, que las opiniones estaban divididas y que entonces había sacado unas fotografías de él y que con las explicaciones debidas, había mandado una a Alemania, otra a Londres y otra a Washington. Que esperaba las respuestas. Pasado largo tiempo me presenté al museo y el alemán me mostró las fotografías junto con las tres respuestas que ya había recibido y me ofreció que haría la traducción de ellas; pero que no podía entregarme el fósil sin orden expresa del ministerio de minas y que dudaba que dieran esa orden. Yo le dije que el fósil no era mío sino del seminario conciliar de Bogotá el cual estaba formando un museo. Me dijo que volviera con el rector del seminario para ver qué podía hacerse. Pasado un tiempo me aparecí al museo. Ya no estaba allí el señor alemán; era director del museo otro señor. Le manifesté el objeto de mi ida allá, me dijo que volviera determinado día mientras buscaba en el archivo las cartas y el fósil. Cumplí la cita y me dijo que los papeles no aparecían, que probablemente los había llevado para el ministerio el antiguo director, el alemán; pero que el fósil sí estaba allá ya catalogado en su respectiva vitrina. Me lo mostró. Lo reconocí claramente, pero tuve una desilusión pues al hacerle los exámenes para los estudios, lo rompieron en una parte y lo pegaron mal; además no me lo podían entregar

porque ya hacía parte del museo de paleontología y había perdido gran parte de su interés porque no había podido determinarse con claridad qué animal era. De los estudios hechos en Alemania y en Washington –el de Londres se apartaba mucho de los otros— se concluyó lo siguiente: probablemente es un PEZ llamado "E N C H O D U S" de la era mesozoica, del período senoniano, parte media del cretacio superior, del piso de Villeta. Algunos de estos datos están en la tarjeta que acompaña al fósil. Allá lo dejé y me despedí. En otra ocasión encontré otro pez, también abajo de la Esperanza y entre las piedras que rompieron para hacer la carretera, incrustado en un pedrón. Desde la mañana hasta la tarde estuvimos el seminarista Rafael Ovalle y yo tratando de separarlo de la piedra. Después de las 5 de la tarde, cuando ya faltaba muy poco, se rompió en mil pedazos. Todavía conservaba escamas plateadas. Medía unos 20 centímetros de longitud.

Otras excursiones o paseos semicientíficos fueron los que se realizaron con el objeto de observar el fenómeno de una hoguera o "quema" constante y más encendida en los tiempos de lluvia que se veía todas las tardes y aun de día, desde Nazaret en un sitio de las faldas de los cerros que quedan al sudoeste del Ocaso. La primera vez que fuimos a ese lugar gastamos cerca de tres horas desde Nazaret hasta allá. No había camino y por eso anduvimos por entre cafetales y senderos que se encontraban entre un ranchito y otro. Atravesamos el río Apulo y varias cañadas y riachuelos. Trepamos como cabras para bajar después y subir de nuevo en busca de la cuchilla que desde el cerro de Tolú se dirige al sudoeste. Esto fue el 11 de octubre de 1936. Llegamos al sitio buscado, el suscrito, y los seminaristas Miguel Poveda, José del Carmen Castañeda, Roberto Esguerra y Alfonso Saavedra. Desde arriba pudimos observar claramente el cráter de un volcán extinguido que en una tercera o cuarta parte había perdido su forma circular abriéndose un boquete hacia el oriente. Las rocas de esa parte rodaron en busca del valle del río Apulo. En el fondo de lo que quedaba se veía tierra calcinada como los restos de ladrillo que quedan en los tejares después de descargar un horno. Fuimos bajando con cautela hacia ese fondo cuyo declive era muy irregular y lleno de grietas de todos tamaños y en diferentes direcciones. Terreno pizarroso y en extremo deleznable. La temperatura del aire ambiente era de unos 25 grados; mas al rebullir el terreno se veía el fuego adentro y la temperatura al borde de las grietas era de más de 40 grados. Al introducir un trozo de madera en cualquiera de las grietas salía adherido a él azufre semifundido, como una "melcocha" y que al contacto con el aire comenzaba a volverse blanco. Medimos el diámetro de aquello que parecía un antiguo cráter y obtuvimos 300 metros. Pero aquello ¿era o había sido un volcán? ¿Qué podíamos decir nosotros? Había fumarolas humeantes, había azufre, alta temperatura. Había épocas en que no se veía desde Nazaret, pero en ocasiones, especialmente las lluviosas, volvía a aparecer el humo. Como no solamente fuimos ese 11 de octubre sino en otras varias ocasiones pudimos

comprobar que se trataba de una FUMAROLA MOFETA por las razones siguientes: 1. Hay anhídrido carbónico en bastante cantidad, como se comprobó siempre que descendíamos por las laderas interiores del cráter hasta las fumarolas, por la tos que a todos nos producía. 2. No hay fuente de agua alguna, ni dentro ni fuera del antiguo cráter. 3. Principalmente en épocas de lluvia –como se dijo arriba— se manifestaban el humo y los gases. 4. No hay olor pronunciado a azufre, sino más bien como a paja húmeda. 5. No se encuentran rastros de fuentes termales, ni solfataras ni ningún geiser. A lo anterior corresponde en parte la descripción científica de las mofetas que dice así: "4. Las mofetas son fuentes de gases a la temperatura ordinaria y conteniendo (sic) anhídrido carbónico, el cual, debido a su mayor peso específico se acumula en el fondo de las grutas y cavernas; mezclados con este gas se encuentran también nitrógeno, ácido carbónico y otros gases. "…En las mofetas la temperatura aumenta lentamente con la profundidad…" (Fenómeno que también pudimos comprobar). (Geología.1. Prof. Fritz Frech. Tercera ed. Editorial "Labor", Pág. 132). "Las mofetas son fumarolas caracterizadas por anhídrido carbónico que surge a bajas temperaturas, que a veces apenas se elevan pocos grados sobre la temperatura ambiente". "Son las ultimas en aparecer y marcar el fin de la erupción prolongando su actividad por largo tiempo luego de apagados definitivamente los fuegos del volcán" (Fenómenos post—volcánicos. Horacio J. Harrington. Pág. 46). Orestes Cendrero en su Geología, octava edición, pág.270 dice: "Las fumarolas reciben diversos nombre atendiendo a su temperatura y su composición… mereciendo citarse de todas ellas las llamadas MOFETAS o FUMAROLAS FRÍAS y las solfaras o fumarolas alcalinas. Los gases que salen de las primeras lo hacen con una temperatura próximamente igual a la del medio ambiente y consisten en anhídrido carbónico y varios carburos de hidrógeno…". Lo dicho por estos profesores concuerda con la mofeta de que se está hablando y a la que llegamos por primera vez en 1936. La región se ve fértil pues hay allí –por donde parece que se hizo la ruptura del cráter— una choza con un buen plantío de caña de azúcar y de plátano. Hay también matorrales y plantas salvajes.

El que quiera ir a la mofeta no necesita ir por donde fuimos la primera vez; hay otras maneras más fáciles de llegar allá como son los caminos de herradura que se encuentran señalados en "La Carta Preliminar, Plancha 227 111—B Zipacón", levantada por el Instituto Geográfico Militar y Catastral y publicada en diciembre de 1946. En esta carta está señalado un camino de herradura que parte de S. Javier hacia el norte en dirección a Cachipay. Este camino se llama al principio camino del "Volcán", pues parece que por ahí se va a una hacienda de ese nombre. Tuerce hacia un puente sobre el Apulo y sigue en la misma dirección hasta un poco antes del "Alto de Pan de Azúcar" —diferente del "Cerro de Pan de Azúcar"— en cuya ladera oriental se halla la tan nombrada mofeta. La Carta marca otro que sale de

Cachipay hacia el occidente, sigue después hacia el sur, pasa por cerca del "Alto del Tolú", se dirige hacia el oeste hasta encontrar el puente de la quebrada Ocota, al sur de las Mesitas de Santa Inés, de donde sigue al sur por cerca de la "Cordillera del Fríjol", llega al "Alto del Frisol" y de aquí al "Alto de Pan de Azúcar" en donde el excursionista encuentra la mofeta. Las coordenadas –aproximadas— de este antiguo cráter, hoy MOFETA son las siguientes: 74, 27', 35'' W. de Greenwich. 4, 41', 40'' de latitud norte.



El espíritu piadoso del seminario se mantiene constante en todas partes. Por eso una de las primeras manifestaciones de él, fue el establecer la bendita costumbre de celebrar, aunque fuera de tiempo, la procesión del Corpus. Fijado uno de los domingos de julio, Mons. Ramírez con otro sacerdote y con dos o tres seminaristas, se daba a la tarea de recorrer casa por casa y habitación por habitación, anunciando que por ahí pasaría Nuestro Amo y que por tanto deberían los habitantes de todas las casas adornar con flores, palmas, festones no sólo el frente de su propia habitación sino todo lo demás que pudieran cerca de ella. Iba nombrando a don fulano y a mengano para que en determinados puntos del trayecto hicieran arcos con guaduas y otras plantas, como homenaje a Jesucristo Sacramentado. Determinaba los sitios en los que debía levantarse un altarcito para colocar allí la custodia mientras que los seminaristas entonaban cánticos litúrgicos en honor del Santísimo. Hubo años en los que se vieron 15 o más altares. Procuraba explicarles a las gentes la importancia de la procesión y su alto significado. Los seminaristas también explicaban esto en sus correrías por esos lados e invitaban a las gentes a participar activamente en el Corpus y a asistir devota y ordenadamente a él. En las pláticas que se hacían en la capilla de Nazaret a la hora de la misa, se invitaba a la gente a concurrir a la procesión y se explicaba el porqué de ella. De cuantos modos se podía procurábamos darle a aquel acto toda la solemnidad de que fuéramos capaces. Desde la víspera del domingo señalado para la procesión, salían en grupos los seminaristas por todos los contornos del Ocaso en busca de flores, de ramas, de guaduas, de cuanto era necesario para arreglar lo más que se pudiera el camino por donde iba a pasar Nuestro Amo. Con barras, picos y demás instrumentos, abrían hoyos para clavar en ellos las guaduas que debían formar los arcos y las plantas ornamentales que parecían indispensables para el adorno del camino. Otros quitaban las piedras grandes y demás estorbos que se encontraban en la vía

y otros se dedicaban a hacer centenares de metros de festones. Con cuánto interés, con qué entusiasmo y con cuánta devoción trabajaban todos. Como los campesinos no entienden función religiosa sin pólvora, había que nombrar a los que se encargaran de ella. El seminario compraba buena cantidad y la repartía entre los que había nombrado y los más devotos por su parte compraban más. –Esta devoción a fuerza de pólvora y cohetes ha hecho mucho mal. Las pobres gentes ignorantes creen que en esto consiste la religión católica y que no se puede tributar mejor culto a Dios que el de los cohetes. Y como hay sacerdotes que fomentan esto para levantar el entusiasmo, el mal continúa. Nazaret dio ese mal ejemplo. –No faltaron las bandas de música traídas de alguno de los pueblos vecinos, casi todos los años. Los encargados de los altares hacían en ocasiones las cosas mas peregrinas para atraer las miradas de los asistentes a la procesión y también, en muchos casos por devoción al Santísimo. Ponían imágenes de santos, cortinas, frutas, maíz, animales disecados y aun vivos. En uno de los altares que quedaba más arriba y a más de un kilómetro de Nazaret, solía una familia hacer lo que ella llamaba el "Paraíso": un cercado pequeño con plantas recién sembradas y entre ellas loros, gallinas, micos, ardillas, &. Estos animales llamaban mucho la atención y hacían que Nuestro Amo quedara en segundo lugar a pesar de los cantos y fervor de los seminaristas. En otro de los altares –esto en dos ocasiones que recuerde yo— disfrazaban una muchacha de Señor de Monserrate. Una mesa que servía de altar cubierta con una tela blanca, unas luces y unas flores; detrás de esta mesa, pero colocada en algo que quedaba encima de todo, estaba la muchacha en cuatro pies para que se le viera la espalda flagelada de modo horripilante con brochazos de barniz rojo. Me opuse a que se pusiera allí la custodia, pero Mons. Ramírez no convino conmigo, alegando la fe del dueño de la casita y padre de la disfrazada. La procesión era en extremo larga, el camino pendiente y malo, y aunque varias veces propusimos que fuera más corta, Mons. Ramírez se había comprometido a llegar hasta la casa de un campesino honrado y muy bueno que suplicaba que llevaran a Nuestro Amo hasta allá. Había que hacerlo así.

Para darle mayor solemnidad a tan bellísimo acto, se convidaba para que llevara el Santísimo a un sacerdote de alta dignidad. Un domingo fue Mons. José I. López, arzobispo de Cartagena; en otras ocasiones Mons. Salustiano Gómez Riaño, vicario general de la arquidiócesis; y no pocas veces Mons. Emilio Valenzuela. Mas como acontece con varias cosas aquella procesión fue perdiendo su solemnidad, todos nos quejábamos de lo largo del camino, y ya los últimos años me tocó a mí la buena suerte de subir y bajar por aquellos sitios adornados para el Santísimo Sacramento, con Él en mis manos. Pero hubo una nota triste y desconsoladora a lo largo de las procesiones y de las muchas veces que las realizamos. Esta tristeza y desconsuelo fue la indiferencia, el poco aprecio, la ignorancia, la estupidez –con excepciones— de los habitantes de aquella región. Cuánto se dijo, cuánto se

predicó, se advirtió, se enseñó, se exhortó para que aquel homenaje fuera un acto de adoración y una manifestación de fe. Nada. Las gentes de pie formando grupos miraban aquello como con indiferencia. No les llamaba la atención y a muchos ni siquiera les daba curiosidad. Se quitaban el sombrero y prendían cohetes. Por fortuna todos no eran así pues había muchas personas piadosas que acompañaban la procesión llevando ceras encendidas, contestando las oraciones de los sacerdotes, regando flores y dando manifestaciones de religión y piedad. Los veraneantes, los católicos que tenían cierta cultura, los colegios de niñas y algunos campesinos daban magnífico ejemplo. El seminario cantaba devotamente tanto a la subida como a la bajada y en los altares. Iba formado —en cuanto el camino lo permitía— y procuraba que las personas que seguían a Nuestro Amo también formaran.

Otro acto religioso al que sí correspondía los habitantes dichos era el de las misas de los domingos y días festivos. También entre semana. La iglesita aun ya con sus tres naves se llenaba en casi todas las misas. Los sacerdotes confesábamos todo lo que podíamos, especialmente en determinadas festividades y por tanto la comunión era abundante. A ello contribuía la asistencia de las familias bogotanas que tenían sus quintas en los contornos de la casa de vacaciones del seminario. Había, sin embargo, un colegio de niñas que frecuentaba la capilla y asistía a la procesión del Corpus, que al contrario de estas familias, daba mal ejemplo por su disipación. En cambio cuando las Hermanas de la Presentación pasaban algunos días de descanso en algunas de las quintas del Ocaso, las niñas que concurrían a la capilla ya fuera a la misa, al rosario o a otros actos piadosos, eran ejemplares en su compostura y recogimiento.

En las familias cristianas de todo el mundo hay días y horas de alegría sana que son inolvidables, que están llenas de encanto, que se esperan con anhelo. Tales son las festividades de la Noche Buena. Qué noches tan buenas las que pasan los padres rodeados de sus hijos, parientes y amigos cuando al pie del Pesebre de la casa se reza la novena al Niño Dios, se cantan los villancicos, se queman las luces, revientan los volcancitos y aparece la alegría en todos los rostros porque de ella están llenas todas las almas. Cuántas emociones al esperar los regalos que trae el Niño Dios. No sólo los niños aguardan aquel momento con afán e ilusión, sino también los grandes quienes se complacen en ver a los niños apresurados en desenvolver los paquetes. La misa de media noche es el momento en que todos adoran al Niño Dios que está en el altar, lo reciben en su corazón y le dan gracias por los mil beneficios recibidos. Después de la parte piadosa y alegre de la festividad, viene la cena. Aquella cena que entre nosotros los bogotanos tiene su ambiente especial: el ajiaco, los buñuelos, los tamales.

El seminario de Bogotá en sus ramas de Mayor y Menor, trasladado a Nazaret, es una familia. La más cristiana que pueda uno imaginar y que por tanto celebra la Nochebuena de manera piadosísima y con la mayor alegría. Todas las emociones del seno de las familias buenas y en los hogares bien organizados, las encuentran los seminaristas en la familia del seminario. Pero muchas de ellas las encuentran multiplicadas. Algunos detalles.

Una vez que Mons. Ramírez tiene arreglados los pesebres de la capilla y el del claustro del Menor, comienza la novena en la capilla después de rezado el Rosario. Los gozos son acompañados con villancicos muy bien cantados y llenos de piedad. A ella asiste por lo general bastante gente de afuera. En los últimos años después de esta novena, bajamos el seminario y la gente que estaba en la capilla, al pesebre del seminario Menor en donde se vuelven a cantar los villancicos dichos y otros menos serios con panderetas, pitos y demás ruidos acostumbrados por Navidad. A todo lo cual se añade la pólvora, los globos y otros juegos.

En la noche de Navidad los seminaristas del Mayor se preparan para la misa rezando en coro y devotísimamente el oficio especial de esa noche. Pasada la misa solemne, van a cenar. Mas todo eso con la más profunda y santa alegría. Ni sueño, ni cansancio, ni pensar en la cama. Todo está lleno de la felicidad que les trae el Niño Dios. Sus almas repletas de gracia y en unión con el Niño, rebosan de contento sencillo. Para que todos participen activamente de la novena y de lo que se hacía en esos días felices, el seminario se dividía en grupos, cada uno de los cuales inventaba e ideaba algo llamativo y nuevo con que sorprendía a toda la comunidad. La imaginación y el interés de los encargados de cada uno de los grupos encontraba maneras y artificios realmente sorprendentes. Creíamos que ya se habían agotado los temas, y surgía uno inesperado y superior al anterior.

El arreglo de corredores, salones, la piscina misma, y sobre todo el del comedor para la cena de la Noche Buena era en realidad cosa nunca vista. Lo que se hacía en un año, no se repetía el siguiente. Todo variaba y todo era atractivo y llamativo. Por esto, aunque al desprenderse los seminaristas de sus familias sentían cierta tristeza de no estar con ellas en la Noche Buena, al llegar a Nazaret cambiaban de ánimo y a las pocas horas se sentían inundados de felicidad. Por el mismo motivo los que participamos de esas vacaciones en la familia del seminario, recordamos esos días como verdaderamente providenciales y llenos de Dios.

Otra costumbre religiosa, bella, rebosante de piedad era la procesión de los sábados a las seis de la tarde, hacia la gruta de Nuestra Señora. Formados de dos en dos, y, casi siempre revestidos de sobrepelliz, iban los seminaristas cantando o recitando las letanías por el prado verde que conducía a la gruta. Allí entonaba el sacerdote una Salve solemne y el coro respondía lleno de fervor y de santa emoción con algún himno dedicado a la Virgen. Luego se encaminaban a la capilla

en donde se rezaba el Rosario, y como todas las noches, se hacía después la lectura espiritual.

Hay que afirmar que el Seminario en vacaciones, aunque tenía –como en otro lugar se dijo— su reglamento especial, nunca dejó los actos piadosos que son parte importantísima de la vida espiritual: misa, comunión, oración vocal y mental, visitas al Santísimo, devoción profunda a Nuestra Señora.

Si en las vacaciones de los años 1921, 1922, & no dejaron los seminaristas de enseñar catecismo y preparar niños para la Primera comunión, en Nazaret se hizo aquello, si se quiere, con más intensidad e interés. Las facilidades materiales eran más abundantes que en los otros sitios y por tanto el catecismo y las Primeras comuniones, se verificaron mejor.

Los seminaristas no se contentaron con enseñar el catecismo a los niños, sino que además de esto procuraron enseñarlo a los grandes. Hubo años en que a ese catecismo a los adultos añadieron consejos prácticos, reglas de vida cristiana, explicaciones de lo que deben ser los padres de familia y los ejemplos que tienen obligación de darles a los hijos. Aquellos jefes de familia que en realidad se portaron como verdaderos católicos y oyeron la voz de Dios por boca de los seminaristas, recibieron el premio de que el Sagrado Corazón de Jesús fuera entronizado en sus casas. Tratábase principalmente de los campesinos, pues en torno al Ocaso la mayoría de la gente se compone de agricultores. A ellos les explicaron con claridad en qué consistía la entronización y las consecuencias santas que ese acto traía consigo. Se entiende que aquellas familias que por cualquier motivo no estaban bien organizadas religiosamente, no podían disfrutar de tal beneficio. Me parece que después se le dio cuenta al señor Párroco de Cachipay.

Pero la piedad del Seminario, su espíritu de recogimiento, la formación sacerdotal, no podían ser realidades ni tener verdadera efectividad sin una profunda devoción al Santísimo Sacramento y a Nuestra Señora. Ambas cosas se cumplían con libertad, exactitud y grande devoción. Para ninguno era posible pasar el día sin comenzarlo con oración, la asistencia a la misa y la comunión. Esa comunión los llevaba después a visitar a Nuestro Amo y ponerse de nuevo a sus pies para adorarlo y manifestarle todo su interior.

¿Qué seminarista podía estar satisfecho sin rezarle el rosario a Nuestra Señora? Edificante era verlos a diferentes horas del día junto a la gruta, en aquel sitio tan apropiado, rodeado de piedras y debajo de bellísimos árboles, rezándole a la Virgen, ensayando cantos, estudiando o leyendo.

VISITANTES

Desde que ya era habitable Nazaret, varios obispos, sacerdotes y seglares de confianza iban a visitarnos y aun a permanecer algunos días en aquel lugar tan lleno de atractivos y tan clerical. Ya se dijo que el Excmo. Señor Perdomo siempre que podía iba con gusto a estarse en el seminario durante algunos días en tiempo de vacaciones. Además, no faltaron otros obispos como Mons. José Ignacio López, arzobispo de Cartagena, quien como se dijo atrás llevó a Nuestro Amo en la procesión de Corpus el año de 1929.

Mons. Luis Concha tenía especial placer, y nosotros muchísimo más, en bajar a Nazaret siempre que podía. Su conversación ilustrada y sencilla, amena como las que más, eran objeto de horas inolvidables en las que los sacerdotes y seminaristas gozábamos de manera indescriptible. Mons. Salustiano Gómez Riaño, Vicario General de la Arquidiócesis pasaba días de descanso y tranquilidad jugando a los naipes, paseando por los alrededores, bañándose en el río, conversando con los seminaristas y leyendo. Mons. José Vicente Castro frecuentaba a Nazaret, le hacía regalos, era un centro de atracción para todos. También, como Mons. Concha, se veía rodeado de sacerdotes y seminaristas. Le oíamos, le interrogábamos, le argumentábamos y todos nos sentíamos placenteros con lo que él decía y aprendíamos mucho. Los seminaristas se separaban de su lado con disgusto cuando la campana los llamaba. Otro sacerdote que amenizaba a Nazaret era Mons. José Restrepo Posada. No había pregunta sobre liturgia que no la contestara con precisión y citas de autores. Y si se trataba de historia, en especial de la historia eclesiástica de Colombia, nos dejaba a todos abismados al contestar cuanto se le preguntaba con nombres propios, fechas, libros y hechos desconocidos para la mayoría de los que estaban allí. Además por su sencillez y naturalidad se ganaba el cariño y estimación general. Se portaba como un seminarista y tal parecía a primera vista.

También el gran músico y profesor de canto en el seminario, y que iba a Nazaret en casi todas las vacaciones, era el maestro don Eggisto Giovanetti. Figura simpática y atractiva, sacerdote de un modo de ser especialísimo. El no conversaba, se paseaba a ratos por los corredores y jardines, miraba el paisaje, les ayudaba a los seminaristas en el teatro, cuando se iba a dar alguna pieza en la que se necesitaba la música. Se sentaba a pensar y a veces a dormir. Mons. Andrés Restrepo Sáenz, secretario del arzobispado, sacerdote ejemplar en todo y por todo; de piedad profunda, de ilustración y talento escondidos, caballero completo, tenía también el

gusto de ir de vez en cuando a estarse con nosotros algunas horas durante las vacaciones. El presbítero Luis Rubio Marroquín en Nazaret, como en todas partes, mostraba su inteligencia y agudeza en el pensar, sin quererlo, al hablar y decir las ocurrencias más peregrinas y graciosas que pueda uno imaginar. También sin querer y casi sin pensarlo, acompañaba lo que decía con tal mímica, que mucho más hablaba con las gesticulaciones que con las palabras. Odiaba los chistes y más a los chistosos de profesión, y como todos se reían al oírlo, él preguntaba que por qué era esa risa tan a destiempo y todos contestaban con una nueva risa. Sacerdote caritativo como pocos, sabía ejercer la caridad con muchos y sin disgustar nunca al pobre. Su vida está llena de hechos y dichos que parecen mentiras. Para muestra narro uno. A nada ni a nadie le temía. Después de una operación quirúrgica el médico le prescribió unos días de permanencia en Tocaima y le dijo que hiciera algunos paseos. Una tarde se vino en dirección a Bogotá caminando por cerca de la carrilera del ferrocarril, aprovechando una recta larga. Se sintió enfermo y cansado, buscó manera de regresar en algún vehículo y no encontró. Pasó un muchacho que llevaba un burro con unas cantinas y le dijo que se lo alquilara. El muchacho convino en ello y le hizo notar que como el burro estaba cargado no se podría montar en él. El sacerdote no hizo caso de la advertencia porque ya tenía hecho su plan. Tomó el jumento del lazo con que estaba amarrado, lo condujo a la carrilera, lo ató a ella y esperó a que asomara el tren que iba para Tocaima. Pronto apareció, Luis se retiró hacia atrás, mientras que la locomotora pitaba, y como el pobre burro permanecía quieto, el tren paró y el audaz sacerdote se subió.

El presbítero don Mario Germán Romero alegraba así mismo las vacaciones de los seminaristas en los días que permanecía con ellos. Su amena conversación, sus oportunidades, su natural simpatía y su ilustración contribuían —y no poco— al bienestar de todos y a que Nazaret fuera más agradable.

Otros muchos sacerdotes iban a Nazaret sin que hubiera necesidad de convidarlos. Como los padres jesuitas tenían una finca en San Javier, iban a veces a Nazaret, algunos se bañaban y en ocasiones almorzaban.

Pero no solo los sacerdotes tenían el gusto, y nos lo daban a nosotros, de permanecer algunos días allí, sino que ciertos seglares iban a visitar a Mons. Valenzuela. Don Tomás Rueda Vargas, historiador y amenísimo escritor era uno de los visitantes de la casa de vacaciones. Don Antonio Gómez Restrepo, solía permanecer algunos días en el hotel de la Esperanza, hacía sus caminadas por la carretera y entraba a Nazaret a verse con Mons. Valenzuela. Alrededor de ellos los seminaristas oían con interés temas relativos al castellano, explicaciones literarias y aun recitaciones. Todo lo cual lo hacían estos señores con gusto y por complacer a Monseñor.

Como era lógico, varios parientes y amigos de los superiores y padres de los seminaristas fueron a visitarnos en varias ocasiones. El ferrocarril los dejaba en el Ocaso cerca de las once del día y los recogía cerca de las cuatro de la tarde; permanecían en Nazaret algún rato, andaban por los jardines y demás dependencias y llegada la hora se iban.

La Iglesia y el Estado (el Señor Perdomo y Olaya Herrera)

Un domingo por la mañana estaba yo celebrando la misa de las 8 ½, que era la última del día, y terminada la consagración se me acercó Mons. Ramírez y me dijo que no me tomara las abluciones porque tenía que celebrar otra misa. Empecé a sentir movimiento en la capilla, retiraban bancos, hablaban pasito, iban y venían seminaristas. ¿Qué ocurría? Pues que el doctor Olaya Herrera, quien acababa de ser elegido Presidente de la república, había bajado a pasar unos días de reposo a la quinta de los señores Camacho, El Ocaso. Aun no se había posesionado, y mandó comunicar que deseaba oír misa.

El partido conservador que llevaba cerca de 50 años en el poder, había caído y con el doctor Olaya Herrera comenzaba a gobernar el partido liberal.

Las luchas políticas para la elección del presidente que debía posesionarse el 7 de agosto de 1930, habían sido violentas. Muchos fueron los candidatos del partido conservador, pero últimamente se concretaron a dos: el doctor Guillermo Valencia y el General Alfredo Vásquez Cobo. Por mala suerte acudieron los representantes de estos dos candidatos al señor Arzobispo Perdomo para suplicarle que él decidiera –nada menos— cuál de los dos debería ser el candidato por quien deberían votar todos los conservadores. Por otro lado el presidente Abadía Méndez quería determinar el candidato, que era, según su parecer, el doctor Guillermo Valencia. Un grupo de señores le indicó al señor Arzobispo que, hechos los cálculos, el ochenta por ciento de los conservadores querían que fuera el general Vásquez Cobo el próximo presidente. El señor Perdomo convocó en Nazaret una reunión del general Vásquez y el doctor Valencia para ver si así se podrían ponerse de acuerdo y terminar tan angustiosa situación.

La reunión se efectuó en secreto. Pero según se decía, Vásquez renunciaría a su candidatura con ciertas condiciones; Valencia, no. Nada de esto se puede asegurar; nada se sabe bien. Decían que el Señor Nuncio le había impuesto al señor Arzobispo cierta línea de conducta. Esto es dudoso, pues en esos días tanto la prensa como los particulares opinaban muchas cosas y daban por hecho lo que a cada cual le parecía. La verdad se ignora. Los documentos relativos a todos estos

incidentes políticos los tenía muy guardados el señor Perdomo; pero los quemaron los bandidos del 9 de abril de 1948, con todo el palacio, el archivo, la biblioteca, &.

Los conservadores seguían divididos y decían que el señor Perdomo era vacilante e inepto, que si el partido conservador se caía –ya se estaban organizando admirablemente los liberales— la culpa la tenía el arzobispo. Y no sabían que alrededor de ese arzobispo santo y prudente, había políticos, unos de buena fe y otros llenos de pasión que le indicaban con argumentos y pruebas lo que era más conveniente hacer.

El partido conservador perdió las elecciones pues tanto el general Vásquez Cobo como el doctor Guillermo Valencia siguieron de candidatos y por ambos hubo muchísimos votos. Mas como el partido liberal estaba todo unido y a favor del doctor Olaya Herrera, tenía que triunfar.

El terror de los conservadores fue espantoso; recordaban todos los crímenes del liberalismo en los años de 1860, 1876, &. Pensaban que las iglesias iban a ser cerradas, el Arzobispo desterrado, los sacerdotes y religiosos vilipendiados, los bienes eclesiásticos pasarían a manos del gobierno.



Otro ilustre visitante
Mons. Perdomo y Olaya Herrera

No les faltaba razón. Todo era posible. Mas la divina Providencia protegió su Iglesia y sus sacerdotes.

Pero volviendo a lo de la misa en Nazaret, recuerdo que ya arreglada la capilla y determinado el sitio para el doctor Olaya y su señora, y cerca de las diez de la mañana, apareció el cuerpo de soldados que formaba la guardia presidencial de la quinta de “El Ocaso”; y en seguida y por en medio de dos filas de seminaristas, el doctor Olaya con su señora. El Excmo. Mons. Perdomo con su acostumbrado señorío y su habitual suavidad salió a recibirlo a la puerta. Ambos señores SE DIERON LA MANO CORDIALMENTE y entraron a la capilla. De este saludo, que vino a significar la armonía de la Iglesia y del Estado, se sacaron varias fotografías y

una de ellas fue publicada en la revista "Cromos", según me afirmaron. Los seminaristas decían que el doctor Olaya asistió a la misa con sumo respeto y bastante curiosidad. Al terminar la misa y al comenzar a salir el doctor Olaya, el coro del seminario cantó el himno nacional, la guardia hizo los honores debidos y acompañado por el Señor Arzobispo, se dirigió, después de despedirse en la puerta, hacia el "Ocaso".

Un visitante de la casa de vacaciones, además de los nombrados, fue el doctor Eduardo Santos, cuando ejercía el cargo de Presidente de la república. Este distinguido señor tenía una quinta de recreo llamada Bizerta, no lejos de El Ocaso, y tal vez por esta relativa cercanía, nos sorprendió un día con una visita. Recorrió casi todos los lugares, miró, observó detenidamente algunos sitios sin decir nada y mostraba algún disgusto cuando le indicaban para qué eran éste o aquel departamento. Visita corta y poco simpática.

Entre tantas cosas que hubo en Nazaret, recuerdo que un tiempo después de la reunión de Vásquez Cobo y Valencia, hubo allí una conferencia de los arzobispos de Bogotá, Cartagena, Medellín y Popayán. Esta duró unos tres o cuatro días; mas su objeto fue ignorado.

Tanto a esta conferencia como a la de Valencia — Vásquez Cobo, fueron varios seminaristas para atender a los participantes de ellas. Como en el seminario se les advirtió y se les recomendó que procuraran atender con respeto y cuidado a los candidatos a la presidencia, ellos procuraron hacerlo lo mejor que les fue posible. Uno de los seminaristas todo turbado ante el doctor Valencia al saludarlo se le arrodilló y le besó la mano. Claro que este señor comprendió la turbación del muchacho, enseñado a saludar al arzobispo, y aceptó aquello con ademán atento.

El Teatro

Uno de los atractivos de Nazaret, sin duda alguna, era el teatro. Edificó Mons. Ramírez un salón grande, con las ventanas bien arriba, colocadas horizontalmente, largas y angostas como a él le gustaba, y por tanto con poca luz. Le hizo un buen proscenio, con bambalinas y junto a él un sitio cómodo para los disfraces. Los seminaristas, según lo que iba a representarse y de acuerdo con el tema, pintaron varios telones bastante bien. Arreglaron las luces acomodándolas a las diversas circunstancias. El cuerpo del salón estaba amoblado con bancos de toda clase, colores y tamaños; todos eso sí, casi desbaratados e incómodos por tanto. Cuando asistían sacerdotes, además de los superiores, se llevaban asientos y sillas de otros sitios. En el transcurso de varios años hubo muy diversas representaciones teatrales; la mayor parte de ellas eran zarzuelas, ya aprendidas como las compuso

el autor, ya acomodadas a la índole del seminario, ya inventadas por los mismos seminaristas o —lo que era más llamativo— unas óperas u operetas en las que había combinaciones y trozos de varias obras clásicas. Naturalmente no faltaron las recitaciones y las comedias y dramas en que cada uno de los actores agregaba o quitaba algo con tal maestría y gracia que a todos admiraba. El capítulo de los disfraces junto con el de los ensayos, era para los que subían a las tablas, fuente de diversión especial, de risas, de gracejos, de ocurrencias simpáticas. Había seminaristas que tenían el arte de disfrazar, pintar y arreglar a los actores de tal manera que los transformaban y los hacían irreconocibles. En general los actores eran muy buenos. Yo no sé a qué horas ni cuándo aprendieron a presentarse en público sin miedos ni vacilaciones; se hacían tan dueños de su papel que parecía que llevaran años de ser cómicos. El piano que los acompañaba solía ser tocado por el gran maestro Giovanetti o por el presbítero Alfredo Rubio.

La consecución de disfraces apropiados para cada acto fue un problema que fácilmente resolvieron ellos mismos. De cualquier tela y en un rato confeccionaban un vestido de la Edad Media o un frac para una comida. Los fusiles no eran cualquier tabla o palo, sino unos grases viejos y dañados pero bien llevados por los improvisados militares. Las pelucas las compraron ya hechas y eran maravillosas. Entre lo mucho que se representó en Nazaret, llamó la atención la zarzuela llamada "El Elixir de la Juventud", compuesta por don José Manuel Marroquín y que fue dedicada al "Padre Gómez" (Señor canónigo don Luis Gómez Brigard, director del Seminario Menor), con ocasión de haber cumplido 25 años de sacerdote, el 28 de octubre de 1933.

Los seminaristas compositores de comedias y demás piezas teatrales –a veces muy flojas, hay que confesarlo a pesar de lo dicho arriba— antes de hacerlas representar tenían la obligación de mostrárselas a uno de los superiores para que éste les diera el pase o no. Hubo una cosa desagradable y fue que, tal vez en dos ocasiones, presentaron una cosa escrita a la que se necesitó suprimirle algo; y con el pretexto de que ya la habían ensayado así o con alguna otra disculpa, hicieron figurar lo que se había tachado. Naturalmente los autores de ese engaño sufrieron la sanción correspondiente.

Pero pasaron los años; y el seminario por el motivo del mal clima y de las pésimas aguas, no pudo volver a Nazaret. Los superiores del seminario de acuerdo con el señor Arzobispo, no hicieron una prohibición repentina, sino poco a poco fueron mandando grupos de seminaristas para las fiestas que se celebraban en Nazaret. Estos grupos eran cada vez más pequeños hasta que ya no mandaron a nadie, ni Mons. Ramírez los solicitó. Lo hicieron así y con la debida prudencia para no mortificar en cuanto fuera posible a "Papa Meño".

El dinero que producía la venta del vino en la Curia, no volvió a darse por Nazaret. Mons. Ramírez, como ya se dijo, no creía en el mal clima de la casa de vacaciones, y aunque le faltaba el auxilio de la Curia –no sé cómo hizo— pero continuó haciendo nuevas construcciones, como para atraer con ellas al seminario. Pero como el seminario no iba al Ocaso a pesar de estas construcciones, Mons. Ramírez las suspendió después de algunos meses; y no sólo las suspendió, sino que carente de dinero ya no tenía ni cómo atender al mantenimiento de la finca, y tal vez falto ya de entusiasmo, mas sin decir nada, la fue dejando abandonada. Las hierbas crecían por todas partes, las maderas perdieron su color, las canales parecían largos brazos con que los tejados querían tocar el suelo, las hormigas y los reptiles pequeños andaban por todas partes, los murciélagos hicieron sus nidos y viviendas en los zarzos, se hicieron grietas en la piscina y por entre ellas salieron hierbas. Los árboles frutales se hicieron infecundos. Aquella casa que en vacaciones era toda ella alegría, vino a parar en un lugar casi sombrío y lleno de tristeza. Si al principio era una casa vieja en algunas de sus partes, ¿cómo sería cuando ya no volvió a ella el seminario? ¿Y cuando su querido dueño no volvió a ponerle mano? Así y todo, él continuó yendo todos los viernes y vivía con dos viejecitas, un muchacho y una sirvienta; cuatro o cinco días en la semana hacía esto y después se volvía para Bogotá.



Mons. Eugenio Ramírez ("papá Meño") y el P. José Vicente Chaves

Hay una estampa de Nuestra Señora de la Concepción en cuyo reverso se lee lo siguiente: "1926 –Julio— 1951. BODAS DE PLATA. Casa de Campo del Seminario. Nazareth. El Ocaso. Misericordias Domini in aeternum cantabo".La edificación se comenzó el 19 de junio de 1926 y las bodas de plata fueron celebradas el 9 de agosto de 1951.Pero no fueron 25 años de trabajo e interés los que empleó Mons. Ramírez en darle al seminario un sitio apropiado para sus vacaciones; fueron más, como se dice al principio de estos apuntes: La Unión, Chipaque, El Hospicio. Durante su vida sacerdotal se encontró en ella la preocupación por realizar su idea favorita de la "Casa de Vacaciones". Mons. Ramírez desde que fue ordenado sacerdote en 1901 (había nacido en 1870) desempeñó los cargos en que lo colocó el arzobispo, con interés, constancia, abnegación, amor a Dios. Estos cargos fueron entre otros: el de Capellán de las Hermanas de la Presentación en la casa del

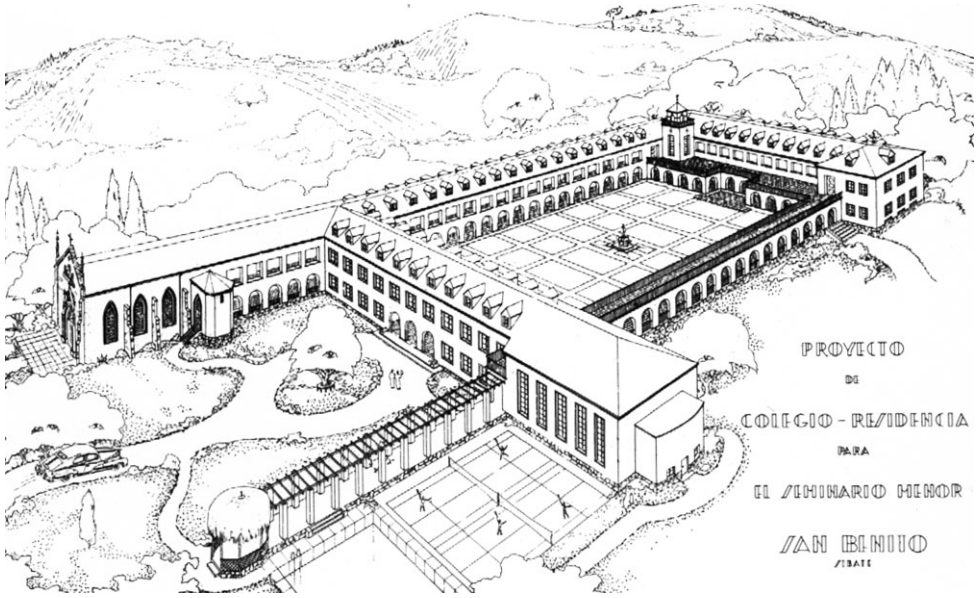
noviciado llamada “San Facon”, capellán de las religiosas del Buen Pastor, síndico del seminario, Tesorero del Arzobispado, Presidente del Tribunal de Cuentas del Arzobispado, &. Mas es de admirar y ponderar, no solamente su profunda devoción por la Sagrada Familia, la Asunción de Nuestra Señora y su confianza en San José, sino también su desprendimiento de los bienes de la tierra; pues no sólo gastó en Nazaret la herencia que recibió de sus padres, sino que todo dinero que por cualquier motivo le llegaba, lo empleó en las vacaciones de los seminaristas o en auxiliar a varios de ellos que carecían de medios para sostenerse debidamente en el seminario. La constancia de Mons. Ramírez en todo lo que se le encomendó, fue también ejemplar, y puede decirse que agotaba los medios para sacar adelante todo lo que tenía entre manos; y esto sin lanzar una sola queja y sin dar a conocer todo lo que tenía que trabajar. 25 años en los que todos los viernes compraba su tiquete en el ferrocarril de Girardot para ir a Nazaret a pagar obreros, a contar materiales, a sacar de la estación del dicho ferrocarril los bultos de diversos objetos que había comprado en Bogotá o que había adquirido por donaciones y regalos. Pero no iba a Nazaret únicamente por atender a la obra material, sino que se dedicaba cuanto podía a confesar a las gentes, que en ocasiones acudían en gran número; en celebrar las misas de los domingos y demás días. En las de los domingos hacía pláticas llenas de sencillez, celo y aun atractivo para los campesinos y veraneantes. Cuando podía iba a pie a confesar los enfermos de los contornos y a llevarles el Sagrado Viático. Los lunes tomaba de nuevo el ferrocarril y llegaba a Bogotá cargado de frutas para los seminaristas y con los bolsillos llenos de dulces y golosinas para los más pequeños. Nunca se cansó de este trajín. Supo de ciertas burlas que hacían de las cosas que inventaba para arreglar la casa, y quizás las oyó. Burlas por la liturgia –que pudiera llamarse especial— que ponía en práctica llegadas ciertas ocasiones, por los misales viejos, los frascos que hacía servir de vinajeras, las acomodaciones que hacía de trozos de adornos antiguos o viejos para arreglar los altares y los marcos de las imágenes. Combinación de objetos de mérito y valor artístico con otros modernos y de ningún interés. Supo, pues, que se decían gracejos burlescos de todo esto y no decía nada ni cambiaba de modo de ser ni de obrar. En los días calamitosos para Nazaret y por tanto para él, con la sonrisa que le era habitual, refería cómo el río en una gran creciente se había llevado el dínamo que producía la luz y que había sido regalado por Mons. José Vicente Castro.



Mons. Eugenio Ramírez (papá Meño)
y sus hermanas las señoritas Ramirez

Comentaba que en cambio, al cambiar de curso el Apulo, le había regalado a Nazaret (sic) un buen lote cubierto todo de piedras. Narraba, así mismo sonriente, cómo a pesar de reforzar las murallas se abrían en ellas grandes grietas. El mismo ánimo mostraba en todos los demás contratiempos y parece que no hubiera sufrido lo mucho que en realidad sufrió con las tropelías del Nueve de Abril de 1948. Ese día Nazaret fue víctima de hordas de hombres que armados de machetes y al grito de Viva el Partido Liberal, entraron triunfantes a la casa, y acometieron llenos de valor contra dos ancianas y una sirvienta. Estas ancianas eran las hermanas de Mons. Ramírez quienes durante varios años vivieron en Nazaret atendiendo al orden y al arreglo de esa enorme casa, y procurando hacerle ambiente favorable a su hermano y haciendo cuanto podían por darle gusto. Muchas veces tuvieron que atender a los seminaristas que acompañaban a Mons. Ramírez en días en los que no iba todo el seminario a pasar sus vacaciones allá. Decían esos hombres que iban en busca de armas; y las buscaron por todos rincones de la casa. Desbarataron la cocina, rompieron puertas, hicieron todos los males que quisieron. Por fortuna a doña Matilde y a doña Isabel no les hicieron daño en sus personas; pero a consecuencia de semejante asalto enfermaron ambas señoras y a los pocos meses murieron una después de la otra. Mons. no estaba ese día en Nazaret. La revolución le impidió ir. Al narrar todo esto con sus detalles, se entreveía el sufrimiento que tenía, pero no daba una queja. Un día, después de muertas las dos hermanas, estando yo allá y cuando ya comenzaba la casa a tener verdadero aspecto de abandono le pregunté: ¿Mons. qué proyecto o qué plan tiene para Nazaret? El seminario no puede volver a este lugar tan ameno y lleno de atractivos. No pensó la respuesta. Inmediatamente contestó: Yo todo lo hice por Dios, únicamente por Dios y la Sagrada Familia; los demás hagan lo que les parezca; yo a nada me opondré y a todo me acomodaré. Este es el varón santo. Este es Monseñor Eugenio Ramírez.

La Escuela Apostólica



En la página 67 de "La Iglesia" del año de 1938 se encuentra un decreto del Excmo. Señor Arzobispo Ismael Perdomo, que dice en sus partes principales lo siguiente: "Decreto de Erección de la Escuela Apostólica de Sibaté. Nos Ismael Perdomo, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia, &. Considerando: 1. Que nuestro clero, por ser muy escaso, es insuficiente para atender en debida forma a la administración de la Arquidiócesis; 2. Que las necesidades de orden espiritual, moral y social aumentan continuamente con el incremento de la población, sin que sea posible remediarlas de manera satisfactoria mientras no crezca el personal de sacerdotes… 5. Que es de nuestra incumbencia aumentar por todos los medios a nuestro alcance los operarios del Señor y ello se logrará en mucho cuando una casa de estudios elementales cuya pensión sea lo más reducida posible… 7. Que hemos rogado y pedido oraciones para que el Señor y la Santísima Virgen se dignen bendecir esta obra que ha de ser para mayor



gloria de Dios y provecho de las almas, DECRETAMOS: Artículo 1. Fúndase la Escuela Apostólica de la Arquidiócesis de Bogotá en la casa de Sibaté, bajo el patrocinio de Nuestra Señora de Lourdes, Titular de la Capilla; Artículo 2. Nómbrese director de la Escuela al Sr. Pbro. D. José Vicente Caro; Subdirector al Sr. Pbro. D. Enrique Otero; prefecto de disciplina al Sr. Pbro. D. Marco Tulio Cruz y director espiritual al Sr. Pbro. D. Ramón Sabogal. 3. Apruébense ad experimentum los Estatutos y Reglamento presentados por los señores directores. Dado en Bogotá, a 11 de febrero de 1938. Ismael, Arzobispo de Bogotá. Emilio Brigard, Canónigo, Srio.

En virtud de este decreto se abrió la Escuela Apostólica en la finca de S. Benito cerca del sitio llamado Sibaté, a un kilómetro de la estación de la Unión, del ferrocarril del Sur y a unos 30 kilómetros de Bogotá.

Esta finca había sido donada a la Curia por D. Eugenio Umaña y su señora. La dicha donación iba acompañada de algunas obligaciones que siempre se han cumplido. Hace algunos años fue arrendada al Padre Luis Gómez Brigard quien estableció allí la "Escuela Ricaurte" que fue modelo de colegios, como se dijo en otro lugar de estos apuntes. La dicha escuela funcionó por espacio de unos diez años en la antigua casa de la hacienda. Casa bien construida, amplia, rodeada de jardines y adornada con árboles, abundantes y cristalinas aguas. Tiene amplias estancias, un patio central; todo bien distribuido, casa muy acogedora. Antiguamente tenía un oratorio interior el que fue sustituido por una bellísima capilla que queda fuera de la casa. Pero como esa casa con su capilla y lo demás no era suficiente para el número de alumnos, el Padre Gómez hizo unos kioscos en los que se dictaban las clases. Además se levantó en la parte norte una edificación de dos pisos para que sirviera de dormitorios.



P. Álvaro Gómez, P. Alberto Uribe, P. Luis Gómez, P. Alfredo Rubio Díaz

En los años transcurridos desde 1928 en que se estableció el seminario Menor y la apertura de la Escuela Apostólica, el Padre Gómez y Pbro. Alfredo Rubio, llevaban el seminario Menor a S. Benito casi todos los sábados. Volvían a Bogotá los domingos por la tarde o los lunes por la mañana. Allí eran felices los seminaristas: los unos se entretenían jugando con el

agua pura de un arroyo que pasaba por la quinta; otros jugaban con pelotas y balones, montaban en bicicleta, tenían el valor de bañarse en una piscina o alberca de agua sumamente fría; en suma pasaban los días más agradables que pueda uno suponer.

Cerrada la Escuela Ricaurte por el motivo ya dicho y después de haber disfrutado de S. Benito el seminario Menor, se juzgó que para cumplir el decreto citado de la fundación de la Escuela Apostólica, S. Benito era el lugar más apropiado. Se abrió, pues, allí la Escuela Apostólica de S. Benito el 11 de febrero de 1938, tal vez con un centenar de alumnos.



La idea del Señor Arzobispo Perdomo, como lo dice el decreto de fundación, además del aumento del clero y para llevar a cabo ese aumento, era "crear una casa de estudios elementales" y ayudar a los niños que por motivo de pobreza no podían ingresar al seminario Menor. Enterados los párrocos de lo mandado, muchos de ellos se entusiasmaron y ayudaron con dinero. Escogieron con muy buena voluntad niños de sus parroquias, les facilitaron medios y los mandaron a S. Benito. Por eso en una circular del 9 de octubre de 1938 dice el Señor Arzobispo, entre otras cosas, lo siguiente: "Ha sido un medio providencial para el sostenimiento de la Escuela Apostólica de Sibaté la idea de promover una vez en el año en cada parroquia la colecta que se ha llamado de la Semana Pro Seminario, pues no solamente creemos que se asegura así el sostenimiento de la Escuela Apostólica, sino que tenemos la esperanza de que con esos subsidios periódicos podremos aspirar a levantar un nuevo tramo en S. Benito… Al dar las gracias más expresivas a los señores Curas párrocos que hasta ahora han realizado ya la semana dicha… Ismael, Arzobispo de Bogotá". El mismo Señor Arzobispo en la circular del 20 de septiembre de 1939 dice. "…Con gran regocijo hemos visto que en gran número de parroquias de la Arquidiócesis se ha llevado a cabo la Semana pro Seminario… con el fin de contribuir al sostenimiento de la Apostólica, lugar de preparación y selección de vocaciones PARA NUESTRO SEMINARIO…"

Otras circulares respecto a la celebración del "Día pro Seminario" manifiestan el grandísimo interés del Señor Arzobispo por todo lo que se relaciona con el seminario y con la Apostólica. Mas los esfuerzos del Señor Arzobispo, el interés del señor pbro. José Vicente Caro y de sus colaboradores, el entusiasmo de varios de los párrocos, no produjeron el resultado que se deseaba. Muchos de los alumnos fueron mal escogidos, parecía que hubieran puesto los ojos en lo último, en lo más bajo de las poblaciones. Además la mugre, el desorden, la incultura se veían por todas partes. No recuerdo –tal vez esté equivocado— que siquiera uno de los niños que pasaron al Menor en los primeros años de la Escuela Apostólica hubiera servido. Los superiores del Seminario Menor no sabían cómo hacer para encausar al ambiente del seminario, esos muchachos. Probablemente el Señor Arzobispo se dio cuenta de esto y empezó a cambiar los sacerdotes que le ayudaban al presbítero Caro. Claro que todos los sacerdotes nombrados al principio y en los años siguientes, procuraron trabajar con celo y con interés en el cargo que a cada uno le fue asignado. Pero había algo raro que impedía el resultado que se deseaba y que era obstáculo para la formación esperada y anhelada de aquellos niños. Al mismo tiempo el número de alumnos crecía, lo que hizo que el Excmo. Señor Perdomo expidiera el siguiente decreto: "… Nos Ismael Perdomo Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia, &… Decretamos: Artículo 1. Constrúyase en S. Benito un edificio capaz, higiénico y cómodo destinado a la Escuela Apostólica de la Arquidiócesis, según los planos aprobados por Nos. Artículo 11. Autorízase al señor Director para que reúna los materiales y dineros necesarios y dé comienzo a la obra lo más pronto posible. Dado en Bogotá a 14 de diciembre de 1939. Ismael, Arzobispo de Bogotá".



P. José Gabriel Calderón, P. Fernando Acevedo, P. José Manuel Díaz



Mas como se veía que en el Menor no progresaban la mayor parte de los niños y jóvenes que iban de S. Benito,

quizás culparon al seminario y no a los alumnos y a la Apostólica de las deficiencias que resultaron. Entonces la dirección de la Apostólica con la intervención de varios párrocos, resolvió que la Escuela Apostólica no fuera para "preparación y selección" de niños, como lo dijo el Señor Arzobispo en la circular del 20 de septiembre de 1939, citada arriba, sino que esa institución fuera el seminario menor. Esta idea la manifestaron en los retratos que publicaron de los planos aprobados y la divulgaron entre un grupo de sacerdotes partidarios de ella y poco amigos del seminario. Por eso es por lo que arriba hice notar ciertas palabras de las circulares arzobispales. Esto y las deficiencias apuntadas, como era muy natural, causaron cierta alarma. Mons. José Manuel Díaz habló con el Director, pbro. José Vicente Caro, hubo discusiones que en nada pararon y el asunto siguió como antes. El seminario Menor para ciertos sacerdotes y para su Director, no era el de Bogotá sino el de S. Benito. El 12 de mayo de 1942 el Excmo. Señor González (creo que no ignoraba la nueva tendencia de los directores de la Apostólica) bendijo parte del nuevo edificio (Véase #151). En realidad esta es una construcción magnífica. En ella se consultaron todas las necesidades de un establecimiento docente de primer orden. La parte construida ha servido admirablemente bien para atender a más de cien niños. Posteriormente el señor pbro. D. Gabriel Calderón costeó un comedor sumamente bueno, con lo cual le dio más vida al establecimiento.

El señor Perdomo continuaba lleno de esperanzas como puede verse en las circulares citadas y en otras varias. Iba con frecuencia a S. Benito, observaba todo, conversaba con los sacerdotes y directores, jugaba con los niños haciéndose niño para ganarse a los niños. Todo esto lo hacía con miras de levantar a un nivel más alto la Escuela Apostólica que tanto lo preocupaba, aunque no decía nada. Mas como a pesar de tantos esfuerzos y los de los sacerdotes que estaban a la cabeza de esta institución, los resultados no eran satisfactorios, en enero de 1943 resolvió el Señor Arzobispo darle otro giro a la dirección nombrando al Señor Canónigo D. Luis Gómez Brigard Rector de la Escuela Apostólica, al Señor Pbro. Roberto Palacino como PREFECTO junto con los señores presbíteros José Gabriel Calderón y Juan B. Sánchez, así mismo prefectos. Esto sin dejar el Padre Gómez la dirección del Seminario Menor.



Pbro. ALBERTO URIBE URDANETA



P. Pablo Barragán, Mons. Alberto Uribe Urdaneta, P. Luis Gómez

Pero al Padre Gómez le era dificultoso dirigir la Apostólica desde Bogotá y no podía estar yendo a S. Benito con la frecuencia que quisiera. Se nombraron entonces otros dos sacerdotes, uno como director espiritual y otro como catedrático. Estos fueron Eduardo Valdivieso y Rafael Ovalle respectivamente en cada cargo. De todo esto resultó, no entiendo por qué, que las cosas no solo quedaron más o menos como habían estado hasta entonces, sino que empeoraron de cierto modo.

Un día –que puede llamarse bendito— el señor Presbítero D. Alberto Uribe Urdaneta dejó arregladas sus cosas para hacer un viaje por América del Sur, y fue a despedirse del Señor Arzobispo y a reafirmar su permiso y sus licencias para poder ausentarse de la Arquidiócesis por algún tiempo. No sé lo que se trató entre los dos, pero sí sé el resultado. Este fue que el señor Presbítero Uribe con una generosidad humanamente increíble y con un espíritu sacerdotal ejemplar, canceló su viaje al exterior, y aceptó la dirección de la Escuela Apostólica en la que ya había trabajado por algún tiempo. Junto con él fueron nombrados los siguientes: como Director espiritual el señor presbítero D. José del Carmen Castañeda; como Prefecto General, el señor presbítero don Manuel José Rodríguez, y, en calidad también de prefectos, los señores presbíteros Álvaro Gómez Vargas y Fermín Reyes. Esto ocurrió al principiar el año de 1947, si no me equivoco.



P. Álvaro Gómez

La Providencia Divina y la Santísima Virgen oyeron las oraciones que les dirigió el santo Arzobispo y de modo admirable vino del Cielo un torrente de bendiciones para la institución que tanto nos había hecho sufrir a los que por entonces estaban encargados de dirigir los seminarios y los que ayudábamos en esa dirección. Qué cambio tan benéfico se vio en poco tiempo. Comenzó el presbítero Uribe por hacer una escogencia en el personal de alumnos de manera racional y, de cierto modo, violenta. Tenía en mira levantar el nivel

del clero en lo espiritual, lo intelectual, lo moral y lo social. Puso todos los medios que estaban a su alcance y con los ojos fijos en la gloria de Dios, en el bien de las almas y en el honor de la Iglesia, comenzó la labor. El cambio producido no fue paulatino; a los pocos meses se vio una transformación completa en todo género de cosas. Ya no se veía la vulgaridad antes reinante, ni los muchachos mugrosos; ya no parecía aquello, como en años pasados, una gran escuela de "chinos". Ya S. Benito dejó de pretender ser el Seminario Menor y apareció como la auténtica Escuela Apostólica con un grupo de niños que podía ambicionar cualquier colegio. Hizo arreglar los campos de deporte, mejoró la comida, compró nueva vajilla, levantó después un salón de reuniones que servía así mismo de teatro, pintó de nuevo la capilla y le hizo un acomodo para entrar a ella por detrás. Por medio del presbítero Alfonso Henao hizo producir los campos, que rodean el edificio, de frutos de la tierra, los que le daban buen resultado pecuniario y ayudaban al sostenimiento de los alumnos pobres. Quedaron satisfechos el Prelado y los superiores de ambos seminarios de los buenos resultados de la Escuela Apostólica. Gracias a Dios; gracias a María Santísima.

Entre los años de la fundación y 1947 pasó por S. Benito un buen número de sacerdotes, los que además de los ya nombrados, procuraron todos cumplir con esmero el cargo que a cada uno le fue asignado, como ya se observó en otra parte. Entre otros muchos enumero los siguientes: Aquilino Peña, Pablo Barragán, Luis Carlos Ferreira, Marco Tulio Cruz y Manuel Ricaurte, como confesor.

Reforma de la Capilla

La antigua capilla del Seminario muy querida y repleta de los más gratos recuerdos, se encontraba maltratada por la acción de los años. Ya en épocas pasadas había sido reformada por el síndico del seminario que lo era Mons. Eugenio Ramírez; pero estas reformas a más de haber sido en su mayoría poco felices, se habían estropeado. Se imponía un arreglo. El altar estaba barnizado con un color oscuro que trataba de imitar el nogal y que en partes se había pelado; las paredes tenían manchas y también la pintura se había caído y aparecía a trechos la que tenía debajo; unos tubos muy feos pendían del techo y aparecía a trechos la que tenían debajo; unos tubos muy feos pendían del techo y sostenían las bombillas eléctricas que alumbraban el recinto. Había una baranda que servía de comulgatorio. Esta era bien hecha y taponada, pero no correspondía en nada a lo demás de la capilla.

Se pensó, pues barnizar de nuevo tanto el altar como las paredes; cambiar los tubos por otra cosa mejor, pero conservando el ambiente que hacía varios años tenía, para que todos, sacerdotes y seminaristas estuvieran recordando el lugar en

donde tantas veces habían participado de los beneficios de la santa Misa, de la comunión, de los rosarios rezados allí, de las pláticas que habían oído, en suma, de las virtudes que en ese santo lugar habían alcanzado.

Cuando se le pidió el consentimiento al Señor Arzobispo para llevar a cabo estas reparaciones pequeñas, él opinó que debería hacerse algo mejor y que correspondiera a la santidad del lugar, que sirviera para la formación litúrgica de los seminaristas, y aun si fuera posible para imbuirles un buen gusto y así evitar los desastres pictóricos de varias iglesias, y convencerlos del cuidado que han de tener por las cosas de mérito y valor artístico.

Para desarrollar estas ideas dio el Señor Arzobispo el siguiente decreto:

"Nos Ismael Perdomo, por la gracia de Dios… En vista del deterioro que ha sufrido la Capilla del Seminario de Bogotá, y con el fin de que el culto que en ella se rinda a Dios Nuestro Señor revista el mayor decoro posible, y en la mira de que los seminaristas cada día estimen en más alto grado la morada de Dios y aprenden a venerarla y cuidarla con singular esmero y exquisita solicitud",

DECRETAMOS

Art. 1— Arréglese la capilla del Seminario de Bogotá de acuerdo con las normas del "Caeremoniale Episcoporum", y al efecto, constrúyase un BALDAQUINO sobre el altar.

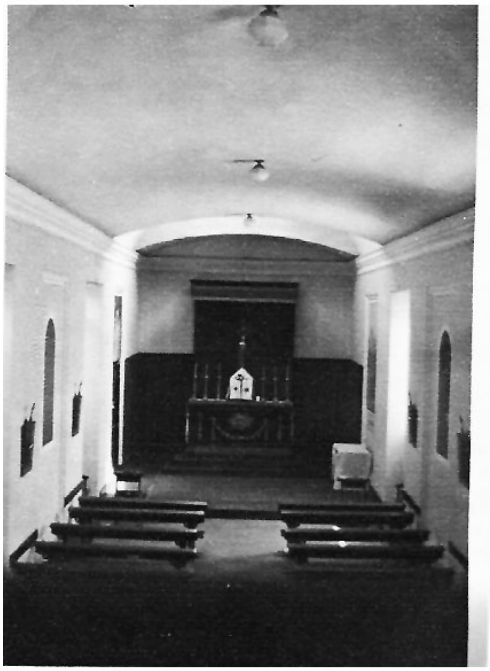
Art. 2— Autorízase al Señor Rector del Seminario a fin de que ordene las obras y reparaciones que juzgue necesarias para la limpieza y ornato del lugar santo, ajustándose estrictamente a las prescripciones litúrgicas.

Comuníquese.

Dado en Bogotá a 17 de abril de 1938. ISMAEL, Arzobispo de Bogotá" (La iglesia, marzo y abril de 1938, página 83)

Conforme a esto se hizo todo, lo mejor que fue posible. Pero la capilla cambió totalmente de aspecto: se destacaba el baldaquino al fondo cubriendo solo el altar para hacer notar mejor su importancia litúrgica y su simbolismo; para que cualquiera que entrara pusiera sus ojos principalmente en ese altar y su bellísimo tabernáculo; para que Nuestro Amo fuera el centro de la adoración y a Él se le rindieran todos los homenajes que le son debidos. El baldaquino fue fabricado con madera de nogal y quedó artísticamente adornado con motivos eucarísticos, tallados en la madera y dorados con oro puro sobre fondo rojo. Unas columnas que servían para colocar flores sobre ellas, también fueron adornadas de la misma manera. Telas lujosas colgaban de él y podían cambiarse fácilmente según el color que la liturgia exige cada día. No solamente el baldaquino tenía esas cortinas, sino

que otras cubrían las paredes del fondo y las laterales del presbiterio, colgadas de botones dorados a una conveniente altura.


Capilla restaurada

Este conjunto daba la impresión de respeto y de recogimiento tal como lo debe haber alrededor del Santísimo Sacramento. La lámpara que debe arder siempre delante de la Sagrada Eucaristía, fue fabricada de pura plata y de forma muy sencilla. En contorno está grabado un letrero que dice: "Adoro te devote". Se conservó la antigua mesa del altar después de haberla arreglado convenientemente. Era entonces necesario buscar lugares para colocar en ellos las imágenes de Nuestra Señora y de S. José; otros para las del Cura de Ars, S. Juan Evangelista, S. Juan Berchmans y S. Bernardo. Nada más propio para esto que hacer unos nichos en las paredes laterales. Quedaron bien; proporcionados al tamaño de la capilla y al de las imágenes. Se mandaron fabricar unos brazos de bronce que se colocaron al pie de cada nicho con sus respectivas luces. Las gradas del altar se cubrieron con una alfombra roja y el presbiterio con una verde. Se mandó hacer un escaño de nogal para los oficiantes de las misas cantadas y otros oficios; unos banquitos para los acólitos.

Muchos de los sacerdotes enseñados a ver la capilla en donde por varios años habían disfrutado de los beneficios divinos y en donde tantas veces habían orado, protestaron del nuevo arreglo y dijeron que el seminario había hecho una capilla protestante en la que no se veía la imagen bendita de Nuestra Señora. Esta idea se propagó con exageración por varias partes y fue uno de los motivos de ataques y quejas contra el seminario y contra el arzobispo que tal cosa había dispuesto.

En unos ejercicios espirituales que se hicieron para el clero en la capilla así dispuesta y que fueron dirigidos por el señor Arzobispo Juan Manuel González, quien hizo algunas alusiones a la imagen de la Virgen que había sido separada del altar, se produjo una conmoción y en medio de manifestaciones de protesta, bajaron los sacerdotes la imagen de su nicho, la llevaron en procesión por los claustros, acompañada de cánticos y oraciones y la colocaron sobre una columna al lado del Evangelio. Esto ocurrió en unas vacaciones del seminario. Cuando de nuevo fueron los seminaristas a la capilla para comenzar su vida de seminario y ponerse bajo la protección de la Madre de Dios, la encontraron de nuevo en su

nicho. Así lo había ordenado el santo Arzobispo quien toda la vida fue sincero devoto de la Inmaculada Concepción.

EL MUSEO

El señor Pbro. D. Carlos Umaña nació en Bogotá el día 8 de julio de 1862. Un día renunció a todo lo de este mundo, partió para Roma, hizo allí sus estudios eclesiásticos y el 29 de marzo de1902 recibió la unción sacerdotal. Ya sacerdote y venido a su ciudad natal se dedicó en especial a la práctica de la caridad principalmente con los pobres de la clase media – quienes suelen ser los mas necesitados y los menos atendidos—.

Era el doctor Umaña un gran músico y compositor. Fue maestro de Capilla de la Catedral de Bogotá, profesor y Conciliar del seminario y capellán de la iglesia de S.Vicente de Paul. Esta iglesia era la del convento de la Enseñanza, la que fue demolida para levantar allí el Palacio de Justicia, el que fue quemado por las turbas liberales del 9 de abril de 1948.

Nuestro sacerdote no era solamente un gran músico, sino también un artista de exquisito gusto, coleccionador de pinturas y objetos antiguos de mérito. Su casa era un museo.

Al morir, a principio de 1917, dejó para el seminario de Bogotá su magnífica colección de pinturas antiguas, algunas imágenes quiteñas, unos bargueños, su Niño Dios vestido de obispo y otros objetos de valor artístico.

El seminario dueño ya de todo aquello resolvió hacer un museo y para eso comenzó por adaptar –después de varios ensayos en diferentes partes—, el antiguo comedor que tenía cierto sabor santafereño. Lo pintó de nuevo con un color indicado por expertos, le hizo varias reparaciones y con el consejo de esos mismos expertos fue colocando las pinturas, las estatuas y muebles de tal manera que el aspecto del recinto dio la impresión agradable de un museo bien cuidado. A lo donado por el pbro. Umaña se fueron agregando otras pinturas y otros muebles que depositó allí Mons. Eugenio Ramírez y aunque no dijo que los regalaba para el seminario, los dejó allí. Con esto y con otras donaciones –como se dirá después— vino el museo a poseer no solo buen número de cuadros y demás cosas sino que casi todo era magnífico en especial la colección de las 27 obras de Vásquez.

El Sínodo Diocesano de 1931, basado en los cánones, dictó disposiciones relativas a la arquitectura y arte religioso y ordenó la creación de una Comisión

Arquidiocesana y con esto cumplía lo dispuesto en los dichos cánones. Con esto se ve el interés que la Iglesia tiene por los objetos artísticos. Hay además varias disposiciones pontificias. Una de ellas es la circular dirigida a los Revmos. Ordinarios de Italia en la que entre otras cosas dice: "La principal tarea de las Comisiones será por tanto la de procurar: a) La compilación de los inventarios de los objetos de arte; b) la formación y ordenación de los MUSEOS DIOCESANOS… Septiembre 1 de 1924.

No sé si esto movió al Señor Arzobispo Perdomo y a Mons. Emilio Valenzuela, quien sin ser artista especializado, a tomar con empeño un nuevo arreglo del museo.

Fue elegido para dirigir la forma y manera de hacerlo el presbítero D.D. Bernardo Sáenz de Santamaría, sacerdote activo y de exquisito gusto artístico; educado en Roma y de un natural sentido estético que lo capacita para hacer algo muy bueno, y así lo hizo. Escogió para lugar del museo un antiguo dormitorio que tenía a la vista su viejo enmaderado del techo, y algunas puertas españolas. Cambió lo dañado de esas maderas, hizo limpiar las que estaban blanqueadas, tapó las ventanas, y, para conservar mejor las pinturas y lo demás, sustituyó esas ventanas por claraboyas que daban luz indirecta. Estos trabajos fueron costeados casi todos por el mismo pbro. Sáenz de Santamaría. Logró crear un ambiente tan apropiado para un museo de arte religioso, que creo difícil que hubiera otro superior en esa época. Con escrupulosidad y paciencia hizo un plan general que fue desarrollando poco a poco a medida que iba colocando pinturas, adornos, estatuas, muebles y demás objetos en los sitios que veía que quedaban mejor. Suprimió varias cosas que podían afear tan admirable conjunto y logró adquirir otras que contribuyeron al embellecimiento del lugar.

Entre lo adquirido en ese tiempo conviene dar a conocer en primer lugar la "VIRGEN ORANTE" pintada en una tablita que parece haber sido parte de algún mueble. La pintura la encontró Mons. Emilio Valenzuela en un desván de la catedral. Examinada no solo por el pbro. Sáenz de Santamaría sino por otros expertos en la materia, se creyó que el autor debió haber sido Quintín Massys o Metsys "el pintor flamenco más distinguido de su época" como dice, al hablar de él, el artista Santiago Martínez Delgado. Massys había nacido en Lovaina por los años de 1466.

El Maestro Martínez Delgado auxiliado por el Señor Arzobispo Juan Manuel González emprendió el estudio de esta cabeza de Nuestra Señora para determinar con claridad quién había sido el autor. Los colores que empleó el autor fueron estudiados químicamente llevando al laboratorio algunas partículas de ellos; la madera en la que fue pintada la Virgen, al estudiarla en el laboratorio, dio por resultado que era de "pinus cembra" originario de los terrenos arenosos del

Mediterráneo, España y Levante. Mas lo que mejor vino a probar quién había sido el autor y por tanto la autenticidad de la pintura de la "Virgen Orante" fue una serie de radiografías que hizo el doctor Carlos Trujillo Venegas, en las que se ven las varias capas de pintura, el modo como empleaba el pincel Massys, quien tenía "una pincelada de exquisita sensibilidad y minucia" y otros muchos detalles, con lo cual se afirma que esta no es una copia sino el original auténtico de la "VIRGEN ORANTE".

Ya seguro de esto el señor Martínez Delgado mandó hacer unas copias en colores, copias que quedaron con toda la precisión posible y que don Santiago regaló a nombre de los jóvenes Camilo e Ignacio Vargas Castro, como "homenaje al Seminario Conciliar de Bogotá en el segundo Congreso Mariano Nacional" La historia de esta pintura y los detalles para la declaración de su autenticidad, se hallan al dorso de las muchas copias que repartió el Maestro Martínez Delgado.

Otra pintura de gran interés es la "COCINA" (así la llaman) pintada por Rubens.

Con un marco mal acomodado vino a dar al museo del seminario –después de haber estado larguísimo tiempo en el palacio arzobispal— esta "Cocina" que aunque está un tanto ajada tiene frescos los colores sobre un fondo oscuro. Un hombre, inconfundible flamenco, lleva en las manos una cesta con frutas; cerca a esto hay una gran langosta de rojo subido; un cordero colgado de las patas traseras está listo para ser cocinado; un ganso enorme que acaban de matar y que lo rodean unos pajaritos recién muertos. Todo este conjunto es el que llaman "La Cocina". El grande historiador don Ernesto Restrepo Tirado hace figurar en el inventario de los bienes del Arzobispo Virrey, Caballero y Góngora esta "Cocina" atribuida al pincel de Rubens "con máxima probabilidad". Este magnífico cuadro vino a dar al museo del Seminario después de haber estado por mucho tiempo en el palacio arzobispal.

También se llevó del dicho palacio –o tal vez de la Catedral— al referido museo, un Cristo de marfil cuyo tamaño llama la atención, pues mide unos 70 centímetros desde la cabeza hasta los pies y es hecho de un solo colmillo, con excepción, naturalmente, de los brazos. Es de un estilo entre filipino, chino o indochino y las partes dobles como la barba partida en dos, las costillas, el cabello con carrera por la mitad de la cabeza, & son absolutamente simétricas. La cruz es de madera negra y durísima, sin pintura, y parece ser de ébano o de palo de rosa. La rodea una especie de hiedra labrada a buril y realzada.

El Señor Arzobispo Perdomo quiso que los objetos artísticos antiguos que merecían aprecio y que estaban dispersos por varias iglesias de la arquidiócesis, con peligro de dañarse o desaparecer, fueran recogidos y depositados en el museo

del seminario, sin que las dichas iglesias perdieran el derecho de propiedad que conservan en ellos.

Por esto se llevó al museo un altorrelieve que representa a San Joaquín, Santa Ana y la Niña María. Este pertenece a la iglesia de Chipaque. De la Iglesia de Cambao, llevó al museo, el pbro. D. Jaime Hincapié una Dolorosa pintada sobre madera, que aunque no es una obra de grande alcance artístico, ofrece interés. Una casulla que pertenece a la parroquia de Pasca y que el mismo Señor Perdomo hizo que se llevara al museo, con la orden expresa escrita en un papel adherido al forro de la misma, ayudó al enriquecimiento del museo pues hay mucha probabilidad de haber sido traída por Federman pues la tela y los bordados parecen ser de fines del siglo XV o principios del XVI. Además estaba guardada, formando como una sola cosa, con unas vinajeras muy antiguas y una campanita de oro que tenía grabada la fecha de 1525 o 35. Tanto las vinajeras como la campanita desaparecieron de la sacristía de la iglesia de Pasca.

En Fómeque se hallaba una campana de origen italiano con la fecha de 1639. Esta fecha no está grabada sino realzada. Fue llevada al museo. Mons. Agustín Gutiérrez, párroco de esta población la ha reclamado repetidas veces; pero el Señor Arzobispo mandó que se dejara en el museo.

Varias personas han hecho donaciones de objetos propios de un museo y con estos se ha aumentado el número de enseres o efectos que actualmente se hallan en el museo del seminario. Así, por ejemplo el Excmo. Señor Leonidas Medina regaló un bastón de carey que fue de D. Marco Fidel Suárez. La familia Vargas otro bastón de carey, con empuñadura de oro que perteneció a don Francisco Vargas. Regalaron otro bastón de ébano, con empuñadura así mismo de oro, que usó el Excmo. Señor Paul.

El presbítero D. Bernardo Sáenz de Santamaría, además de lo mucho que ha hecho a favor del museo, no contento con esto, le regaló varias cosas más, entre las cuales merece anotarse una pintura que representa los desposorios de Nuestra Señora. Pintura quiteña o ecuatoriana que tiene un magnífico marco de plata. Hubo muchos otros donantes, cuyos nombres no menciono por no alargar más este apunte.

Algunas personas entendidas en arte dicen que el museo del Seminario de Bogotá, especialmente con sus 27 pinturas de Vásquez, es uno de los mejores de la ciudad.

Para el IV centenario de la fundación de Bogotá, se abrió con base en el museo del seminario una exposición de arte sagrado, la que llamó la atención de los miles de visitantes que concurrieron a verla. El 18 de marzo de 1938 recibí una nota de la Secretaría del Arzobispo de Bogotá, firmada por Mons. Emilio Brigard en la que se

me comunica que el Prelado ha tenido a bien nombrarme para integrar la Junta eclesiástica del IV centenario de Bogotá en compañía del Sr. Pbro. D.D. Enrique Pérez Arbeláez, Canónigo D.D. Jorge Murcia Riaño, Dr. D. José Vicente Quintana y D. José Restrepo Posada. Solo intervinieron en la preparación de la exposición D. Enrique Pérez Arbeláez y D. José Restrepo Posada. Acudimos a la intervención del Pbro. D Bernardo Sáenz de Santamaría quien gustoso nos ayudó con su valiosa cooperación.

Como las pinturas, muebles y demás del museo no eran suficientes para hacer una exposición en grande y que correspondiera a la importancia del Centenario y que estuviera a la altura del seminario, se acudió a solicitar ayuda de la catedral, de las otras iglesias, de los conventos antiguos de religiosos y de algunas personas poseedoras de objetos religiosos y de valor artístico. Nosotros conocíamos varios de esos objetos y con una petición originaria del arzobispado, después de habernos distribuido el trabajo, nos presentamos a esos lugares en demande de determinadas cosas. Nadie se negó y todos nos fueron entregando lo que solicitábamos. Así se llevaron al seminario las riquísimas capas de coro que se exhibieron en los corredores del segundo piso. Las casullas y demás ornamentos de la Capilla del Sagrario y de las monjas Concepcionistas; el enorme tapete de las monjas de la Enseñanza y otro de las Concepcionistas. Pinturas de Vásquez de la Capilla del Sagrario; pinturas del P. Páramo pertenecientes a la iglesia de S. Ignacio. El Pesebre quiteño de la familia de D. José Manuel Marroquín, junto con otros objetos y pinturas de la misma familia. Muchísimas más cosas de otras muchas partes.

A medida que iban llevando, o mejor, que íbamos llevando todo aquello, se pensaba despacio en el sitio en donde podrían quedar mejor; se ensayaban diversos lugares, se cambiaba un cuadro por otro que podría presentar mejor aspecto y se iban colocando ya dentro del mismo museo, ya en los claustros de abajo o en los de arriba. En verdad todo quedó bien. El aspecto general era magnífico y los detalles no dejaban nada qué desear. Naturalmente el trabajo de los tres sacerdotes que dirigíamos aquello y que con nuestras propias manos lo realizamos, no fue poca cosa. Claro que un grupo de seminaristas ayudó de manera eficaz.

Cerca de 200 objetos sirvieron para la exposición, la que se abrió para el público el día martes, dos de agosto de 1938. Se inauguró con un discurso de Mons. José Eusebio Ricaurte y quiso cerrarse unos días después; pero el público pidió que permaneciera abierta mientras duraban los festejos centenarios. Muchas fueron las fotografías tomadas de los diversos sitios y de los diversos objetos.

Hubo una nota falsa, que fue la de vender boletas para la entrada. El Seminario no ha debido hacer esto; pero tuvo que proceder así porque los gastos de trasteos; compra de cables, que hubo que colocar para que el publico no se arrimara a

tocarlo todo; la hechura de varillas de hierro, de soportes de madrera y demás, así lo exigieron.

Los seminaristas vigilaban para evitar algún robo y para indicarles a los visitantes en dónde estaba esto o aquello que estaba señalado en una Guía, la que era repartida a la entrada. Esta Guía tenía el siguiente título: "Cuatro Siglos de Arte Religioso". Por fortuna, nada se perdió. La prensa toda sin atender a colores políticos ni a tendencias especiales, ponderó la exposición y hubo periódico que la calificó como de lo mejor que se había hecho para el IV centenario de Bogotá.

Otra cosa desagradable fue, que estando en plena exposición, el jefe de los Jocistas pidió alojamiento para esos jóvenes en el edificio del Seminario Menor. El director de ese seminario, señor canónigo D. Luis Gómez Brigard, con buen sentido caritativo convino en ello, y convino también en que almorzaran y comieran allí. Para facilitar la entrada y salida de los Jocistas, le entregué al señor pbro. Dr. D. Luis M. Murcia una llave de la puerta del garaje que queda a la carrera tercera.

Pero respecto a la exposición, tuve que ponerme en el trabajo, juntamente con unos seminaristas, a tapar con tablas bien clavadas todas las comunicaciones que había entre el Seminario Mayor y el Menor. Aquello no solamente fue una mortificación y un trabajo pesado y costoso, sino que los visitantes, que daban vueltas por todas partes vieron aquello que afeaba terriblemente esos sitios y daba un aspecto desagradable a tan magnífico conjunto. Hubo que hacer esto, entre otros motivos, porque el seminario tenía que responder por muchos objetos preciosos que le habían dado en préstamo y que no podíamos estar custodiándolos toda la noche. ¿Quién aseguraba que entre tanto joven no hubiera ladrones? A pesar de las tablas podrían pasarse a la exposición y hacer lo que quisieran. Como manifesté disgusto y desconfianza, el jefe de los Jocistas y el doctor Murcia quedaron sentidos no solo conmigo sino también con el seminario.

Un capítulo aparte o un paréntesis necesario

El citado Dr. Murcia es nada menos que el señor canónigo D. Jorge Murcia Riaño. Educado y ordenado en Roma; sacerdote como pocos: lleno de celo por las almas; emprendedor, por ese mismo motivo, de cuantas organizaciones pueden servir al bien del prójimo. Estableció y organizó las "Damas Católicas"; los jocistas, ramas masculina y femenina; comedores para empleadas.

Fundó una congregación bajo el patrocinio de S. Juan Evangelista compuesta de mujeres santas y abnegadas; de hombres de empresa y así mismo santos; de sacerdotes, que creo que deberían dirigir la parte espiritual de la congregación.

Todo esto lo hacía y muchas cosas más, con cierta facilidad pues es predicador elocuente y admirado por todos los que lo conocen.

Como fue profesor de Historia Eclesiástica en el seminario mayor, se le pidió el favor –sabiendo que tenía por ese motivo conocimiento del seminario y de los seminaristas— que dictara los ejercicios espirituales en el mismo seminario. Lo hizo bastante bien. Pero como estaba luchando por formar su Congregación, no solamente habló de ella de manera muy atrayente, sino que repartió por las celdas cuadernos, estampas y todo género de propaganda. Y aun más: puso los ojos en determinados seminaristas y quiso convencerlos de que entraran a la Compañía de S. Juan. Sus palabras eran persuasivas, conferenciaba con ellos uno por uno, les ofrecía enviarlos a estudiar a Europa y no sé que más. Logró conquistar a uno de esos, que le ha sido muy fiel. Yo protesté por esto, le di cuenta a Mons. José Manuel Díaz, quien lo estima de corazón, y así se evitó que se disgregara el seminario. Claro que nuestro Canónigo Murcia se disgustó conmigo más que con Mons. Díaz; pero teníamos toda la razón de evitar que los seminaristas se fueran del claustro que los estaba formando para sacerdotes diocesanos y llegaran a parar a la Compañía de S. Juan.

Esta Compañía no subsistió y sólo después de muerto Mons. Murcia, por esfuerzos del Señor Canónigo D. Jorge Angarita Pardo, se logró que la rama femenina sí pudiera progresar y venir a ser una congregación magnífica, dedicada a asuntos sociales.

Nuevos edificios para el Seminario. Cambios Locales, &

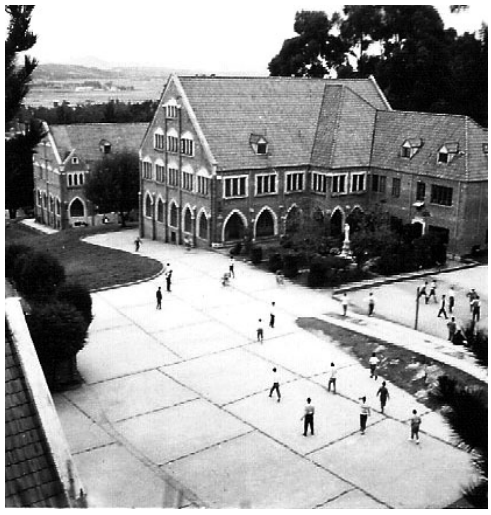
Como las Hijas de María Deificadora tuvieron que cerrar todas las casas que habían abierto y terminar todas las fundaciones hechas, el síndico de ellas, Dr. Jesús M. Marulanda, le propuso al Excmo. Señor Arzobispo Perdomo que comprara la casa que habían hecho esas señoras en la calle 81, arriba de la carrera Séptima, y junto al lote del seminario que se llama “Patiasao”. Parece que el Dr. Marulanda al hacer esta propuesta al Excmo. Señor Arzobispo, podía cumplir con dos objetivos: uno, poder darle a cada una de las señoras de la congregación disuelta, el dote que había aportado cada una cuando entró; el otro, que el Seminario Menor pudiera tener un edificio mejor que el muy feo e incómodo situado entre la carrera Tercera y la Calle 12.

El Señor Arzobispo, lleno de prudencia, consultó con varios sacerdotes, con los superiores del seminario, con el arquitecto que hizo el edificio de la calle 81, y en vista de que el tal edificio podría adaptarse para el seminario Menor y que por otra parte saldría en un precio módico, lo compró en unos $180.000. Para realizar este

negocio hubo que entregar una parte del lote de "Patiasao" y lo demás en dinero. Esto ocurría a principios de 1943.

Cuando el Señor Arzobispo nos preguntó a los superiores del seminario (Mayor y Menor) nuestra opinión sobre este negocio la mayoría de nosotros, excepto Mons. Díaz y Luis Gómez Brigard, opinamos que no porque el tal edificio nos parecía malísimo, muy oscuro, antipedagógico, &, y pensamos que con el dinero invertido en él podría hacerse otro edificio más apropiado para el seminario Menor. Como el asunto era delicado, los que nos oponíamos a esa compra, o mejor, opinábamos que no debía comprarse fuimos a hablar con Mons. Díaz y a repetirle nuestra opinión adversa a ese negocio. Mons. Díaz nos dijo que se lo comunicaría al Señor Arzobispo, y así lo hizo. El Señor Perdomo nos llamó, nos dejó hablar con toda libertad y nos dijo que a pesar de los inconvenientes que le habíamos manifestado, haría esa compra pues las condiciones de pago eran muy ventajosas. El edificio se compró el 2 de marzo de 1943, según la escritura pública #558 otorgada en la notaría tercera de Bogotá.

Al día siguiente de la conferencia con el Señor Arzobispo, comprendí yo que seguir oponiéndome era un disparate y que ya que había una división de opiniones al respecto entre los superiores, yo estaba obligado a hacerme al lado del Rector. Para darme mayor cuenta y para ver mejor los fundamentos en los que me apoyaba para dar mi negativa, la que a pesar de lo que viera creía que debía cambiar, me trasladé al edificio, hice los cálculos que estuvieron a mi alcance y me convencí, que, aunque mucha parte de esa casa siempre sería oscura, no obstante podría hacerse una adaptación con la cual podría quedar esta casa mejor que la de la calle doce. Convencido de esto, le dije a Mons. Díaz que desde ese momento estaba de acuerdo con él en lo relativo al edificio, así como siempre lo he estado en todas las demás cosas. A los otros superiores les manifesté mi cambio.



El edificio se recibió por ahí en abril o mayo y el arquitecto que lo levantó, señor Manuel M. Franco, se comprometió a adaptarlo según las necesidades, a levantar una casa para las hermanas que hayan de administrar la cocina, y un nuevo tramo para clases, estudios y capilla. La obra se emprendió, el Seminario Menor quedó establecido allí y fue inaugurado solemnemente por Mons. Emilio Brigard el día 29 de junio de 1943.

La lápida de mármol que quedó colocada ese día dice lo siguiente:

EXCMVS PRAESVL ISMAEL PERDOMO – MINORIBUS SEMINARII ALVMNES. PROVEHENDIS – HAS. AEDES. COMPARANDAS – SOLLERTI.CONSILIO.CVRAVIT – EAS.QVE.INLAVDEM.BB.P.PII.PP.XII—111.KAL.IVL.A.D.MCMXLIII SOLEMNI.RITV.DICAVIT.

Así las cosas, la Providencia divina que siempre ha vigilado y atendido al seminario, aun en detalles, se presentó por medio de los padres Candelarios (Agustinos Recoletos) a proponer la compra del antiguo edificio de ellos, y que el Gobierno Provisorio de Mosquera les había arrebatado en el año de 1861. En 1881 se había hecho un arreglo entre el gobierno nacional y el Arzobispo por medio del cual éste "cedía al Gobierno el edificio de S. Bartolomé y el Gobierno daba para el seminario el antiguo edifico de los Agustinos Recoletos (José Restrepo Posada. El Seminario Conciliar, Pág. 93). Los referidos padres compraron, pues, su antiguo edificio por la suma de $181.213.90, y les fue entregado por el Vicerrector del Seminario el día 15 de diciembre de 1943.

Al mismo tiempo la misma Providencia divina hizo que la Policía nacional necesitara de un edificio en la región de la Candelaria y que propusiera compra de la parte del seminario que es de estilo gótico o sea la que ocupaba el Seminario Menor sobre carrera tercera y la calle doce en mala hora construido por orden del Arzobispo Herrera Restrepo y acondicionado, para no perderlo del todo, por quien era entonces rector del seminario, el inolvidable Mons. Emilio Valenzuela (como se dijo ya en estos apuntes). Se hicieron las gestiones del caso, el director de la Policía vio que sí le convenía el sitio y el inmueble y resolvió comprarlo por la suma de $180.000. Este señor que es el Dr. Alfonso Araújo, hombre déspota y poco religioso, había recibido manifestaciones de amistad y cultura no menos que de simpática sencillez y de modales dignos y caballerosos del Excmo. Señor Arzobispo Perdomo, quien buscaba esa alma con la santidad y suavidad que le eran características; y esa alma cedió en mucho y procuró complacer al arzobispo. En medio de gran cordialidad se hizo el negocio en octubre de 1943.

Vendido el edificio antiguo a los padres Agustinos Recoletos y el de estilo gótico a la Policía nacional, ¿qué camino cogía el seminario? Respecto al Seminario Menor no había ya problema ninguno puesto que estaba para terminarse la adaptación del inmueble comprado a las ya dichas Hijas de Maria deificadora; mas el Seminario Mayor con todos sus muebles y sobre todo con su biblioteca y museo, ¿a qué lugar se dirigiría? Volvió entonces Dios Nuestro Señor sus ojos al seminario —tan odiado de los sacerdotes que no lo conocen a fondo y que se han guiado por lo que dice el presbítero Roberto González, en momentos de locura, que son muchos, y por lo que ha propalado el presbítero Carlos Vargas Umaña, a quien hubo que sacar del seminario porque llevaba cuentos del Señor Arzobispo— pues

a ese seminario tan odiado, Dios y la Virgen Santísima lo protegen y lo quieren de una manera visible como se verá en seguida. Como contamos con Dios Nuestro Señor y con la Santísima Virgen, como estamos haciendo lo que nos manda el Señor Arzobispo y como éste cumple al pie de la letra lo que dicen en Roma, por eso nunca nos hemos defendido de los ataques que nos hacen, ni hemos tratado de disculparnos ni hemos dado explicación de nuestro modo de proceder.

La curia había ganado el pleito que tenía con doña Alice Block por la quinta llamada "Las Mercedes" (Carrera 7 #71-00) en donde esta señora de nacionalidad alemana tenía un colegio de niñas. En estado casi ruinoso, entregó la dicha señora la quinta (llamada hoy Emaus) y la "Casa de Ejercicios", entidad a cuyo nombre había pleiteado la Curia, comenzó a arreglarla y logró que se dieran en ella algunos ejercicios.

Como el seminario debía entregar el edificio de estilo gótico a la Policía y el viejo a los PP Candelarios, y no se encontraba en la ciudad una casa capaz de servir de seminario, aunque era únicamente para el Mayor, se le pidió al Señor Arzobispo la nombrada Casa de Ejercicios para establecerse en ella. El Prelado convino con esto. Mas el seminario no cabía en ella. Entonces el señor Canónigo D. Gregorio M. Ocampo, encargado de la administración de esta casa, facilitó unos planos de ensanchamiento, que había dibujado el arquitecto Manuel M. Franco, y se convino en que el seminario haría desarrollar por su cuenta esos planos, emprendería la obra del ensanche de la casa, se iría a vivir en ella una vez que ya estuviera lista, por el tiempo que fuera necesario mientras se construía el Seminario Mayor en el "Chicó". Se convino también en que el seminario costearía la edificación, que una vez terminada se establecería allí, que lo que gastara en ella se computaría como valor de los arrendamientos por el tiempo que fuera necesario. Así se hizo. La construcción comenzó en los primeros días de diciembre de 1943 y se terminó en abril o mayo de 1944.

Se hizo todo empleando materiales buenos y vino a costar alrededor de $40.000.

Mas el trabajo de señor presbítero Ernesto Solano, nombrado Prefecto General desde diciembre, y el mío, fue una cosa de lo más pesada que pueda imaginarse.

La Biblioteca

Primero había que llevar a cabo la entrega de 11.477 volúmenes de la Biblioteca Nacional que estaban en la biblioteca antigua del Seminario; pues los libros arrebatados a los conventos de Bogotá en el año de 1861 cuando ocurrió la persecución religiosa del General Mosquera, son hoy propiedad del Estado.

Conviene hacer una explicación antes de seguir adelante.

Había en las dos bibliotecas del Seminario tres clases de libros; a) unos que habían sido del convento de los Capuchinos de Santafé y que se quedaron allí cuando los frailes, españoles todos según parece, salieron para su patria en los días de las luchas por nuestra independencia (1823?). En junio de 1823 el Congreso de Colombia decretó lo siguiente: … "Art. 1— Habrá en esta ciudad un Colegio de Ordenandos. Art.2— Se aplican al expresado establecimiento el edificio que ocupaban los Padres Capuchinos, sus alhajas y paramentos, y LOS LIBROS de su biblioteca, que juzgue útiles el poder ejecutivo, oído el informe del discreto provisor, agregándose los restantes a la Biblioteca Nacional" (José Restrepo Posada, El Seminario Conciliar de Bogotá, página 20, 1940).

b) La otra clase libros era la que en el año de 1894 mandó la Biblioteca Nacional para el Seminario. Según el informe del Director de la Biblioteca, que era en ese entonces don Enrique Álvarez Bonilla, dice: … "con motivo de haber comprado el Gobierno Nacional la Biblioteca de Quijano Otero y siendo muy estrecho el local, se resolvió que pasaran al Seminario los libros de teología, derecho canónico, &" Estos libros eran 11.477. El 29 de septiembre de 1938 reclamó la Biblioteca Nacional esos libros para sí. Los superiores del Seminario ignorábamos en absoluto la procedencia de esos libros. Mons. Luis Concha, Mons. José Vicente Castro Silva, el presbítero Luis Jorge Tejeiro, el presbítero Luis Rubio Marroquín y otros sacerdotes habían estado varios años arreglando toda la biblioteca, en la que estaban incluidos esos libros, sin pensar que no fueran todos de propiedad del Seminario. Por desgracia el Rector del seminario en esa época de 1894 y el Arzobispo no dieron ningún recibo ni se hizo ningún inventario. El asunto era muy oscuro porque en el asiento de los libros de la Biblioteca Nal. figuraba que habían pasado al seminario once mil cuatrocientos setenta y siete libros, pero no decía cuáles libros.

Unos meses después se nombraron Árbitros de Honor para resolver las muchas dificultades que se presentaron entre el Seminario y la Biblioteca Nacional, al Dr. Víctor E. Caro, por parte del Gobierno, y al Dr. José Joaquín Casas, por parte del Seminario. En abril de 1940 estos señores presentaron su arbitramento. Ese documento decía: "1. El Seminario entregará a la Biblioteca Nacional todos los libros de la biblioteca particular que lleven el sello de la Biblioteca Pública de Bogotá y todas las obras profanas que posea, en ediciones anteriores a 1894. 2. Hecha esta entrega se verá cuál es el saldo que queda para completar los 11.747 (sic) recibidos. El Seminario formará dos lotes con un número de libros en cada lote igual al de dicho saldo, y la suerte decidirá el que debe entregarse a la Biblioteca Nal. 3. El Seminario y la Biblioteca Nacional se obligan en lo futuro a

hacerse canjes de libros, bien para completar colecciones, bien para obtener las que alguna de las partes tenga duplicadas".

Comencé yo a trabajar con algunos seminaristas para llevar a cabo lo convenido por parte del Seminario, y el señor Juan B. Medina por parte de la Biblioteca Nacional, con algunos empleados de ésta. Este señor tal vez creyó que había cogido el cielo con las manos, por la retribución que podrían darle. Parece que fue el alma del movimiento a favor de la Biblioteca Nacional y en contra del Seminario, a pesar de haber sido seminarista.

Ya el señor Bueno con permiso del rector, había estado anteriormente escogiendo libros, aquellos que a él le parecían y que creía que pertenecían a la Biblioteca Nacional, con el criterio de que como el General Mosquera se había apoderado de los libros de los conventos, todos los que tuvieran sello o señal de que habían sido de una casa religiosa, eran de propiedad de la Biblioteca Nacional. Como si el Seminario no hubiera podido adquirir libros de algunas de las casas religiosas por otro medio distinto del traspaso de la Biblioteca Nacional a la del Seminario.

Basado pues, en este criterio, comenzó el señor Bueno a sacar de los estantes los libros que iba encontrando con señales de las bibliotecas de los religiosos e iba formando montones con los libros de cada una de esas casas. Entonces Mons. José Manuel Díaz mandó suspender esto –ya no había por donde entrar a la biblioteca— y comenzó las gestiones para ponerse de acuerdo con don Tomás Rueda Vargas, director de la Biblioteca Nal., sobre cuáles eran los libros que deberían enviarse a la Biblioteca Nacional y cuáles los que deberían quedarse en el Seminario, pues el número 11.477 no se discutía. Esto se arregló con los árbitros, como se dijo antes. Pero el desarreglo que hizo el señor Bueno tuvo por consecuencia el imponernos el trabajo más arduo que pueda imaginarse.

Después de hacer varios proyectos para realizar la escogencia que había de hacerse entre unos 25.000 volúmenes que tenía la Biblioteca del Seminario, se convino con Bueno que de nuevo se pondrían los libros en los estantes, pero como ya no era posible —sí habría sido posible y menos laborioso que lo que se hizo— colocarlos en los puestos que tenían antes, se pusieron en cualquier parte y comenzamos a numerarlos, con números hecho en papel por medio de una numeradora de la Bibliotecas Nacional; la numeración empezó desde 1 hasta un poco más de 20.000. A medida que se iban numerando así, se hacía con lápiz una tarjeta provisional de cada uno de los libros, en la cual figuraba el número que se había puesto en el lomo, el autor, la materia —cosa importantísima para la distribución— el número del tomo si eran varios los de una obra, el año y el lugar de la impresión. Cada tarjeta en esta forma equivalía, como es claro, a un libro; podían juntarse (porque se ponían en orden alfabético) las varias tarjetas de las obras que tenían varios tomos, se veía si faltaban o no tomos, cuáles eran las obras

repetidas, cuáles tenían el sello de la Biblioteca Pública, cuáles eran las profanas editadas antes de 1894, y así podían formarse los "dos lotes" de libros de que habla el número dos del Arbitraje, para sortearlos. Se convino además que a medida que fueran haciéndose las tarjetas, fueran escogiéndose y poniéndose aparte los libros que aparecieran con el sello de la Biblioteca Pública. Estos eran bajados a un cuarto menos oscuro y estrecho. Estos libros sellados no sólo se bajaban al lugar referido, sino que con una máquina de escribir que trajo de la Biblioteca Nal. el señor Bueno, se hacía una lista por duplicado de ellos y se iban enviando a la Biblioteca Nal. Bueno se llevaba una copia y me dejaba otra a mí y firmada por él, en calidad de recibo. Esto mismo se hizo después con los libros, que luego de sortear dos grupos de tarjetas que se había hecho iguales en número y más o menos semejantes en cuanto a la materia, calidad, fechas y autores, salían en suerte ya para la Biblioteca Nacional ya para el Seminario. Y lo mismo se hizo con los libros profanos editados antes de 1894.

Pero como era físicamente imposible que yo ejerciera la vicerrectoría del seminario, dictara clases de geografía, no dejara de ir a la catedral con el seminario ni tampoco a los paseos, que escribiera las tarjetas, buscara los libros, los bajara a su lugar, &., tuve que valerme de seminaristas. Muchos de ellos iban de mala gana y hacían mal el trabajo; entonces había que corregir aquello; otros como Ricardo Pombo, Hernán Jiménez, Pablo Henao, Hernando Barón, Hernando Guevara y Eduardo Londoño trabajaron con interés y abnegación, poniendo en peligro sus estudios. Yo procuraba en cuanto era posible que sólo se trabajara en los recreos y en horas que no fueran indispensables, para evitar ese peligro. También me valí de algunos seminaristas del Menor quienes con mucho gusto me ayudaban en algunos recreos a trasladar libros de un lugar a otro.

Los libros estaban llenos de polvo y a pesar de que se compró una máquina eléctrica para absorberlo y máscaras para evitar sorberlo nosotros, no obstante comencé a toser, a sentirme enfermo. Tenía que salirme los martes y los jueves, a las dos de la tarde y sin que nadie lo supiera, a respirar el aire libre de los cerros de Chapinero. Esto me dio fuerza y por la misericordia de Dios, me evitó una tuberculosis aunque me dejó una bronquitis crónica.

A fines de 1943 (el inmueble se acababa de vender a los PP. Candelarios) debíamos haber terminado todo el trabajo, mas desgraciadamente el diablo, que nos rodea como león rugiente, fue a dar a la biblioteca del seminario y trató de acabar con lo que estábamos haciendo todos únicamente por bien del seminario. Un seminarista, tal vez con buena intención, le dijo a Mons. Díaz que Ricardo Pombo y Pablo Henao —quienes ayudaban de manera muy eficaz— se portaban mal. Lo que hizo que Mons. Díaz no quisiera excusar de exámenes a estos dos jóvenes a pesar de que se lo pedí con instancia. Estaba temeroso de ellos y yo tuve que privarme de su

cooperación. No sé a las claras de qué se les acusó, fuera de fumar cigarrillo que yo mismo les daba como prevención higiénica. Despachados estos dos jóvenes, por el momento no me atreví a llamar a otros y viendo que me era imposible trabajar yo solo y estando tan delicado de salud y tan ocupado en todo lo demás del seminario pensé dejar las cosas como estaban en ese momento y retirarme de la biblioteca.

Pero yo no estaba trabajando allí por Mons. Díaz (quien comenzó sin decirme nada a sentirse fastidiado conmigo) ni siquiera por el seminario, sino por Dios y únicamente por Dios; y entonces resolví seguir trabajando y hacer cuanto pudiera hasta que se me acabaran las fuerzas. Así lo hice y las fuerzas se me acabaron hasta el presente.

¿Mas qué podía hacer yo solo? Esto era un mal para mí y un mal para el seminario. Resolví entonces seguir, pero acompañado. Llamé a otros seminaristas —a Hernando Barón como director— hice nueva distribución del trabajo y comencé con el nuevo grupo a procurar sacar bien al seminario en este arreglo con la Biblioteca Nacional.

Quedaron, en esta última etapa varios errores que no podían corregirse porque el tiempo apremiaba y los colaboradores se equivocaban con frecuencia. ¿Pero qué remedio?

Por fin el día 6 de diciembre de 1943 se entregaron los 11.477 volúmenes y el señor Bueno me dio el recibo de ellos sellado y firmado por él. Todas las listas de los libros enviados a la Biblioteca Nacional y que fueron firmadas por el dicho señor Bueno, quedaron depositadas en la Secretaría. La TERCERA clase de libros la formaban aquellos que el seminario había adquirido principalmente por donaciones de los arzobispos de Bogotá, de otros obispos y de varios sacerdotes. Había también libros que fueron comprados con dinero de la Librería del Seminario.

Entre los donantes conviene nombrar al Excmo. Señor Arzobispo Mosquera; el Señor Arbeláez; al Señor Herrera Restrepo; al Señor Esteves, obispo de Santa Marta quien le regaló al seminario toda su biblioteca; al Señor Luis Concha, obispo de Manizales quien regaló obras de grande importancia tales como el Diccionario Arqueológico y Litúrgico y las Fuentes de Derecho Canónico del Cardenal Gasparri; el Señor Obispo de Cali, Luis Adriano Díaz. Entre los sacerdotes figuran en primera línea el señor canónigo D.D. Francisco Javier Zaldúa quien dejó para el seminario en su testamento muchas de las mejores obras de teología, derecho canónico, sagrada escritura &. Merecen mención especial las ediciones de las obras de S. Tomás, Suárez, S. Agustín y otros Padres de la Iglesia. Estos libros donados por el doctor Zaldúa vinieron a ser la base por su número e importancia de los que se llamó en el seminario "La Biblioteca Zaldúa". También fue enriquecida la dicha

biblioteca con los libros que dejó al morir Mons. Rafael M. Carrasquilla. Así como los que han regalado Mons. Andrés Restrepo Sáenz (que han sido bastantes y buenos), Mons. José Restrepo Posada, el presbítero don Mario Germán Romero —quien por muchos motivos puede decirse que ha sido el alma de la biblioteca—, el presbítero D. Bernardo Sanz de Santamaría, los superiores del seminario y varias otras personas. Los libros regalados por estos sacerdotes y los comprados en los últimos años —de 1925 en adelante— estaban en "La Biblioteca Zaldúa", habían sido ordenados por materias, con mucho cuidado y esmero, y escrupulosamente se estaba haciendo un catálogo provisional, cuando ocurrió la venta del seminario y la entrega a la Biblioteca Nacional de lo que ella reclamó. Todos estos libros no entraron en la repartición ni el arreglo con la referida biblioteca. Al verificarse el traslado de los 20.000 o más volúmenes que aproximadamente le quedaron al seminario hubo que amontonarlos de cualquier modo en los salones que estaban destinados para biblioteca en el edificio nuevo. Mas no había estantes, entre otros motivos porque al tratar de desarmar los que estaban sirviendo en Bogotá, se volvieron pedazos. Hubo que mandar hacer nuevos y naturalmente estos debían ser de determinado tamaño y construcción y de tal manera que quedaran bien en los sitios escogidos de antemano. Se mandaron hacer de madera y no metálicos porque el precio de estos era bastante subido. Terminados los estantes hubo que emprender el trabajo de distribuir los libros por materias y de ir colocándolos en sus respectivos lugares. Como al quedar ya arreglados en los estantes, aparecieron muchos repetidos, se obtuvo el permiso de venderlos. Así se hizo poco a poco. Unos los compraron los seminaristas a bajo precio; otros personas particulares. Ese dinero sirvió para adquirir libros nuevos y aliviar a la Librería del Seminario que es la que ha sostenido el costo, no pequeño, de libros traídos de Europa. Yo no me atreví a intervenir en la distribución de los incunables cuando llegó el momento de hacerla. Mons. José Manuel Díaz se encargó de eso; y por tal motivo en el encabezamiento de la lista que se hizo de ellos se encuentra lo siguiente: "Estos libros incunables le tocaron a la Biblioteca del Seminario de Bogotá en la repartición que se hizo entre el señor Juan Bueno Medina, empleado nombrado por la Biblioteca Nacional y Monseñor José Manuel Díaz, rector del Seminario de Bogotá. 1942". Posee, pues, el seminario ONCE INCUNABLES verdaderos y generales impresos entre los años 1487 y 1500. Además otros locales que fueron impresos por primera vez en varios países. Estos van desde 1503 hasta 1528. Suman por todos 42.

Cuando se estaba haciendo la escogencia de los libros para enviar a la Biblioteca Nacional, un fraile obtuvo permiso de entrar a la biblioteca del seminario, dizque para consultar ciertas obras. Un día vio un seminarista que al salir el referido padre del seminario dejó caer involuntariamente unos libros que llevaba escondidos; siguió aprisa, y los que habían caído fueron recogidos. Este padre no

sólo consultó lo que necesitaba, sino que se llevó los tres incunables siguientes: "Sanctus Thoma Aqui. Opuscula. 1488. Beatus Antoninus Archiepiscopus Florentinus. Prima pars operum. Lug. 1500. Bandelus de Castro Novo, Disp. solemnis de Conceptione B.V. 1502".

Hicimos toda clase de diligencias para recuperar esos tesoros. Primero le dimos cuenta al Señor Arzobispo quien nombró al Excmo. Señor Luis Andrade Valderrama para que tratara el caso. Se habló con el Señor Nuncio, con los superiores locales de ese padre, con los superiores de esa orden que residían en otras partes de la república, con el superior general de esa misma orden que casualmente vino a Bogotá un poco después. Nada se logró. Los libros se perdieron.

El trasteo

Pero era necesario, como venía contando, hacer el trasteo de todo lo que había en el seminario: cocina, comedor, dormitorios, clases, gabinetes, dentistería, enfermería, museo (lo más delicado), bibliotecas y capillas, &.

Como primero se vendió a los PP. Candelarios el edificio en el que funcionaba el Seminario Mayor y como por el momento no se pensó en que el Seminario Menor (la parte gótica construida bajo la dirección del Arnot, montforciano, y por orden del arzobispo Herrera Restrepo) pudiera venderse pronto y en buenas condiciones, el trasteo comenzó por pasar todo lo del seminario Mayor al Menor. Ya habíamos trabajado bastante y habíamos trasladado el museo —cuidadosamente envueltos todos los cuadros y demás cosas—, parte de la biblioteca, casi toda la sacristía, &. al dicho edificio y a una parte del antiguo convento de las Monjas Carmelitas que pertenecía al seminario y que estaba comunicado con él, como se explicará después.

Verificado este primer movimiento de muebles y demás, se hizo el negocio de la venta del edificio gótico, con la Policía Nacional y hubo necesidad de colocar de nuevo muchas cosas en sus antiguos puestos, mientras se comenzaba el trasteo general hacia Chapinero.

Se hizo una lista de los seminaristas que debían ayudar a este traslado, lo que fue una verdadera revolución; mas es justo dejar aquí constancia de los que se dedicaron a ello con más interés: Eduardo Londoño, Isaac Montaño, Fidel Bahamón, Gustavo Ferreira, Hernando Guevara, Alfonso Henao, Germán y Alfonso Rojas, Jesús M. Marulanda, José M. Escobar, Guillermo Díaz y otros que quedan sin nombrar.

Como había mucho mueble roto e inútil, trastos viejos acumulados en sótanos durante varios años, el doctor Ernesto Solano vendió todo esto a bajos precios y este dinero sirvió para pagar el acarreo de lo del Seminario Mayor; pues el valor de lo del Menor lo cubrió el síndico, señor canónigo D. Luis Gómez Brigard. Verdad es que en Emaús, en donde tenía que estrecharse el Mayor, no iba a caber casi nada y por eso mucho de lo del Mayor pasó a poder del Menor: loza, asientos, muebles, bastante de lo de la capilla. Pero un buen número de lo mucho que había en el Mayor quedó en depósito en unos salones bien cerrados del antiguo seminario y en manos de los PP. Candelarios; entre otras cosas, el museo, pero debidamente empacado y bien guardado todo.

El seminario había comprado la casa de las monjas del Carmen que tenía el frente hacia la carrera cuarta y cuyo interior lindaba con el dicho seminario. Se compró por cerca de $100.000; mas no se dio este dinero, sino que se hizo con él un convento magnífico en Chapinero, en el cual están establecidos el noviciado, el convento y una bella iglesia semipública. Hacía unos dos años que de esa casa se había separado la parte interior y se había agregado al seminario. La otra parte, que tenía entrada por la carrera cuarta, se había arrendado. Ese interior se arregló lo mejor que se pudo y allí tenían sus habitaciones los estudiantes de teología. Vivían muy sabroso pues estaban en independencia de los demás seminaristas, con libertad, y además de las habitaciones tenían un patiecito con jardín y claustro para estudiar y pasearse. En el patio había una estatua pequeña de Nuestra Señora de Lourdes, la que fue cambiada después por la que los estudiantes de teología me habían regalado el 28 de octubre de 1942, XXV aniversario de mi ordenación sacerdotal. Los seminaristas que vivían en ese hogar lleno de ambiente santo y de tranquilidad, que me habían regalado la referida estatua —la que pasó después a Emaús y cambiada por otra llegó hasta el seminario Mayor— fueron los siguientes: José Gabriel Calderón, Alfredo Ortiz Ayala, Pablo Barragán, Manuel José Rodríguez, Carlos Hernando Rodríguez, Joaquín García Ordóñez, Siervo de Jesús Cruz, Rafael Ovalle, Manuel Ricaurte, José del Carmen Castañeda, Alberto Uribe Urdaneta, Marco A. Castro.



Sacerdotes ordenados en noviembre de 1942, últimos que se formaron en el seminario de la calle 0nce. De pie: José Gabriel Calderón, José del C. Castañeda, Siervo de J. Cruz, Manuel Ricaurte, Joaquín García Ordóñez, Pablo Barragán. Sentados: Manuel José Rodríguez, Alfredo Ortiz, Carlos H. Rodríguez, Masco A. Castro, Alberto Uribe Urdaneta, Rafael Ovalle.

Estos doce seminaristas fueron ordenados de sacerdotes el 8 de noviembre de 1942. Qué grandes sacerdotes han sido todos. Además vivían en aquel lugar de recogimiento los seminaristas Carlos E. Munar, José Serafín Rojas, Urbano Quintero y Olegario Rojas, todos ejemplares. Mas siendo de la diócesis de Garzón fueron a ordenarse a ella a fines de 1942. Pues este claustro recogido, sus celdas, su patio y jardín, todo su encanto, se dejó para siempre; pero se les dio temporalmente a los padres Candelarios a cambio de los depósitos situados en el claustro principal de lo que por muchos años fue el Seminario de Bogotá. Los sacerdotes antes nombrados, fueron los últimos que estudiaron, se formaron y se ordenaron en aquel edificio de la Candelaria tan llenos de recuerdos cariñosos para el clero de la arquidiócesis.

En realidad la incomodidad con que comenzó esta etapa de la vida del seminario al establecerse en Emaús, es casi indescriptible. Lo único que le servía bien al seminario era la capilla a pesar de estar llena de goteras. En cada celdita hubo que acomodar dos seminaristas; mejor, dos camas pues los seminaristas preferían estar por fuera para poder estudiar. Los de estudios de filosofía dormían en un salón situado debajo de la capilla pero tan pequeño para el efecto, que no permitía sino las camas y esto con una pequeña separación entre una y otra. Al construir el seminario el tramo nuevo de Emaús tuvo el cuidado de que en la planta baja quedaran las celdas, unas con vista al oriente y otras hacia el occidente, y que en la

planta alta hubiera unas celdas y unos salones para dictar las clases. Estos eran largos y angostos para que pudieran dividirse en celdas una vez que el seminario se trasladara a su edificio del Chicó. Cuando el seminario llegó a Emaús, la parte nueva no estaba del todo concluida. Los seminaristas no podían ni dormir, ni permanecer en las celdas del piso bajo porque estaban todavía. Entonces hubo necesidad de permitirles a algunos que pasaran la noche en sus casas, y a otros que fueran al seminario Menor, en donde los atendieron con todo cariño y con tales cuidados que se sentían con toda comodidad. Tanto los que iban a sus casas como los que dormían y se desayunaban en el Menor, salían del seminario por la tarde y regresaban al Mayor a las seis de la mañana para asistir a misa. Esta situación duró más de un mes. De nuevo se ensayó usar las celdas recién construidas, y segunda vez hubo que mandar seminaristas a dormir fuera de Emaús.

Este trajín principió el día 27 de febrero del año 1944 y terminó a fines de 1946.

El señor Arzobispo me ordenó que los días que se habían perdido por la demora en abrir el seminario, se repusieran suprimiendo unos días de asueto. Así se hizo; pero más fue esto en teoría que en práctica, pues muchos de los profesores tenían arreglado su tiempo de tal manera que no les era posible concurrir en los días de asueto suprimidos.

Por fin sirvió la casa, pero repito con mucha estrechez e incomodidad. Se usaban los muebles, la loza, los manteles y cubiertos, los trastos de cocina, los catres en que dormíamos —casi todos rotos— todo de propiedad de la Casa de Ejercicios. Lo mismo tuvo que hacerse con mucho de la capilla, pues todo lo que estaba bueno y servía pasó al uso del seminario Menor, como ya se dijo.

Es curioso observar que los seminaristas con el cambio de local, cambiaron también de modo de ser en varios aspectos: cierta monotonía, una como apatía general, algo así como bobería o timidez reinó en muchos y en la comunidad cuando estábamos en Bogotá; y tanto los sacerdotes extraños, como los profesores y nosotros los superiores vivíamos preocupados con esto. Tomamos las medidas que nos parecieron más oportunas para corregir este mal, mas poco logramos. Con el cambio de edificio, el aire puro, los árboles, el cerro, la luz que penetra por todas partes, el campo abierto, &, los seminaristas salieron de este estado sicológico. La monotonía desapareció, la bobería se cambió en viveza, en alegría, en vida y movimiento. El espíritu que reinaba allí no podía ser mejor: profunda piedad, confianza mutua, caridad en todos. Pero el estudio sí se perjudicó mucho, y esto desagradó a Mons. Díaz con toda razón. El reglamento tampoco podía observarse en muchas de sus partes por causas enteramente locales; pero esta deficiencia procuró suplirse, en cuanto fue posible, con más interés y atención de superiores y prefectos.

Bendito sea Dios; bendita sea Nuestra Señora.

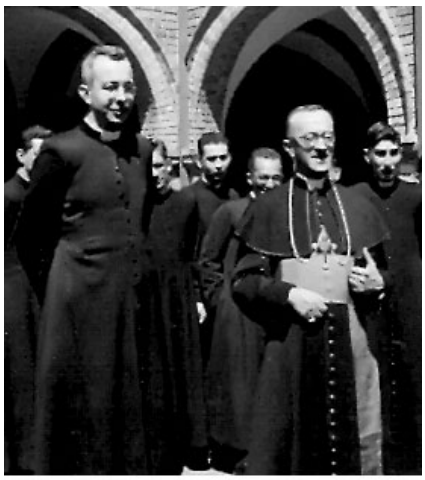
Mi retiro del Seminario

Al poco tiempo de estar en Emaús empecé a sentirme físicamente cansado, noté que la memoria se me disminuía y unas neuralgias fuertes me acometían con frecuencia. El corazón comenzó a molestar y estuve en cama varios días.


Mons. José Manuel Díaz

No pude estarme callado cuando supe que un sermón magnífico que pronunció Mons. Díaz en la catedral, fue criticado por el P. Félix Restrepo s.J. y que esta crítica se hizo pública en una hoja mimeografiada que andaba por varias manos, claro sin la firma del padre. Además el P. Vicente Andrade s.J. acometió por todos medios que estuvieron a su alcance, el querer dictarles a los seminaristas la clase de sociología que estaba haciendo Mons. José Restrepo Posada. ¿Cuál era el interés del P. Andrade? ¿No sería informarse de la vida del seminario? Estas y otras cosas me hicieron quebrantar la prudencia y hablaba claro con los seminaristas que iban a mi cuarto a interrogarme. Entonces el Señor Perdomo, que probablemente supo lo que ocurría, me dijo en una ocasión que probablemente tenía que darme otro puesto. Yo no le pregunté la causa y le dije que podía hacer conmigo lo que quisiera, pues estaba listo a obedecerle. Pero esto al fin no paró en nada.

Además noté que Mons. Díaz se veía en la necesidad de prescindir de mí para varias cosas y que acudía al Dr. Solano que era el prefecto general.


Mons. Pablo Correa
Mons. Alfredo Rubio Díaz

Hubo unos ejercicios espirituales y en ellos me puse a pensar en todo lo anterior y saqué la consecuencia de que era necesario, para bien del seminario, el que yo me retirara. Mas como no veía con toda claridad, le escribí una carta al señor pbro. Alfredo Rubio quien conocía la índole del seminario, tanto la del Menor —donde era el segundo de los superiores— como la del Mayor. Varios puntos le expuse tanto para el caso de que tuviera que quedarme como para la conveniencia de irme. Le manifesté que me sentía resuelto a

cumplir lo que él me aconsejara, que yo no tenía queja ninguna ni de mis compañeros ni de los seminaristas, que tanto el retirarme como el quedarme, lo hacía únicamente por agradar a Dios. La carta nunca me fue contestada. Entonces pensé que si el Dr. Rubio opinaba que me quedara en el seminario, me lo habría dicho; pensé que su silencio era señal de que opinaba la conveniencia de mi retiro y que lo hacía así porque le quedaba muy forzoso decírmelo con claridad.

Con tales reflexiones y delante de Dios, vi que lo que había que hacer era dejar el seminario.

Cuando Mons. Díaz lo supo me dijo que si yo lo había pensado así, él no se oponía, pero que hablara con el Señor Perdomo. Así lo hice y el santo Prelado también convino en mi retiro, pero me pidió que se lo dijera por escrito.

Como me puse en extremo nervioso, le dije a Mons. Díaz que me hiciera el favor de redactarme la renuncia, y él convino. En ella manifiesto que "mi salud, notablemente quebrantada últimamente, me hace pensar que los oficios y graves responsabilidades del cargo de Vicerrector del Seminario… son ahora más que nunca muy superiores a mis escasas fuerzas y capacidades…" El Señor Arzobispo contestó al día siguiente 8 de diciembre de 1945. "En vista de las graves y muy justas razones expuestas por S.S. así de palabra como en su carta de fecha de ayer, me veo en la necesidad, muy penosa, desde luego, de atenderlas y de acceder a la reiterada solicitud que S.S. me ha hecho de que lo exonere de los oficios y responsabilidades de su cargo de Vicerrector del Seminario… Teniendo en cuenta, por otra parte, su reconocida e invariable voluntad de atender por sobre todo al mayor bien del seminario, me sería muy grato que S.S. no se retirara de él, sino que siguiera prestando a esa obra, que es la primera y más importante de todas en la Arquidiócesis, el valioso concurso de su experiencia y de sus luces, y muchos otros importantes servicios, que de S.S. podemos y debemos esperar. De S.S., afectísimo amigo y Prelado, Ismael, Arzobispo de Bogotá".

Me retiré, pues, del Seminario el día de la fiesta de la Inmaculada Concepción; pero en vista de que el Señor Arzobispo me dijo en esa comunicación todo lo que subrayé, me quedé en el seminario haciendo lo que podía y ayudando en varias cosas, especialmente en el arreglo y catalogación de la biblioteca.

EL CHICÓ

Habiendo dispuesto la Santa Sede que se construyera el seminario de Bogotá fuera de la ciudad, Mons. José Manuel Díaz como rector, el canónigo D. Luis Gómez Brigard como síndico de todo el seminario (Mayor, Menor y Apostólica) y director del Menor comenzaron a trabajar para llevar a cabo la construcción ordenada. Pero

como esto no podía estar oculto y trascendió al público, muchos fueron los pareceres ya respecto del lugar donde debía edificarse; ya al modo y el estilo; ya a la separación del Mayor y del Menor. Unos opinaban por una separación no absoluta sino dentro de una sola edificación, otros por el contrario decían que debía ser absoluta y mil otras cosas opinables. La Junta Protectora de Vocaciones Sacerdotales, compuesta de eminentes caballeros y llena de interés por el seminario, fue nombrada asesora de la Sindicatura y como tal intervino en los preparativos para la consecución del lugar y para la edificación. Vio un día que tenía que ayudar a levantar el seminario y resolvió poner todos los medios que tenía a su alcance para lograr aquello. Se habló entonces de buscar los sitios más apropiados. En diferentes partes de los contornos de la ciudad había lugares más o menos adecuados y de varios de esos se trató en las juntas reunidas con ese objeto. Diversos lotes fueron visitados por los superiores y por los miembros de la referida junta. ¿Mas para qué buscar lotes si el Seminario es dueño de cerca de 600 fanegadas en Techo? Entonces se formaron dos grupos ambos compuestos de miembros de la junta y de superiores. Los unos querían que se hiciera el seminario en Techo y alegaban como argumentos en su favor la economía que se haría al no tener que comprar terreno alguno, la belleza del lugar en plena sabana, la facilidad de los transportes, &. Los del otro grupo tenían argumentos en contra de la conveniencia de ese lugar. Decían que muchas de esas fanegadas podrían venderse a buen precio y con ese dinero adquirir sitio en otra parte, que se sabía que las fábricas en su mayoría serían ubicadas por esas regiones, que no dejaba de ser inconveniente el campo de aviación tan cerca al seminario, que se veía difícil el proveerse de agua del acueducto sobre todo en tiempo de escasez, &. Se le pidió concepto al grande arquitecto urbanista, doctor Brummer, y él se trasladó a Techo con varios miembros de la Junta Protectora de Vocaciones y con algunos de los superiores, estudió el terreno y dio su informe escrito, con técnica y precisión, manifestando que no le parecía que se construyera el seminario en aquel lugar.

Descartado lo de Techo se siguió pensando en otros lotes que ofrecían algunas personas. Entre otros vimos uno muy bello de propiedad de las Hermanitas de los Pobres, situado a unos tres o cuatro kilómetros al norte de Usaquén, que tenía un precio módico pero que era escaso de agua y la poca que tenía no daba garantías de potabilidad.

Hubo otro unas cuadras más allá de Usaquén que nos gustó a todos y vimos que era muchísimo mejor que el anterior: 89 fanegadas, unas pocas casi planas, las demás de cerro y montaña, con cerca de 3000 eucaliptos, mina de arena y agua propia. El dueño, un gran cristiano y un verdadero caballero, don Enrique Silva Rey, y además miembro de la Junta Protectora de Vocaciones, le vendía este lote al Seminario por $25.000. Baratísimo. Se resolvió comprarlo, mas al examinar las escrituras se encontró una confusión tan grande respecto a los muchos dueños del

torrente de agua que corría por la finca, que hubo que prescindir de ese negocio. La Providencia divina siguió manifestándose también en esto, pues al poco tiempo se estableció cerca de dicho lote, que llamaban "Pañuelito", dos restaurantes, la "Bella Suiza' y el "Moise" cuya vecindad habría sido un grande inconveniente para el seminario. Otro lote ofrecieron cerca del "Estadio del Campín", y, según me parece, se lo daban al Excmo. Señor Juan M. González muy barato. Mas vimos todos que el sitio no podía ser peor; rodeado de barrios obreros, de difícil comunicación con el centro de la ciudad y con servidumbres de alcantarillas.

El Presidente de la república, Alfonso López, tenía grande interés por continuar la Ciudad Universitaria y hacer de ella un lugar propio y atractivo para los estudiantes y para lograr su propósito, había hecho figurar en los planos, no sólo los diferentes edificios para las diversas facultades, sino jardines, avenidas arborizadas, campos de juegos, residencias para los jóvenes, &., sino también una iglesia central para el ejercicio del culto católico, para conferencias religiosas, para que fuera centro de verdadera cultura y por tanto de moralidad. Y teniendo el gobierno un terreno bastante grande para realizar todo aquello, ofreció un lote de varias fanegadas para que allí se construyera el seminario y que esta entidad tuviera allí sus facultades de filosofía y teología, se encargara de la parte religiosa de la universidad y le diera un ambiente de seriedad, de estudio, y, si fuera posible, de piedad. El edificio del seminario lo construiría el gobierno sobre planos presentados por el mismo seminario y estudiados por los arquitectos del gobierno, o al contrario. Me parece que se había proyectado que al gobierno se le entregara como pago o parte de pago el edificio de la calle once continuo a la iglesia de La Candelaria, lugar en donde estaba funcionando todavía.

La propuesta presidencial pareció halagüeña. Nos trasladamos a la Ciudad Universitaria Mons. José Manuel Díaz, el señor pbro. D. Enrique Pérez Arbeláez —comisionado por Mons. Brigard, quien había hablado con el presidente López— algún otro sacerdote y yo. Escogimos un lugar bastante al occidente del centro y junto a una carretera que iría directamente al corazón de Bogotá.

Pero pensando las cosas despacio, vimos que aceptar aquella propuesta, traería para el futuro varios inconvenientes tales como quedar el seminario enclavado en la universidad y por tanto sometido muchas veces a las disposiciones gubernamentales del ministerio y de la misma universidad; que si el seminario pudiera hacerle algún bien a la universidad estando materialmente metido en ella, era fácil que aquella le hiciera mal al ambiente santo y recogido de los seminaristas; que podríamos vernos comprometidos a participar , aunque de modo pasivo, en los desórdenes, huelgas, carnavales y demás actividades bulliciosas de los estudiantes; que dada la situación religioso—política de la república, no sería bien visto que esta construyera el seminario. Mientras menos le deba la Iglesia al

Estado, tanto mejor. Algunas otras consideraciones de diversa índole, enunciadas casi todas por Mons. Díaz, nos determinaron a dar las gracias y a no aceptar aquella propuesta que a primera vista era llamativa.

Como pasaron meses y como pasaron años sin que nada pudiera resolverse, el Excmo. Señor Arzobispo Perdomo dio un decreto el 8 de diciembre de 1939 que dice: "Nos Ismael Perdomo Arzobispo de Bogotá… Considerando: 1. Que el edificio de nuestros Seminario Conciliar no responde a las necesidades de esta institución, y que, según instrucciones de la Santa Sede, era nuestro deber el considerar la conveniencia de construir uno nuevo y en las condiciones más ventajosas; 2. Que atendiendo el desarrollo y movimiento de la ciudad, creemos más conveniente a las exigencias higiénicas y pedagógicas de la formación de los seminaristas el construir fuera de ella el nuevo edificio para el seminario; 3. Que según el parecer del venerable Capítulo Metropolitano y la Junta Asesora de la Sindicatura del Seminario, se debe acometer cuanto antes esta obra de inaplazable necesidad; y 4. Que según nuestra propia convicción, en vista de la gloria de Nuestro Señor y de la salvación de las almas, es nuestra primera y más sagrada obligación pastoral (Pío XI, encíclica "Ad Catholici sacerdotii) el atender con la mayor solicitud a la formación de nuestro clero arquidiocesano, DECRETAMOS: 1—Encomendar a su Excelencia Reverendísima, Mons. Juan Manuel González, arzobispo coadjutor, la realización de esta obra, de conformidad con los anteriores considerandos. 2— Para el efecto se constituye una junta presidida por Monseñor González e integrada por el rector del Seminario y por dos o tres caballeros más, con nuestra aprobación. 3— Esta junta para que pueda desarrollar sus labores eficazmente, tiene por nuestra parte todas las necesarias autorizaciones, y procederá dentro de las normas canónicas, de conformidad con las autorizaciones especiales que se obtendrán de la Santa Sede para la pronta y expedita realización de la obra… (La Iglesia. #10, 11, 12 de 1939, pág.289). Entonces con tan hábil señor a la cabeza se formó una nueva junta —como lo ordena el #2 del decreto— compuesta por el señor Arzobispo González, don Rafael Salazar, el Dr. Jesús M. Marulanda. Mas como podría ser esto desagradable para la otra junta, que aunque no había logrado nada, tenía el mayor interés, las conectaron ambas nombrando a D. Luis Enrique Pombo, que es secretario de la Junta Protectora de Vocaciones, miembro de la nueva junta y como lazo de unión entre ambas.

La Junta Protectora de Vocaciones sigue preocupada por todo lo que es del bien del seminario y por la construcción del edificio.

Hubo un proyecto de construcción que me parece que ninguna de las dos juntas lo conoció, presentado por el Dr. Emigdio Esguerra —quien siempre ha tenido mucho interés por el seminario y que lo ha favorecido interviniendo en las ventas de lotes de propiedad del seminario, desenredando la confusión que había en las escrituras

de esos lotes, &.— al Síndico del Seminario, señor canónigo don Luis Gómez Brigard. El tal proyecto se presentó en una maqueta que a primera vista se veía atrayente y por tanto tuvo partidarios. A mí nunca me gustó. Menos a Mons. Díaz.

Entonces Mons. Díaz con su reconocido talento y quien no se conforma con medianías, contrató con la afamada casa constructora "Herrera Carrizosa y Cia." el dibujo de los planos para la construcción del seminario según las ideas que él tenía y con miras hacia el futuro.

Dibujados los planos, y después de algunas observaciones que hicimos los varios superiores a quienes —como era natural— se nos consultó, fueron aprobados y los estimamos como algo grandioso y digno del Seminario de Bogotá. Según esos planos ambos seminarios quedaban en el mismo edificio con la natural separación e independencia. Adelante se verá en qué paró todo esto.

El Excmo. Señor González como presidente de la nueva junta para la construcción del seminario y con el objeto de conseguir recursos apeló a la "Sección de Vocaciones Sacerdotales de la congregación del Sagrado Corazón de Jesús", formada por señoras distinguidas y piadosas de Bogotá y que desde el año de 1921 venía ayudando al seminario y más que al seminario a los seminaristas pobres dándoles libros, vestido &. como quedó explicado anteriormente. Mas quiso el Señor González intercalar a esta fundación otras varias señoras. Esta mezcla debía quedar bajo la dirección de "Artortúa": esto es bajo la dirección de la religiosa de este apellido, quien era superiora de la congregación de las "Hijas de María Deificadora". Esta señora, persona inteligente y buena pero dominada por una falsa mística, debía aconsejar los medios para conseguir el dinero, como lo había hecho —según se afirma— para levantar el seminario de Medellín. Entre los varios modos que aconsejó, en la reunión que hubo en la casa de la congregación, estaban el de recoger envolturas de cierta marca de chocolate, pues presentando a la fábrica unas cuantas de esas envolturas, regalaban una libra de chocolate. También propuso que se recogieran en las casas de Bogotá los frascos desocupados para ponerlos a la venta &.

Esto parece mentira, pero así fue. Las señoras de la Sección de Vocaciones Sacerdotales permanecieron en silencio. Pero ya en la calle hablaron asombradas de lo que habían oído, vieron que esto no conduciría a nada, que era ridículo el medio propuesto y por tanto la mayor parte de ellas, aunque llenas de estimación por el señor González, no volvieron a reunirse bajo la presidencia de la señora Artortúa. Después se supo que el presbítero José Vicente Caro, director de la Escuela Apostólica de S. Benito —para él S. Benito era el verdadero seminario y necesitaba dinero para su obra— asistía a las juntas celebradas en la casa de las Hijas de María Deificadora, y que había recibido algunos auxilios.

Por la misericordia de Dios, todo no fue así.

El Excmo. Señor González acertó en buena hora a comprar el lote de "Patiasao" situado sobre la carrera 7 entre las calles 80 y 81 (como se dijo atrás) y limitado al oriente por la futura carrera 4. No sé cómo consiguió el dinero; pero fue comprado ese lote a razón de $1,26 la vara cuadrada. Con algo más que hubo que comprar después para hacer el lote más regular vino a costar alrededor de $80.000. La adquisición de estos terrenos fue en realidad una cosa muy oportuna pues el lote iba a tener un porvenir muy bueno en un futuro cercano y así fue porque se vendió por partes a buen precio. El plano de los señores Herrera Carrizosa y Cía. se hizo teniendo en cuenta este lote.

Las dos entidades que trabajaban por la construcción del seminario tenían pocas relaciones entre sí, y, aunque no eran opuestas la una a la otra, tampoco se prestaban mutua ayuda; no se sabía con claridad por dónde andaba cada una de ellas.

Se provocó una reunión de la Junta Protectora de Vocaciones ante el Excmo. Señor Perdomo y a ella concurrieron todos los miembros y los que como superiores del seminario solíamos concurrir: Mons. José Manuel Díaz, el señor canónigo don Luis Gómez Brigard y yo. No recuerdo si en esta ocasión ante el Señor Perdomo o en otra reunión ocurrió lo que sigue: Uno de los miembros de la referida junta, el señor Jesús M. Matiz, acababa de llegar de los Estados Unidos a donde había ido por negocios particulares. Mas había llevado —según entendí, esto no lo aseguro— cartas del señor Arzobispo y con ellas se presentó en varios seminarios con el objeto de fijarse en su edificación, tomar algunos datos, &.; pues siendo los Estados Unidos la primera nación del mundo en muchos aspectos, era natural que tuviera magníficos seminarios, como en realidad los tiene. El seminario de Chicago a orillas del lago Michigan, es el más grande del universo. En efecto el señor Matiz vio unos veinte seminarios y concluyó que el plano de los señores Herrera Carrizosa & Cía, no convenía para las necesidades de Bogotá, que por otra parte había observado que todos los seminarios que le llamaron la atención estaban lejos de las ciudades y que "Patiasao" o cualquier otro lote de los que habíamos visto estaban prácticamente dentro de la ciudad. Se discutió largo y la junta resolvió que se desbaratara la negociación con la casa "Herrera Carrizosa y Cía." y se pensara en otra firma.

Mons. Díaz, quien había iniciado el negocio con estos señores, tenía que presentárseles y decirles que ya no. Aquello era muy penoso y no obstante, lo hizo, si bien es cierto que el plano era magnífico, el presupuesto era de un millón de pesos; y ya se sabe lo que son los presupuestos de las edificaciones. La junta nueva presidida por el Señor González comenzó a tambalear. Vino después la disolución de la entidad de las Hijas de María Deificadora y la compra de la casa que ellas

habían construido, el arreglo de dicha casa para el seminario Menor y el traslado a ella.

Funcionaba, pues, el seminario Menor allí y el Mayor en Emaús. Se continuó entonces la lucha para construir el seminario Mayor. No sé cómo lograron hablar Mons. Emilio Brigard y el señor pbro. D. Gregorio N. Ocampo —quien estaba interesado en el asunto, entre otros motivos por ser el administrador de la casa de ejercicios de Emaús— con doña Mercedes Sierra de Pérez para pedirle que vendiera un lote de la hacienda del "Chicó" para construir en él el edificio del seminario Mayor. Alguna esperanza debió de dar doña Mercedes, pues el Excmo. Señor Perdomo la mandó llamar a su Palacio. En dos ocasiones, si no me equivoco, hubo entrevistas y el Señor Arzobispo le hizo reflexiones tan piadosas y serias que ella comprendió que no podía negarse al negocio que el Prelado le proponía. El lote había que comprarlo con agua, pues el acueducto de la ciudad no llegaba a esa región, y este era el principal atractivo del sitio en el cual debía ser levantada la edificación. Siete u ocho fanegadas parecían suficientes para la construcción, dejando naturalmente en los contornos, terreno que la rodeara; mas solo había unas dos o tres de terreno menos inclinado en donde podría levantarse la fábrica; lo demás era cerro pendiente. Se calculaba el valor de la tierra en unos $40.000 y el del agua —que serían dos pulgadas y media— en unos $10.000. Los abogados de doña Mercedes hicieron las escrituras y los ingenieros levantaron el plano del lote y señalaron los puntos principales de los linderos. Hechos estos trabajos, llegó el día en que el Excmo. Señor Arzobispo Perdomo debía firmar la escritura de compra del terreno; mas de nuevo la Providencia de Dios intervino, como ha intervenido en todo lo del seminario, y como lo he repetido y lo repetiré siempre que sea el caso.

¿Qué aconteció? El Señor Arzobispo firmó la escritura pública #25—68 otorgada el NUEVE DE DICIEMBRE de 1942 en la notaría quinta de Bogotá. Escribí con mayúsculas nueve de diciembre, porque probablemente el Señor Perdomo, amante de Nuestra Señora de la Concepción, había puesto en sus manos esta negociación. Pero no sé cómo resultó que el lote fue donado y no vendido por Doña Mercedes al Señor Arzobispo.

Ya contaba el seminario con un magnífico lote. ¿En dónde estaba el dinero para construir? Había una base que constaba de lo que los PP Candelarios y la Policía Nacional —como se explicó al principio— dieron por los edificios de Bogotá; y además, con algo de valor de "Patiasao" que se había vendido en parte, pues el seminario se había reservado una porción que podría serle útil en el futuro considerado el precio alto a que están llegando las tierras del Norte de la ciudad.

Y la Providencia se mostró benéfica una vez más pues la Compañía de Jesús quiso (según nos dijeron) adquirir en el Chicó un terreno que le fuera conveniente para

levantar allí el edificio para los estudios eclesiásticos de la Universidad Javeriana. Uno de los padres jesuitas con algunos alumnos del Colegio del Niño Jesús dirigido por las señoritas Esguerras y que está ubicado en la parroquia de Chapinero, con cuotas recogidas entre los mismos niños y con otros recursos hábilmente conseguidos, levantó a nombre de la referida parroquia una hermosa estatua del Sagrado Corazón de Jesús, en tierras de doña Mercedes Sierra de Pérez, a orilla de la carrera séptima a pocas cuadras al Sur del lugar obtenido por el seminario. Esto se hizo antes de las negociaciones de doña Mercedes con el Señor Arzobispo Perdomo. ¿La dicha estatua se colocó allí, únicamente para que cuando los fieles pasen por delante de ella le rindan homenaje al Sagrado Corazón? Muy probablemente, sí. ¿O fue esto como el primer jalón colocado en este terreno para lograr conseguirlo? También es probable. Pero el Sagrado Corazón de Jesús no les concedió a los PP Jesuitas el terreno que deseaban ni con la colocación de su imagen en ese sitio que es bastante llamativo; y sí le concedió al Señor Perdomo el lote que deseaba y se lo concedió gratuitamente.

Habría sido un mal para el seminario la vecindad, no de los jesuitas, sino de las facultades eclesiásticas. En caso de haber establecido allí esas facultades, era natural que los seminaristas pasaran a recibir las clases de filosofía y teología a la Universidad en donde recibirían grados académicos; sobraban entonces los profesores de esas materias en el seminario, sobraban también los profesores educados en Roma y doctorados allí para profesores. El seminario vendría a ser una casa para que allí comieran y durmieran los alumnos. Habría dos formaciones: la de los superiores diocesanos y la de los padres jesuitas. Vendría entonces la propuesta en firme de que fueran nombrados ellos superiores del seminario.

Pues sin mediar estas circunstancias han solicitado la dirección del seminario y han hecho lo posible por llegar a la rectoría alegando varias cosas que ellos llaman derechos; ¿cuánto más habiendo las circunstancias apuntadas y otras muchas como la de gozar del magnífico edificio y poder disfrutar de las rentas que debe tener el seminario y que a primera vista se suponen cuantiosas?

Pero Dios con su divina Providencia intervino.

Como ya no se contaba con lo que habían hecho los señores “Herrera Carrizosa & Cia.”, se acudió a la firma “Ospinas y Compañía S.A.” Mons. Díaz con la aprobación del Excmo. Señor Arzobispo Perdomo habló con don José M. Montoya ingeniero y arquitecto de fama. Según entiendo dentro de la firma Ospinas y Compañía, hay varios arquitectos y uno de ellos son “Montoya, Valenzuela y Cía”. Con esta entidad se entendió Mons. Díaz. Estos señores dibujaron los planos, hicieron los presupuestos y se encargaron de la edificación. Sobra decir que los planos se hicieron de acuerdo con el terreno adquirido en el Chicó. El doctor Ernesto Solano,

prefecto general del seminario y yo no intervenimos en nada de esto. Solo conocimos los planos cuando ya estaba andando la fábrica.

Hubo necesidad de comprar después un poco más de terreno, y se compró caro. Todavía era necesario adquirir otro pedazo y este lo regaló doña Mercedes. Se agrandó así el área del seminario, no porque hiciera falta para la construcción sino con el objeto principal de que el seminario no fuera a tener en el futuro vecindades inconvenientes.

La Primera piedra se colocó el 29 de junio de 1943. Fue bendecida por el Excmo. Señor Serena, Nuncio Apostólico. Asistieron el Excmo. Señor Arzobispo Ismael Perdomo, Mons. Luis Concha, obispo de Manizales, Mons. Luis Andrade Valderrama, obispo auxiliar de Bogotá, Mons. Emilio Brigard, Vicario General. Además los superiores de las tres partes del seminario, bastantes sacerdotes, los seminarios Mayor, Menor y la Escuela Apostólica.

Mons. Jorge Murcia Riaño —en medio de una fuerte lluvia—pronunció el discurso. Terminadas las palabras de Mons. Murcia y ya bendita la primera piedra, la concurrencia se trasladó al seminario Menor para asistir a la bendición del tramo recién construido en donde se encuentran las aulas de estudio, clases y la capilla provisional. Mons. Emilio Brigard leyó un admirable discurso y con esto terminaron estas dos bendiciones que se hicieron en este día con motivo de la fiesta del Papa. El Excmo. Señor Nuncio Apostólico se dirigió a los presentes, con bellísimas palabras, habló del amor a la Eucaristía, a la Virgen y al Papa como bases de la formación sacerdotal.

Los detalles de estos actos —discursos y demás— se encuentran en “La Iglesia”, #8 de junio de 1943.

El 8 de enero de 1944 se comenzaron los trabajos preliminares para el levantamiento del edifico en la parte menos inclinada del terreno y a unos cien metros al oriente de la carrera séptima. Pocos días hacía que se habían principiado a abrir las primeras zanjas para los cimientos, cuando tropezaron los arquitectos con la gravísima dificultad de que el terreno estaba atravesado por corrientes subterráneas de agua. Uno de los ingenieros que trabajaban con la firma “Montoya, Valenzuela & Cía”, me dijo que posiblemente había que pilotear con madera. El costo de la edificación, por tanto, subiría de precio y se prolongaría el tiempo de la construcción.

Le averigüé qué tanta garantía ofrecían los pilotes de madera y me dijo que la técnica enseñaba que clavados debidamente y con las reglas y cálculos hechos para esos casos, los pilotes no deberían podrirse nunca, pero que él creía que sí se pudrían.

Mons. Díaz, el único de los superiores que se entendía con la edificación ignoraba esto.

Se había convenido tácitamente en que el doctor Solano y yo no interviniéramos directamente en la construcción del edificio. Si Mons. Díaz o el Excmo. Señor Perdomo, o ambos —como creo que sucedió— no hubieran tomado esta decisión, habría sido fácil que por mucho tiempo se hubieran continuado los proyectos, los planos, las opiniones diversas y no se hubiera podido hacer nada.

Como el seminario estaba en vacaciones y Mons. Díaz pasaba esas vacaciones en Neiva, y como tanto el Dr. Solano como yo nos habíamos quedado en Bogotá, íbamos algunas veces a ver cómo andaba la obra. En una de esas ocasiones fue cuando el doctor Pinzón, uno de los ingenieros, me dijo lo de los pilotes. Pensé comunicarle a Mons. Díaz la mala noticia, mas cuando ya le iba a escribir, un nuevo ingeniero especializado en aguas subterráneas, fue traído por "Montoya, Valenzuela y Cía" y con grande interés y no menor técnica, comenzó a estudiar el caso. Daba gusto ver cómo trabajaba este señor: horadaba el terreno en diferentes partes a profundidades precisas y los hoyos que hacía perforar eran de formas variadas y de medidas determinadas; a los unos le hacía echar tanta cantidad de agua; hacía secar otros y observaba lo que iba resultando. Intenso fue el trabajo pero corto, y sacó por cuentas bien hechas y como consecuencia, que no había necesidad de pilote alguno y que solo había que reunir todas las aguas dispersas en una sola corriente y que ésta debía encausarse por determinado sitio.

Un fenómeno importante para científicos, ingenieros y arquitectos se había



verificado. El torrente que corre por la depresión que entre los dos cerros principales que están al Oriente del edificio —torrente que forma la quebrada del Chicó— había cambiado de curso en época bien remota. Mas no toda la quebrada hizo este cambio. Una parte de ella continuó tratando de correr por su antiguo lecho, que quedaba un poco al Norte del que hoy tiene la quebrada del Chicó, y así vino a ser la causa de la humedad del terreno. Esto se comprobó examinando las arenas, los cantos rodados y otras rocas que se encontraron en las excavaciones de los cimientos y del drenaje que se hizo. Además quedó demostrado que el dicho torrente corría por debajo de donde hoy están el laboratorio de química y el corredor adyacente a él. También se vio que el lecho del antiguo torrente iba por debajo del laguito que se

hizo después, copia minúscula del de Tiberíades. Terminado el trabajo del drenaje y listo el lugar, se continuó rápidamente la construcción.

Ni el doctor Solano, ni yo conocíamos los planos; un día nos los mostró el "Maestro Aureliano" y, aunque no somos expertos en materia de arquitectura, caímos en la cuenta de algunos defectos corregibles y de otras cosas que no podían cambiarse por formar parte integrante del proyecto general ya dibujado. Varios lugares tenían que quedar oscuros. No recuerdo que estuviera indicado en el plano el lugar, el tamaño y lo demás referente al comedor. En realidad los resultados demostraron que no había una idea determinada respecto a este punto. Lo empinado del terreno tal vez no permitía un claustro seguido en el primer piso; pero había quedado muy bien en el segundo y esto habría sido práctica y estéticamente muy bueno. Al ver los planos preguntaba uno, ¿cómo irán a cerrar el edificio que a primera vista va a quedar abierto por todos lados? También podía fácilmente verse que los corredores internos de los pisos altos quedarían angostos y oscuros. Pero cuando con algún sacerdote se habló de esto, él explicó que la idea primordial para el seminario Mayor era que los seminaristas estudiaran, pensaran y vivieran en la celda. Por eso las celdas se harían de un tamaño especialmente pensado y con las comodidades sencillas que deberían tener para llenar su cometido; y por tanto estos deambulatorios serían solo para pasar de la celda a los demás lugares del seminario y de estos a las celdas. Cosa en verdad muy racional y muy de acuerdo con la formación que debe dárseles a los seminaristas. ¿Por qué había proyectados unos baños y sanitarios inmediatamente detrás de lo que parecía que iba a ser el coro de la capilla? Esto se corrigió en la construcción haciendo una pequeña azotea entre estos baños y el cuerpo de la capilla.



Parecía que el trazado para la capilla era pequeño —así se comenzó al hacer las zanjas para los cimientos—. En realidad después se le dio mayor amplitud y se construyó un templo sobrio, serio, de líneas severas, con un precioso baldaquino. Se ve que fue construido para morada de Dios. Lástima que el altar no hubiera sido de una sola piedra sino de varias unidas con cemento. Así mismo hay que lamentar la desagradable sensación de la

mala acústica de tan bella iglesia. Quien vea terminado este templo, desde cualquiera de sus alrededores, siempre lo encontrará grandioso.

No sé si el doctor Solano le dijo a Mons. Díaz algunos de los defectos descritos arriba, lo cierto es que mucho quedó enmendado. Terminado lo principal de tan magnífica construcción vino a verse que la humedad lo estaba invadiendo por varias partes en especial por la parte baja de las paredes del museo y de la iglesia.

Habían sido nombrados interventores los señores "Restrepo y Santamaría"; a ellos les habría correspondido caer en la cuenta de estos defectos, pero en verdad, que yo sepa, poco intervinieron.

Era ya tiempo de pensar en otros problemas: los muebles para las diversas necesidades de cada uno de los sitios, la biblioteca, el gabinete de física, el laboratorio de química, el consultorio médico, la dentistería, el teatro, el comedor, la casa de las hermanas y otras cosas más.

Para la hechura de los muebles encontró Mons. Díaz un señor de apellido González que tenía una fábrica de muebles, y después de pensar detalladamente en el tamaño y forma de los estantes, asientos, escritorios, camas y demás para amoblar las celdas, hizo con él un contrato que tuvo un magnífico éxito. Mas había que amoblar no solo las celdas sino también los aposentos del Excelentísimo Señor Arzobispo, del rector y demás superiores y sacerdotes; las aulas de las clases, la biblioteca, las salas para las visitas, el comedor, &. Todo se hizo con cálculos bastante precisos, con detalles hasta minuciosos y consultando las necesidades de cada localidad. Por eso todo quedó bastante bien. Para la biblioteca había que hacer asientos y mesas con qué dotar el salón de lectura, estantes y armarios para los libros. El señor González presentó dibujos satisfactorios de sillas y mesas. No obstante se consultaron otros fabricantes de muebles como el arquitecto Luis Villaveces Cárdenas y otros. Pero por el momento no se procedió a hacer nada, pues los precios y otras circunstancias no convenían. Para los estantes se consiguió un carpintero que trabajaba más barato y con él se contrató la fabricación de algunos, pero no quedaron bien. Entonces Mons. Díaz me comisionó para que consiguiera estantes metálicos. Fui a los Talleres Centrales y allá me dieron muestras de los más diversos tipos de estantería metálica con los precios respectivos. Pero no quedaba bien que unos estantes fueran de madera y otros metálicos. Por otra parte el precio de estos era muy alto. Por fin se consiguió otro carpintero que ya había hecho algunos trabajos de manera satisfactoria, y con él se arregló la hechura de todos los demás estantes así como las sillas y mesas del salón de lectura. El intento que hicimos con los estantes lo hicimos también con las camas. Yo escribí a Medellín, a Barranquilla y a Palmira pidiendo referencias, muestras, precios, &. De Palmira —que era lo más apropiado— mandaron retratos de camas metálicas bastante aceptables. Con Mons. Díaz fuimos a ver todos los

modelos de "Elospina" y después de hechas cuentas y cálculos nos convencimos de que para el seminario de Bogotá lo mejor era mandar hacer las camas de madera así como también los estantes.

No podía el seminario ir atrás de otras instituciones en el estudio de las ciencias físicas, químicas y otras de esta índole. Para realizar esto se pidió a los Estados Unidos por medio de la casa "Trujillo Venegas y Cía" un laboratorio químico con las piezas más indispensables para el estudio de esta ciencia y con las substancias requeridas para experimentos comprobatorios. Lo mismo se hizo con el gabinete de física y para pedir los aparatos se consultaron catálogos modernos y se escogieron los artículos más convenientes para el caso. El señor pbro. Siervo de Jesús Cruz, conocedor de la materia y profesor de química y física, hizo de acuerdo con los catálogos, la escogencia de todo aquello. En la edificación se tuvo en cuenta esto y se hicieron previamente las instalaciones de cañerías, acueducto, fuerza eléctrica, &.

En cuanto a fósiles y minerales ya dije atrás cómo recogimos bastantes muestras y cómo hubo sacerdotes que mandaron otras. Todo quedó en unos cajones destapados que había en el gabinete de física. Todo quedó casi abandonado porque no había ambiente propicio entre los superiores. La parte construida para la enfermería quedó magnífica, pero dotarla de lo necesario y a la altura del seminario era muy costoso. Se hizo algo para el consultorio médico. En cuanto a la dentistería hubo necesidad de esperar por algún tiempo para comprar lo más urgente ya que la silla y demás utensilios que tenían en Bogotá y que eran de muy buena calidad, se aprovecharon para el Seminario Menor.

Se hizo un teatro no sólo capaz para unas 300 personas, sino muy bien levantado y de aspecto solemne, serio, apropiado a las circunstancias del seminario, con espléndida acústica, ventanas con cortinas negras para oscurecerlo de día y buen escenario. Faltaba la silletería.

Apareció otro problema al pensar en los campos de juego: básquet, tenis, fútbol. Era necesario para cualquiera de estos juegos emprender primero con la nivelación del terreno y por tanto la movilización de tierras. Ya se sabe lo costoso que es esto. No obstante se principió por una casita como para que hubiera un cuidandero y pegada a esta un cobertizo con un gimnasio. Después vino la nivelación para el campo de tenis con todo lo necesario: mallas de alambre, desagües, marcas en el suelo. A continuación del gimnasio se hicieron los campos para básquet. Lo del fútbol, en un sitio cualquiera, se miraba como una empresa de titanes y exigía mucho dinero. No había para qué pensar en esto por el momento. Dios ayudará algún día.

En casi todo esto de la preparación de los campos trabajaron los seminaristas con sus propias manos aprovechando casi todos los recreos; pero, como era natural se andaba muy despacio y las dificultades eran muchas.

También los seminaristas, movidos por su amor a Nuestra Señora, resolvieron hacerle una gruta y para ello aprovecharon las irregularidades y zanjas naturales del terreno, el agua que trajeron por canales al paraje admirablemente bien escogido y la vegetación salvaje. Fue una obra piadosa y en realidad bastante bella.

La Providencia divina cuida con cariño todo el seminario.



Techo

Un asunto de importancia que podía figurar en estos apuntes es el de la hacienda de "Techo". Pero como es difícil tratarlo y pide largo espacio y los datos internos de él no los sé con precisión, me limito a enunciar lo siguiente. En el Archivo Nacional aparecieron unos documentos en los que se comprobaba que la hacienda de Techo había sido del seminario desde tiempos de la Colonia. El Señor Arzobispo Herrera hizo un memorial al Congreso en el que le pedía que diera una ley por la cual se le devolviera al Seminario la dicha hacienda, que la tenía el gobierno y la administraba la Compañía de Jesús, que alegaba derechos en ella. Después de varias y acaloradas discusiones la ley se expidió y fue sancionada por el Poder Ejecutivo. En la parte principal decía más o menos: "… DEVUÉLVASE al Seminario Conciliar de Bogotá la hacienda de Techo, y désele a la Compañía de Jesús la parte que le corresponda…" Vino entonces, como era natural, un pleito largo y penoso

entre estas dos entidades. El tribunal de Cundinamarca falló a favor de la Compañía de Jesús y ésta debía de quedar como única propietaria de Techo.

El Señor Arzobispo Perdomo aconsejado por varios jurisconsultos de fama como el Dr. José M. González Valencia, el Dr. Pedro M. Carreño y otros, apeló a la Corte Suprema. Después de prolijo estudio, la mayoría de los magistrados estaban decididos a declarar el derecho que el seminario tenía de aquella hacienda; pero días antes de la sentencia favorable al seminario, por motivos de prudencia, porque no se dijera que el Arzobispo les había quitado a los Jesuitas lo que era de ellos, porque las gentes no estuvieran hablando de las riquezas materiales de la Iglesia y no sé por qué otros motivos, el Señor Arzobispo le dijo al Dr. Luis Rueda Concha, quien era el apoderado del seminario, y quien manejó el negocio con pericia y actividad, que si todavía se podía, retirara la apelación ante la Corte. Así lo hizo el Dr. Rueda y entonces las cosas quedaron como lo había declarado el Tribunal de Cundinamarca, y se entró en un arreglo amistoso con la Compañía de Jesús.

Mons. Díaz y otros sacerdotes no fueron partidarios de esto, lo que venía a ser una concesión, casi un regalo que se le hacía a la otra parte.

Según este arreglo la hacienda se dividiría en partes más o menos iguales que se sortearían entre el Seminario y la Compañía de Jesús.

De esta suerte vino a quedar el seminario dueño de los terrenos en donde está "Avianca" y a ella se los vendió. Posteriormente vendió lo demás a otras personas y el dinero de todo esto sirvió para las edificaciones del Seminario.